

Barros Arana, Historiador

XI

LOS PRIMEROS ESCRITOS HISTORICOS (1850-1852)

POSICIÓN CRÍTICA ANTE LA HISTORIOGRAFÍA NACIONAL. SUS OPINIONES EN 1850, 1851 Y 1853.—Tan precozmente como Amunátegui y Vicuña Mackenna, comenzó Barros Arana a publicar los primeros escritos históricos a los diez y nueve años. En esos escritos iniciales, el estilo literario no tiene ya las inseguridades de 1848, como las del *Ensayo sobre la regencia del Duque de Orleans*. Adviértese, además, la posición de un crítico. Aprovecha la oportunidad del relato del tema para hacer consideraciones generales acerca de la historiografía nacional, sobre el estado en que se encuentra y de lo que es indispensable llevar a cabo para su adelantamiento. El escritor demuestra un dominio general del pasado y de las fuentes originarias que lo contienen. Esa familiaridad es la que le permitió señalar algunas orientaciones. En la primera etapa de la obra del historiador —(1850-1852)—, y en la segunda (1853)—, en que ya ha ganado sin discusión ese título, no es difícil captar sus aspiraciones para llegar a una ordenación del conocimiento histórico. Recuérdese que había dicho a Gutiérrez que *se figuraba destinado por la Providencia para aclarar nuestra historia, y ser la crónica viva de todo lo que nos concierne*. Si este concepto es de 1852, un año antes tenía el mismo pensamiento, y sus ideas al respecto no eran, así no más, sin fundamento. Había concebido métodos y sistemas de investigación, ya por él mismo resueltos en la compulsión de los archivos. No es posible suponer que hacia esta época hubiera delineado lo que sería su futura obra. Pero enunció entonces, sin quererlo acaso, el camino que habría de tomar. Habló, por ejemplo, de la necesidad de editar las viejas crónicas, de acuerdo a un plan de valoración crítica de los textos; expresó la conveniencia de estimular los estudios de erudición para determinar el crédito de las fuentes; señaló la importancia de la publicación de los documentos expurgados de

imperfecciones y anotados convenientemente, y se refirió a la urgencia de buscar en los archivos extranjeros, la ampliación de los conocimientos históricos para llegar a establecerlo en su integridad, y contraponerlo al que arrojaba la crónica. Gay había hablado del mismo modo, y Bello, insistido en la necesidad de procedimientos semejantes. De los historiadores jóvenes de entonces, ninguno había usado este lenguaje todavía. El pensamiento de Barros Arana aplicado a la historia nacional tenía un sentido moderno. Estaba concebido en una metodización científica. En 1850, ¿cómo ve a los cronistas y cuál es el valor que les asigna a sus libros? Dice: —“Difícil es preveer el día en que nuestra historia llegue a escribirse a la manera lacónica y parca de Tácito o de Lingard; pero nuestros cronicones y nuestras memorias son la historia más completa, más exacta y más pintoresca que darse pueda. Concebida desde este punto de vista, la historia nacional se puede decir que está escrita de año en año, a par de los acontecimientos, y en la que vemos figurar no sólo al escritor con su pluma, sino también con su espada. Esos cronistas nos colocan en medio de los sucesos y de las costumbres de los tiempos pasados. Ideas, usos, idiomas, todo se presenta al leer a Tesillo, Rojas, Bascuñán, o cualesquiera otros escritores de las glorias militares de los hijos de Arauco. Pero sus obras permanecen inéditas, cubiertas por el polvo de los tiempos sólo por la incuria de los hombres. De los tres autores que acabamos de nombrar, todos tres contemporáneos, sólo el primero ha obtenido los honores de la impresión (1647). Los manuscritos de los dos últimos, interesantísimos para conocer nuestra historia, están como perdidos, y pocos son los que van a buscarlos para averiguar los pormenores de guerras tan importantes como curiosas” (Barros Arana, *Bascuñán y el Cautiverio Feliz*, *Revista de Santiago*, to-

mo V, Santiago de Chile, pág. 365 y también *Obras Completas*, tomo VIII, Santiago de Chile, 1910, pág. 283).

El joven erudito conocía en 1850 y había leído la mayor parte de las crónicas inéditas que se guardaban en los archivos públicos y particulares. Su juicio habría de variar acerca del valor de ellas, cuando una compulsa más atenta le permitiera controlarlas con otra documentación. Dos lustros más tarde, habría él mismo de editar esas crónicas, precediéndolas de interesantes introducciones biográficas de los autores y de valiosas observaciones críticas sobre los textos, para darlas a luz en la *Colección de Historiadores de Chile*, publicada en 1861 por Juan Pablo Urzúa. Ese conocimiento fué para Barros Arana el más sólido fundamento de la versación suya sobre el pasado colonial y la frecuentación con esos escritores, lo que determinó a García Reyes, como recordamos, a incluirlo junto con Amunátegui, entre los miembros de la Comisión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Humanidades para formar una compilación de los historiadores chilenos. Carvallo y Goyeneche y Pérez García, entonces inéditos, no tenían secretos para él; tampoco Caro de Torres, Suárez de Figueroa, Tribaldos de Toledo, Olivares, Bueno, Mariño de Lobera y otros más. De algunos de ellos había dado a conocer parte de sus obras en los periódicos santiaguinos. Con elementos tan preciosos, como consideraba hacia entonces los escritos de estos autores, sin reparar aún en cuanto modificarían el relato de las crónicas los documentos de otro origen, Barros Arana pensó en la conveniencia de tener ya una historia general de Chile. Nótese que esta idea surge de él antes de los veinte años, y que no la abandonará hasta que cumpla este propósito en dos ocasiones. Antes de 1853, al proyectar la *Historia General de la Independencia de Chile* y en 1884, treinta y un años después, cuando dió a las prensas la *Historia General de Chile*. Es una especie de obsesión la de las historias generales. ¿Por qué esta preferencia? La mayor parte de la obra histórica de Barros Arana fué de erudición y de crítica histórica, de comprobación y de análisis. En las historias generales, ¿veía el procedimiento de sintetizar el resultado de las investigaciones suyas y ajenas, y presentar el cuadro resumido de una época o de un período? Pero no siempre siguió esa línea. La pasión erudita, demasiado poderosa en el historiador, le condujo en las historias generales que escribió a

inmiscuirse en detalles históricos, a pormemorizar en la crónica y a discutir cuestiones bibliográficas que no eran del dominio de la historia general. Por otra parte, en su opinión, en la ejecución de las historias nacionales de los países de América, habíase fracasado. ¿La causa? Sólo reconoció el hecho sin explicarlo. En 1851, escribía al hacer la crítica de una de estas historias generales nacionales, de la cual era autor el sacerdote chileno José Ignacio Víctor Eyzaguirre: —“Por una desgracia verdaderamente lamentable, hemos visto a cada uno de los estados americanos agitarse en busca de una historia nacional sin que los esfuerzos hayan sido coronados por un éxito feliz. Venezuela es quizás el único que ha producido un libro a que le corresponda el nombre de *Historia*. La obra de Baralt y Díaz está colocada en un rango muy superior a las que de igual clase se han publicado en otras repúblicas hermanas. La historia de las provincias argentinas del Deán Funes, aunque de no poco mérito, no puede ponerse al lado de aquélla ni mucho menos considerarse como la historia nacional de los Estados del Plata. Chile ha trabajado también por poseer una, pero o sus autores se han desanimado antes de concluir las, o han quedado inéditas, y, por tanto, fuera del alcance del público. Uno solo de estos ensayos que obtuvo los honores de la impresión, mereció una acogida muy superior a su escaso mérito —(*El chileno instruido en la historia tipográfica, civil y política de su país*, por Fray José Javier de Guzmán del orden Seráfico de N. P. S. Francisco, 2 vols. Santiago de Chile, 1834-1836)—. Pero nuestro Gobierno, celoso siempre en el adelanto intelectual, celebró una contrata con M. Gay para que se encargara de escribirla. Innumerables fueron las crónicas y documentos que recogió con este objeto; pero el público que esperaba ansioso su publicación, ha visto que no ha correspondido a las esperanzas que se concibieron. Nuestra historia ha, pues, quedado reducida a las memorias universitarias, de no poco mérito las más, pero éstas no son sino elementos dispersos y heterogéneos, los cuales carecen de unidad, y por tanto distan mucho de ser consideradas como verdadera historia” (Barros Arana, artículo crítico sobre la *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile* de Eyzaguirre. *La Tribuna*, Santiago de Chile, año II, N.os 583 y 585 de 19 y 22 de abril de 1851, revista *Sud América*, tomo I, 1851, pág. 353).

Un año y meses más tarde, en agosto de 1853, al comentar en un artículo crítico la *Vida de don José Miguel Infante*, escrita por Domingo Santa María, explicó las causas que habían impedido a la literatura chilena tener una historia nacional. "Mucho distamos nosotros los chilenos —dijo entonces— de poseer una historia nacional, compacta y regularmente escrita. Los primeros ensayos han sido desgraciados, y la opinión sensata y general les ha puesto el sello de la desaprobación con más o menos indulgencia: la misma opinión que no juzgó buena a la obra del padre Guzmán, tachó de pésima a la de Eyzaguirre que se presentó con las altas pretensiones de completa y exacta. No es difícil descubrir la causa de estos desaciertos: se ha creído que las tareas del historiador se reducen únicamente a compilar hechos, tomados sin crítica ni examen de las muchas obras inéditas o publicadas, sin consultar los documentos ni investigar el espíritu y tendencias de cada época. Se han apuntado aserciones más o menos erradas de un autor en patente contradicción con la de otros que también se han anotado, sin querer pensar en que el historiador necesita estudios preparatorios que no se pueden hacer en pocos meses. Esta misma superficialidad de estudios se nota en algunos de esos cortos ensayos históricos que, abrazando su asunto uno o dos años de la historia nacional, han revelado de vez en cuando la importancia de una época y la tendencia de grandes sucesos. Estos ensayos heterogéneos y dispersos no son hasta ahora más que los primeros preparativos para un trabajo que se reclama con urgencia, pero todos ellos, por escasos que sean sus méritos, servirán de algo para la formación de esa gran obra."

¿No era, a su entender, la de Gay una gran historia? ¿Pensaba en su obra futura? Para llegar a ella, desde la aparición de su primer artículo histórico de 1850, hasta que las prensas lanzaran el volumen inicial de la *Historia General de Chile*, en 1884, correrían treinta y cuatro años y dieciocho hasta coronarla, en 1902, con el último tomo, el XVI.

EL PRIMER ESTUDIO HISTÓRICO: TUPAC AMARU (1850).—El primer artículo de Barros Arana encontró acogida en el diario político santiaguino fundado por los jóvenes pelucones Manuel Antonio Tocornal y Antonio García Reyes, impulsador del escritor en las investigaciones históricas. Llamábase ese diario, que literariamente se

encontraba a cargo de Juan María Gutiérrez, *La Tribuna*. Allí se publicó el 19 de marzo de 1850, en el número 263, en la sección *Correspondencia*, el estudio biográfico intitulado *Tupac-Amaru*. Estaba suscrito con las iniciales *D. B. A.* El asunto no tenía un carácter nacional. Pensaba el autor que el nombre del arrogante caudillo, era muy poco conocido entre nosotros, y que los altos hechos de su vida pertenecían más que a la historia, a la poesía. Pretendía divulgar una existencia digna del recuerdo y de la gloria. Pero al rehabilitarla con el relato del martirologio del Inca y de su familia, la condenación de la política española en América era ineludible. "Subyugada la libertad indígena de la América por sus feroces conquistadores —asienta—, quedó sumido en la esclavitud más espantosa. Sin embargo, aquella opresiva dominación tuvo un sistema; cuando los mandatarios abusaban del poder que la corona ponía en sus manos; cuando, en fin el corregidor y el cura, lejos de ser el padre y el pastor de aquellos infelices indios eran sus más crueles opresores en despecho de las leyes y de la virtud, fué todo confusión." Tupac-Amaru, en nombre de la libertad de los indígenas, se había levantado para sacarlos del estado de degradación en que se encontraban. La sublevación ocurrió en el Perú, en 1780, en Tungasuca. Barros Arana sentíase obligado a glorificar al hombre que le parecía un precursor de la independencia americana. "La historia —anotaba— debe dedicar una de sus más preciosas hojas a este joven intrépido, cuyo único móvil era el más acendrado patriotismo. No presenta, es verdad, el timbre de conquistador; pero, ¿se necesita más que el amor a la libertad e independencia de la patria para ocupar la más brillante de las páginas de los anales del mundo?" Todas estas reflexiones aparecen aisladas en el curso de una narración biográfica incompleta. No alcanza ella a informar al lector suficientemente acerca de la personalidad curiosa de Tupac-Amaru. ¿Qué pretendió Barros Arana con este relato biográfico? ¿Perfilar una trágica existencia? En este caso, el estudio no satisface. ¿Quería destacar la corrupción de los corregidores y de otras autoridades españolas en América, especialmente en el Perú? La fuente nutricia en que se apoya es discutible. Las *Noticias Secretas de América* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, han sido sometidas a un riguroso examen y se presume que el manuscrito fué interpolado en Londres en

1826 por el editor David Barry para escar-necer la política española en sus colonias. ¿Deseaba justificar la conducta cruel de Tupac-Amaru durante la revuelta, a fin de hacer más odiosa la de los españoles con motivo de la represión? Quizás aquí encontremos el objeto del estudio. Habíase dicho por algunos autores, y entre ellos por el General Miller en sus *Memorias*, las que cita Barros Arana, que Tupac-Amaru trató con igual crueldad tanto a los españoles como a los americanos en el curso de las acciones de armas que hubo de sostener. Para demostrar lo contrario, hacía caudal el biógrafo de un hecho. En Sangarará atacó Tupac-Amaru a los españoles. Al verse éstos rodeados por fuerzas muy superiores, refugiáronse en el templo. "Tupac-Amaru —dice el historiador— odiaba a los españoles, pero a los americanos, es decir, a los hijos de los conquistadores, que tanto sufrían el orgullo castellano, a éstos, más desdichados aún que los indios, puesto que sufrían toda clase de vejaciones de aquellos que los debían mirar como hermanos, los quería como amigos. En conformidad con este principio ofreció a los americanos refugiados en el templo un puesto en las filas de su ejército, pero los españoles empeñaron, espada en mano, una lucha sacrílega, puesto que se hacía en la casa de Dios, para impedir que salieran los *miserables criollos*, como ellos los llamaban." "Salváronse del templo veintiocho americanos, todos heridos, los cuales fueron acogidos y curados por el mismo Tupac-Amaru, como nos consta por documentos auténticos" —dice el propio Barros Arana. Y como prueba de la veracidad de los sentimientos que animaban al Inca, copia una carta suya fechada en Lampa el 3 de diciembre de 1780, en la que escribe: "Sólo siento —(la muerte)— de los paisanos criollos, a quienes ha sido mi ánimo no se les siga algún perjuicio, sino que vivamos como hermanos y todos congregados en cuerpo destruyendo a los europeos."

La revolución de Tupac-Amaru tuvo una consecuencia útil en la organización administrativa colonial, a pesar de las numerosas vidas que cegó. Por ella, se logró abolir el sistema de los repartimientos, que significaron tan duros abusos para los indios americanos. "De este modo y después del derramamiento de tanta sangre, quedó abolido en el Perú parte de lo que consiguieron echar por tierra en Chile las elocuentes palabras del padre Luis Valdivia."

Con estas palabras concluía el artículo de Barros Arana. Nunca se le ha recogido, ni la crítica lo ha considerado como un documento capaz de ilustrar la personalidad literaria del autor. Sin embargo, ¿cómo negar que en ese artículo del muchacho de diez y nueve años se encuentran señaladas las virtudes y defectos del futuro historiador? En primer lugar, la pasión antiespañola. Después, la veneración de la idea de libertad. En otro orden de cosas, el espíritu erudito, la precisión documental y bibliográfica; el sacrificio de toda ostentación de las galas literarias: la claridad, la sencillez. Sabemos lo que le costaba escribir. Cada línea le imponía un gran trabajo. Aquí habíase superado, sin duda alguna. ¿Hay, por otra parte, alguna diferencia entre la opinión histórica de Barros Arana a los veinte años y la misma suya a los treinta y cinco, respecto del Inca, cuando publica la *Historia de América* en 1865? En el fondo, el juicio es el mismo, pero su proyección más amplia. EL SEGUNDO ESTUDIO HISTÓRICO: VICENTE BENAVIDES Y LAS CAMPAÑAS DE SUR (1850).— En las mismas páginas del diario *La Tribuna* aparecieron, a partir del 5 de junio hasta el 5 de septiembre de 1850, con varias interrupciones entre esos meses, los artículos de un nuevo trabajo del escritor. Mucho más extenso que el primero, revelaba la profunda seriedad con que había sido ejecutado, el espíritu acucioso que lo había presidido y la versación con que trataba el asunto. Estos artículos llevaban por título *Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del sur (1818-1822)*. Eran el fruto de largas lecturas y extensas investigaciones en los archivos. Barros Arana había comenzado a interesarse por el vasto episodio histórico al finalizar el año 1848 como consecuencia de la lectura de las *Memorias* del General Miller, y desde entonces juntado materiales para la monografía. Su hermano José le escribía al año siguiente, 1849, en una carta sin fecha estas palabras: "... Aquí concluyo con la satisfacción de que ya te dejo libre para volver a tus papeles, y a tu historia de Benavides, en cuya empresa, como en otra cualquiera tuya, te deseo el más feliz éxito." El 5 de junio decía: "... Por ahora, renuevo con doble fuerza mis deseos por el éxito literario de tu *Benaviada*; y me parece entreverlo con toda claridad después que el público la conozca, su fallo te pondrá en las puertas, quizá en el santuario del templo de la celebridad."

El asunto que tocaba el historiador era extremadamente novedoso y referíase a un largo episodio de la historia nacional, triste por su barbarie, sin gloria por sus hechos y sin resultados en la fatalidad de su miserable término. Lo había estudiado con suma prolijidad. Todo cuanto pudo informarle lo consultó sin desmayo. En las oficinas de gobierno, los archivos de los Ministerios de la Guerra y de la Marina, fueron el arsenal más rico que encontró para reconstituir una historia militar de guerrillas, combates, asaltos y emboscadas, en una sucesión en que se desarrolló, tuvo encuentros epopéyicos, feroces, sanguinarios. En los papeles de esos archivos palpitaba el drama en los partes de los jefes de las campañas y en los informes de los gobernadores. En las cartas y en los memoriales de algunos de los actores, los dolores indecibles. Con toda esa documentación pudo Barros Arana reconstituir la historia siniestra de Benavides. Recogió también el testimonio directo de los actores de aquellos acontecimientos. Interrogó al protagonista principal de todos ellos, el General Ramón Freire. Oyó el relato del vencedor de las Vegas de Saldías, el General Joaquín Prieto. Conversó con el Auditor de Guerra del Ejército del Sur, José Gabriel Palma. Pidió informaciones al Coronel Domingo Urrutia y Vicente Sánchez, que trató a Benavides con intimidación, le pintó el carácter del sombrío bandolero. Atendida la información documental sobre que reposaba la historia del guerrillero, el relato era completo. Lo circunscribió, en medio de la extensa área que fué el teatro de las campañas de la Independencia desde 1818, al carácter biográfico. Sólo destacó la actuación del bárbaro caudillo en lo que a él concernía, en su acción personal. De todos modos, había dado relieve a una figura histórica, desgraciadamente despreciable, que aparece como un baldón de la historia; había ordenado escrupulosamente la narración de hechos mal conocidos o ignorados, y, por último, presentado el cuadro en el que se abarcaba lo que había sido la guerra de finalización de la Independencia en el sur, sostenida por algunos jefes españoles, sin conciencia algunos y fanáticos otros, que no titubearon en armar a los araucanos, lanzándolos al pillaje y al saqueo, al crimen y al exterminio. Por una fatalidad, el jefe de esas hordas había sido un chileno. En la puntualización de los accidentes históricos que forzosamente hubo de tocar Barros Arana al

confrontar la documentación conocida hasta entonces con las fuentes escritas, casi nada dejó por investigar, mejor dicho, todo cayó bajo su examen. Los periódicos de la época le sirvieron de guía. Aprovechó las informaciones de *La Gazeta Ministerial de Chile*, redactada entonces por el quiteño Ignacio Torres; *El Sol*, por el venezolano Juan Francisco Ribas; *El Telégrafo*, por el granadino Juan García del Río y recurrió también a *El Argos*, de Buenos Aires y a la *Carta de un Americano al "Observador Español" en Londres*, publicada en esta ciudad por Antonio José de Irisarri, en defensa de la Independencia. Pero en el curso de su estudio, Barros Arana debió consultar y aprovechar otra clase de libros y folletos. Un lugar muy especial ocupan los viajeros que fueron abonados testigos de los hechos, algunos horrorosos y sangrientos. Barros Arana cita menudamente, por ejemplo, al norteamericano Coffin, al inglés Basilio Hall y al francés Lafond de Lurcy. Las memorias del General Guillermo Miller, sirviéronle en forma preciosa. Buen observador, había sido testigo de aquellas ingratas campañas. Aunque servía en las filas de los ejércitos de la patria, y por su causa sentía verdadera devoción, el buen criterio y la independencia de su espíritu, hacíanle ver las cosas en sus reales dimensiones. En el mismo caso se encontraba el coronel español José Rodríguez Ballesteros, cronista de los sucesos en que había tomado parte en las interminables guerrillas. Su testimonio ecuánime y ponderado, objetivo y claro, Barros Arana lo acogió como fuente de primer orden al consultar el manuscrito que contenía la *Revista de la guerra de la Independencia de Chile*, aún no publicada. En cambio, distinguió hasta dónde era aprovechable la narrativa de otro español que escribió sobre la historia de la Independencia, sin estar en estos países, por informaciones más o menos exactas, pero con una pluma recargada de odio y de desprecio para "los revoltosos y sacrílegos patriotas". Nos referimos a Mariano Torrente, autor de la extensa *Historia de la revolución hispano-americana*. De ella dijo en un juicio muy certero Barros Arana: "... Su obra exacta y verídica las más de las veces, aunque llena de necios epítetos, bastará para hacer recomendable a su autor por haber podido ejecutar un trabajo que se presentaba con los visos de imposibilidad... Su narración, fundada las más de las veces en oídas, es más verí-

dica de lo que permiten las comunicaciones de una sola parte." Las citas bibliográficas de los autores chilenos a que debió recurrir para fundamentar el ensayo histórico, muestran la debilidad de los elementos en que descansaba entonces la historiografía de la Independencia. Algunas veces son escritos polémicos, de defensa, de ataque. Pero tenía que recurrir a esos testimonios, porque eran directos y no aparecían contradichos. Un caso citemos: el del folleto de Agustín Aldea, aparecido en 1823 a la caída de O'Higgins y destinado a vindicarse de las acusaciones que se le hacían de haber servido a las órdenes de Benavides y ayudado a incendiar pueblos. No obstante esta infamia, el Ministro de Hacienda José Antonio Rodríguez Aldea, su primo, lo hizo elegir miembro de la Convención de 1822. En su escrito *La inocencia vindicada*, contó parte de algunos hechos de las campañas sureñas; y por ello Barros Arana le concedió "... un mérito particular por lo que toca a estos últimos sucesos por ser testigo de vista ocular". Juan Egaña, como memorialista, autor de *El Chileno consolado en los presidios*, publicado en Londres en 1826, fué rectificado por el escritor. El padre franciscano José Javier Guzmán, autor de la obra *El Chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*, en quien Barros Arana debió beber en más de una ocasión, le merece este juicio: "... minucioso en la mayor parte de nuestra Revolución" ... "tiene un mérito particular en la época de la Revolución. Testigo de vista, lo mira con todo su colorido que cuida de hacerlo aparecer rojo. Exagera las más veces los hechos y otras cae en pequeños errores; pero por lo que toca a epítetos, sólo se puede comparar con Torrente que los prodiga en mayor número a los que él ensalza". En más de una ocasión el joven historiador hubo de recurrir también en sus atestiguaciones al historiador universitario Diego José Benavente, autor de la segunda memoria histórica sobre *Las primeras campañas de la guerra de la Independencia de Chile*, 1845. Su encuentro con él no fué grato. "Mucho se empeña —anotó— en presentar con negros coloridos lo triste de la situación del ejército desde que tomó el mando el General O'Higgins. Parece que el objeto del autor —continúa— fuera ensalzar de este modo a Carrera." Y concluye lapidariamente diciendo "... "Si la obra del señor Benavente careciera de este disculpable defecto, sería un precioso docu-

mento de la historia nacional por los muchos y curiosos datos que contiene." Otra es la opinión que suscribe acerca de la memoria también universitaria de García Reyes sobre *La primera escuadra nacional*, cuyo texto cita para establecer el desamparo en que quedaba Chile al partir para el Perú la Escuadra Libertadora, en agosto de 1820. Dejaba el sur del país desguarnecido completamente. Escribe acerca de su mérito: "... Entre las memorias presentadas a la Universidad de Chile aparece en primer orden la del señor García Reyes. No es la fluidez ni la elegancia lo que más brilla en ella: un patriotismo, un espíritu republicano que no se ha desmentido jamás y que prueba no hay ficción en sus sentimientos, es lo que luce allí. Sus cuadros están llenos de animación y colorido. Sin embargo, confiése mucho en las comunicaciones oficiales y en memorias exageradas que lo indujeron a pequeñas exageraciones que quizás rectifique el autor en una nueva edición." También en el curso de la crónica hubo de reproducir párrafos enteros del hermoso artículo del escritor costumbrista Jotabeche, José Joaquín Vallejo, destinados a contar la hazaña de uno de los soldados de Freire en la guerra contra Benavides. Se llamaba *Francisco Montero. Recuerdos del año 1820*. Lo calificó de "brillante episodio, en que el autor ha cultivado con bastante lucimiento un ramo tan difícil, que lo hace uno de los más originales de nuestra escasa literatura y del que más se debe enorgullecer ... El autor ha sabido ponerse exactamente en las circunstancias ... Hay allí brillantes descripciones que las hacen más amenas aún, y su lenguaje castizo lo eleva al número de los que mejor han usado el español".

Estas consideraciones críticas se encuentran en las notas del estudio. Son como digresiones del autor con las cuales informa al lector ampliamente, despertando en él un mayor interés por conocer el asunto. Desde ahora, y para siempre, tal método no variará. En las notas también, desde ahora, y en lo sucesivo, discutirá cuanto estime necesario para esclarecer, para fijar, el verdadero terreno en que se desenvuelven los hechos en todos sus accidentes. Con estos recursos cumple su labor histórica. Narra sucesos, acontecimientos y episodios, y luego la veracidad de ellos los discute en notas preñadas de antecedentes que revelan considerable sabiduría. Es así un histo-

riador y un erudito: lo que él quería ser. En el estudio histórico-biográfico sobre Benavides, más biográfico que histórico, predomina la exposición de los hechos muy bien presentados. Es decir, se atiende rigurosamente a la cronología. El estilo del cronista no es ágil. Es forzado a veces y de ordinario embarazoso. Los epítetos, que tanto ha criticado en los cronistas e historiadores que le precedieron, los ha desterrado de su prosa, y cuando los usa, son de pura fórmula. Pero el estilo tiene un tono digno y elevado. Algunas de las páginas de la vida del guerrillero, encuéntrase llenas de dramaticidad, de tragedia, de caracteres sombríos y siniestros. Todo en esta existencia fué una aventura, desde el nacimiento de Benavides en la celda de una cárcel de Quirihue, de la cual era su padre el alcaide, hasta su muerte en el patíbulo de la Plaza de Armas de Santiago. No era necesario buscar motivaciones para encender en el cuadro borrascoso de esta vida los caracteres de la tragedia y del drama. El dolor, las lágrimas, el martirio, la ferocidad, la infamia, la duplicidad, el engaño, la ausencia de normas morales, todo surge de Benavides aviesamente. No es necesario acentuar los pérfidos sentimientos del guerrillero, convertido en bandolero, para que sus pasiones se impongan en quien estudia su existencia. Más bien el escritor debe refrenar la pluma para no parecer exagerado en la pintura de tantos crímenes, de tantos despreciables ardidés y de tantos recursos vedados y abominables. Pero Barros Arana no tiene nada que refrenar ante la inmutabilidad con que cuenta los hechos. Su prosa difícil y embarazada por una disposición del temperamento, y que la constancia inflexible convertirá en elegante, adquiere un sentido de narración que es extraordinario en el relato prolijo y documentado, siempre bien dispuesto en la ordenación del desarrollo de los hechos. Los expone en una natural sucesión, sin violencia ni atropello. Hay que insistir en este aspecto. El tema de las campañas militares de Benavides es, sin duda, interesante por la dramaticidad que algunas de ellas envuelven con sus cuadros de horror; pero en el conjunto, esas campañas conviértense, al fin, en tediosas. Ejércitos, mesnadas que caminan de un punto a otro; tropas que atraviesan ríos; guerrillas que se baten; asaltos rápidos; lluvias torrenciales; asonadas, crímenes, violaciones de mujeres, hambre, pillaje, robo, desolación y muerte. Es

todo y mucho más lo que presenta el telón a cada momento. Al fin, surge el cansancio. Pues bien, con un estilo frío, inalterable en el tono, siempre mesurado, como temeroso de olvidar la circunspección que cree propia de la historia y del historiador, sin una emoción, además, narra sin cansarse, sin demostrar pesar, y ni aburre ni fatiga al lector. ¿Cuál es el secreto de este éxito? Nada más que el orden con que relata; la disposición natural para engarzar los hechos como los eslabones de una cadena. El lector está obligado a seguirlo por el interés de saber lo que continúa, llevado por la cadena de la cual no logra desasirse fácilmente. En este primer ensayo de Barros Arana estas cualidades se presentan casi en su totalidad. Con el tiempo, la perfección del estilo, el arte en el adiestramiento y desenvoltura de la narrativa, podrán mejorarse; pero la sustancia de la cualidad que anotamos es la misma que se destaca en este primer ensayo. Adviértase que logra este triunfo sin que se detenga en los accidentes que pueden dar valor a su prosa. Es indiferente al paisaje sureño, a las peligrosas aventuras, al ambiente extraordinario en que viven las hordas. Los sacrificios de los soldados de la patria y las costumbres curiosas no lo distraen. Los hechos novelescos no le representan la necesidad de simbolizarlos. Únicamente narra, relata. El mismo poder de narración —ya lo dijimos— se encuentra en Vicuña Mackenna al historiar idénticos acontecimientos en *La Guerra a Muerte*, diez y ocho más tarde, en 1868, en la parte relativa a Benavides. A Vicuña Mackenna todo le sirve para iluminar el mismo relato. Su imaginación aprovecha todos los recursos, todos los detalles de la naturaleza y del corazón humano para describir el drama. No puede negarse que su narración apasiona; pero también la de Barros Arana tiene igual efecto. ¿Por qué los dos historiadores con maneras distintas de narrar nos cautivan? Porque uno es brillante casi hasta cegarnos y porque el otro, con orden, sin dejarse sentir, expone los hechos. Tal es la diferencia.

Durante veintidós días *La Tribuna* publicó en la sección *Varietades*, al comienzo, el estudio sobre Benavides. Los artículos aparecieron sin firma de autor, anónimos. En el ambiente literario llamaron poderosamente la atención. Hermógenes de Irisarri, apenas los leyó, le decía a Rafael Mienvielle: “¿Sabes tú quién escribe

en *La Tribuna* unos estudios históricos sobre Benavides que me han interesado mucho por lo completos que son y lo bien madurados que parecen? Me dicen que un joven muy distinguido, pero no dan el nombre." La carta es del 26 de julio. El anonimato de los artículos se mantuvo hasta el final de la publicación, el 5 de septiembre. El 7, en un suelto de crónica de *La Tribuna*, decíase: —"Como diversión a los asuntos de mera política, hemos publicado en nuestras columnas los *Estudios históricos sobre el famoso caudillo Benavides*, escritos por el señor don Diego Barros Arana; joven que no cuenta todavía veinte años, y tiene, sin embargo, muchas de las dotes del historiador. El señor Barros ha hecho un servicio importante venciendo las dificultades que trae siempre el ilustrar un punto cualquiera de la historia donde no se hallan reunidos todavía los documentos que la ilustran. El campo de la historia es fecundo, y quisiéramos ver entrar en él a la juventud que, preparada con buenos estudios quiera aplicar fructuosamente los dotes del espíritu." En otra parte agregaban: —"De este escrito del señor Barros Arana se ha hecho por esta imprenta una bellísima edición a dos columnas que se repartirá a los suscriptores de *La Tribuna* en los próximos días solemnes de septiembre." Efectivamente, dióse a luz entonces un folleto in 4º, de 42 páginas, con el título siguiente: *Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del sur. 1818-1822. Por Diego Barros Arana (Epigrafe de Tácito, Vita Agricole). Santiago, Imprenta de Julio Belín y Compañía, 1850.*

Era la primera obra del historiador. Al anunciarla en el diario, la redacción había cuidado de reproducir el prólogo con que Antonio García Reyes la presentaba. Para un muchacho como el autor, el juicio del padrino significaba un honor. García Reyes era un escritor ilustre, el mejor orador parlamentario, un brillante estadista y un historiador notable. Tal espaldarazo consagró a Barros Arana.

Reconocía el prologuista que la atención de los historiadores de la Independencia había abarcado de preferencia el estudio de los hechos hasta la batalla de Maipo y de las campañas navales que llevaron la libertad al Perú. Señalaba que al mismo tiempo que esas gloriosas empresas llevábanse a cabo, al margen de ellas "había en el cuadro de nuestros hechos

militares un rincón oscuro, del cual todos apartaban la vista con horror, y en donde la tradición suponía charcos de sangre y horrores de tristísimo recuerdo. De allí se alzaba el fantasma de Benavides, sombrío y atroz, imponiendo al pueblo sus pánicos terrores". La relación de las campañas del sur durante los años de 1818 a 1822, decía en seguida García Reyes, proyectaba luz sobre un acontecimiento que aparecía con caracteres misteriosos en la historia nacional. Su esclarecimiento había tenido la suerte de destacar con perfiles claros, figuras dignas de la gratitud nacional, las cuales la acción del tiempo casi había borrado del sentimiento popular. Guerreros que combatieron cien veces por la causa común, en un batallar oscuro, en un ambiente en el que sólo se veía el asesinato del vencido y la venganza del vencedor, debía la historia presentarlos como ejemplos de sacrificios por la patria. "Las campañas del sur —continuaba más adelante García Reyes— ofrecen, es cierto, el cuadro desolador de la guerra en su horrible desnudez. Lejos de aquel teatro, todo lo que pueda dignificar el ejercicio de las armas, sólo la sed del pillaje, la venganza, los rencores engendrados por la persecución hecha al crimen, alimentaba al ejército enemigo; y por nuestra parte el frío sentimiento del deber venía a sostener los brazos consagrados a dar y recibir la muerte en encuentros sin porvenir, sin gloria." El juicio del prologuista, convertido en seguida en crítico de la obra del joven escritor, era el siguiente: —"El autor de esta interesante relación —anotaba— ha hecho un buen servicio a nuestra historia. Sin pretensiones de una filosofía muchas veces vana y postiza, se ha contentado con echar las bases sólidas sobre las cuales debe formarse algún día. El ha sabido distribuir con método y claridad los sucesos para sugerirnos noticias exactas de su curso e influencia recíproca y ha derramado sobre ellos no poco interés por la manera animada con que los describe." El prólogo estaba fechado en 1º de septiembre de 1850. Otro crítico se ocupó por ese mismo tiempo del estudio de Barros Arana. El redactor de *El Mercurio* de Valparaíso, el uruguayo Juan Carlos Gómez manifestó que el ensayo de Barros Arana lo acreditaba como *el futuro historiador de Chile*. El tiempo no haría más que confirmar tal juicio intuitivamente adivinado.

Tanto García Reyes como Gómez per-

tenecían a una generación de escritores anterior a la de Barros Arana. Esos juicios sobre el libro eran correctos. Los merecía. Pero es necesario conocer también la de los escritores de su propio tiempo. El de Vicuña Mackenna, por ejemplo. En 1866, declaró que con su trabajo "Barros Arana comenzaba por descubrir las relevantes dotes que reunía para ser el historiador chileno..." Que el estudio estaba destinado a esclarecer una parte muy oscura y desconocida de la historia de nuestra revolución, la guerra que contra la república sostuvieron en las provincias meridionales algunos atrevidos y astutos montoneros que se llamaban defensores de los derechos del Rey de España" (Vicuña Mackenna, *Historia General de la República de Chile*, Memorias Universitarias, Tomo I, 1.866. Biografía de Barros Arana, p. 270). Domingo Arteaga Alemparte fué más exigente: "El libro revelaba las serias investigaciones que había emprendido su joven autor sobre la historia nacional —escribía— e ilustraba abundantemente uno de los capítulos de ella más sangrientos y menos conocidos; pero en cuanto al arte de la composición y al estilo, era un ensayo poco feliz. Se divisaba allí al investigador sagaz y paciente, no se columbraba todavía al escritor" (Domingo Arteaga Alemparte, *Don Diego Barros Arana en Los Constituyentes de 1870*, en colaboración con su hermano Justo, pág. 417 de la edic. de la *Biblioteca de Escritores de Chile*, 1910).

Todavía nosotros podemos encontrar en el ensayo de Barros Arana algunos rasgos de su espíritu que en nuestro tiempo adquieren importancia y que entonces nada significaron. Señalemos uno. El epígrafe de Tácito colocado a la obra y copiado de la *Vida de Julio Agrícola*, es el punto de partida para revelarnos la preocupación de Barros Arana por la voluntad del hombre que hace la historia con su acción. "Ha sido uso transmitir a la posteridad los hechos y las costumbres de los hombres ilustres", reza la traducción latina del epígrafe de Tácito que el escritor prefirió para su libro. ¿Eran ilustres los hechos de Benavides? ¿Era él mismo ilustre? De esa existencia turbulenta, degradada, feroz, ¿qué merecía transmitirse a la posteridad? Ilustres fueron los héroes que combatieron al bandolero; ilustres las víctimas que inmoló en atroces sacrificios; ilustres también, los que sufrieron los martirios del salvaje guerrillero. Convenga-

mos que para el tema, para el asunto, para el episodio que había escogido Barros Arana, de índole principalmente biográfica, no era el epígrafe de Tácito, ni el más conveniente ni el más adecuado para referir la vida de un bárbaro. El historiador latino había escrito aquella sentencia para inmortalizar la prudencia política y el brillante valor del cónsul y general romano. En Benavides estaban muy lejos de concurrir esas circunstancias. El epígrafe que usó Barros Arana nos sirve para conocer su concepción social de la historia. De ella tenía un sentido plutarquiano. La historia y la biografía debían desprender siempre enseñanzas. Les correspondía una misión moralizadora. En la biografía era donde mejor cumplíase esta finalidad. El hombre, con su acción personal, con el poder de su voluntad, por el influjo de su poder dominador, llenaba la historia de útiles lecciones y era el héroe de ella. Barros Arana, moralista plutarquiano, sentía el culto del héroe. Recuérdese que su siglo vió difundirse la idea del hombre providencial. El libro de Carlyle *On Heroes, Herowarship and heroic in History* lo puso en boga. "La historia universal, la historia de lo que el hombre ha hecho en el mundo —escribió allí el historiador inglés—, es en el fondo la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí abajo. Esos grandes hombres fueron los guías de los pueblos, los modeladores, los arquetipos y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha llegado a hacer y alcanzar la masa de los hombres considerados en conjunto. Todas las cosas que vemos cumplidas en el mundo, son propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación de los pensamientos que habitaron en los grandes hombres enviados al mundo. El alma de la historia entera del mundo sería la historia de ellos..." "El héroe es un mensajero enviado del misterioso Infinito con noticias para nosotros. Procede de la substancia interior de las cosas. Allí vive y debe vivir en comunión continua..." "Viene del corazón del mundo, de la fe primordial del omnipotente que le da la inteligencia, y lo que pronuncia es realmente una especie de revelación..." Todavía en los *Discursos y cartas de Cromwell* había escrito: "Las obras de un hombre, así las sepultáseis en montañas de guano, bajo las obscenas inmundicias de todos los buhos anticuarios, no perecen,

no pueden perecer. La luz eterna que había en un hombre y en su vida, se agrega a las eternidades, subsiste por siempre como una nueva y divina porción de la suma de las cosas”.

En esas palabras hállase el fundamento de las ideas de Carlyle sobre el culto de los héroes, del hombre providencial, si se quiere. En América, encontraron entusiasmas admiradores. Sirvieron esas ideas para celebrar la aventura bárbara del caudillismo militar y civil que siguió a la Independencia en la lucha por la formación de los nuevos estados. Aun en los pocos países donde éste se organizó rápidamente en situación estable el régimen legal, las ideas de Carlyle no dejaron de impresionar. En Chile, donde la historia tendió a la exaltación de las individualidades, mediante la proliferación del estudio biográfico, Carlyle despertó simpatías. Barros Arana fué un fecundo biógrafo. Se inició en las letras escribiendo biografías. Igual camino recorrieron Amunátegui y Vicuña Mackenna. Este último, sobre todo, sintió apasionadamente el culto de los héroes. En Barros Arana todavía en otro libro de juventud, escrito a los treinta y cinco años, en 1865, en la *Historia de América*, esta admiración por el héroe tendrá plena validez. Anotemos aquí por ahora el hecho.

Hay también otros puntos que estas primeras páginas del historiador nos permiten aprehender. Son los que inciden en sus afecciones espirituales: las circunstancias que determinan esas afecciones. En el esbozo acerca del infortunado *Tupac-Amaru* hemos visto su antipatía hacia la obra de la colonización de España. ¿Hasta dónde las vicisitudes de las guerras de la Independencia, de las cuales lo separaban cuatro lustros, lo habían hecho despreciar todo lo español? En el estudio sobre Vicente Benavides, en el ángulo adverso al español, en el de los patriotas, se perfila, aunque veladamente, la distancia que profesa a José Miguel Carrera y la preferencia por O'Higgins. En las primeras palabras de su estudio, la frase está calculada para indisponer el aprecio por el Dictador de 1812. Refiérese, por ejemplo, al abandono del sitio de Chillán por el General. Aprovecha el suceso para decir que desde aquel momento: "...aumentó la impopularidad que un falso despotismo había acarreado al General Carrera. O'Higgins, hombre de espada y de dictamen, soldado en quien se reunían las más brillantes cualidades, lo reempla-

za..." La comparación eleva a uno y ensombrece al otro. Expone en seguida las relaciones de Benavides con Carrera. Aunque dice que ellas son desconocidas, añade que "...según papeles hallados a aquél es evidente que hubo comunicaciones entre ellos y su declaración por estar en conformidad. En el momento en que el criminal se desprende de todo el pasado para dar cuenta de sus actos a sus jueces, rara vez desprecia la verdad. En ese momento confesó — (Benavides) — que entre ambos habían convenido la división de la República en dos porciones. Sin embargo, en las proclamas que él dirigía a la tropa, y en una especie de memorial destinado, al parecer, a mandárselo y que se halló en su equipaje, dice que sólo desea restablecer un Gobierno Nacional echando para siempre de Chile a San Martín y demás argentinos." Era lo suficiente para echar sombra sobre el General Carrera.

La investigación histórica, antes de mucho, hizo perder al estudio de Barros Arana la importancia que con justa razón alcanzó en sus días, y que señaló el camino para trabajos más completos. Fué él mismo quien primero contribuyó a rehacer el *Vicente Benavides* en otros libros suyos. En 1858, al publicar el tomo IV de la *Historia General de la Independencia de Chile*, narró las primeras campañas del ejército patriota para someter el sur del país, y allí amplió el conocimiento de los sucesos, y rectificó errores de detalle. Vicuña Mackenna, en 1868, con la publicación de la memoria histórica universitaria *La Guerra a Muerte*, dejó muy atrás, literaria e históricamente, el primer ensayo de Barros Arana. Desde ese año, fué ya simplemente un recuerdo bibliográfico. Sin embargo, debía ser el propio autor de la *Historia General de Chile*, quien en definitiva agotara la investigación. En los volúmenes IX y XIII de esa obra, editados entre los años 1888 a 1894, Barros Arana escribió la crónica más prolija sobre Benavides, e hizo de todas las campañas del sur, hasta su término, una historia tan completa que ella hasta hoy no ha sido reemplazada. En el curso de todo el extenso relato de la *Historia* —vale la pena consignar el dato— Barros Arana no citó para nada su libro *Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del Sur*, que en 1850 había consagrado el nombre del historiador. ¿Despreció la insuficiencia de su primera obra de juventud?

¿Estaba convencido de su escasa importancia? En el curso de los años, pudo Barros Arana rehacer el material sobre el guerrillero casi completamente. Los aportes más serios que recibió inmediatamente después de la publicación del estudio, fueron las observaciones y rectificaciones del General José María de la Cruz y del Coronel Benjamín Viel. Estas informaciones modificaron substancialmente, entre otros hechos, el de la acción del Pangal. Por su parte, el General Manuel Riquelme, actor y testigo de importantes campañas contra el guerrillero, le proporcionó nuevos datos que Barros Arana no pudo utilizar por estar ya impresa la obra. Por último, encontrándose en Lima, Barros Arana en 1860, el General Guillermo Miller le obsequió la minuciosa relación que Juan Castellón había escrito sobre la campaña de Benavides contra Chillán, que contenía informaciones totalmente desconocidas. Castellón había sido amigo de confianza del bandolero. Estas fuentes, nuevas e importantes, restaban al estudio anterior del historiador una curiosa novedad, las que vació más tarde, como hemos dicho, en la *Historia General de Chile*.

He aquí, por último, un juicio de Claudio Gay acerca del *Vicente Benavides*. En una carta inédita escrita en castellano desde París, sin fecha, pero indudablemente de 1850, le decía: "A mi vuelta de un viaje que acabo de hacer a España para compulsar los archivos de Indias depositados como Ud. sabe en Sevilla, el señor [Francisco Javier] Rosales me entregó su carta y el cuaderno que Ud. ha publicado sobre las campañas de Benavides. Le agradezco muchísimo su buena atención que aprecio tanto más que este trabajo, escrito muy concienzudamente y a la vista de documentos auténticos, será para mí de la mayor utilidad cuando mi *Historia* alcance a dicha época. Como Ud., yo había pensado que este hombre tan singular merecía ser bien conocido y mientras mi permanencia en las provincias del sud no perdoné ningún cuidado para proporcionarme las mejores noticias sobre su carácter y los diferentes actos de su vida pública; a este respecto el señor Castellón, que fué muy amigo de su casa y en toda circunstancia su protector, allanó muy particularmente mis deseos poniéndome en comunicación con las personas que habían seguido su bandera y aún con su mujer que vivía en aquel entonces en la ciudad de la Concepción;

así es que mis manuscritos señalan una infinidad de notas sobre sus campañas, sus acciones y su vida privada, las cuales reunidas a lo mucho que Ud. tiene publicado, me permitirán dar algún interés a esta época de mi *Historia*."

Terminaba con estas palabras: "Le aseguro que es con sumo placer que veo el genio de la juventud chilena dirigirse hacia los estudios históricos; bajo todos los puntos de vista, Chile ofrece por ello la mayor ventaja, porque su *Historia* ha sido siempre muy descuidada. Si he sido bastante atrevido para emprender tan digno trabajo ha sido no tanto para llenar un vacío que la República ya echaba de menos, que por dar a mis publicaciones demasiado científicas, un mérito algo más al alcance de la generalidad de los chilenos; ello fué sólo el motivo que me sugirió la idea de reunir todos los materiales posibles y gracias a estos materiales, que después he aumentado considerablemente, he podido dar a luz esta *Historia*, que hoy día no publicaría si no estuviese persuadido que los chilenos la harán mucho mejor. Ya está por concluirse; el quinto tomo que acaba de salir alcanza hasta el año 1814, el sexto, que será el último, incluirá hasta la época en que la Independencia fué cimentada y entonces puede ser que publique otro tomo de estadística razonada del tiempo de la monarquía para el cual tengo reunido una gran cantidad de documentos sacados en Chile, Perú y, sobre todo, en España: este trabajo está subordinado a algunas circunstancias."

EL TERCER ESTUDIO: LA CRÍTICA HISTÓRICA AL LIBRO DE BASCUÑÁN, EL CAUTIVERIO FELIZ (1850).—La sistematización de los conocimientos históricos obligaba al historiador con frecuencia a volver la curiosidad erudita hacia un pasado mucho más lejano, ya semiborroso por su considerable distancia de aquel de la Independencia que acababa de dejar al recordar las odiosas campañas de Benavides. Ese distante pasado correspondía al siglo XVII. En él había nacido, más o menos orgánicamente, en la vida rural, en la célula de la encomienda, la sociedad chilena. Ya el campamento militar del siglo anterior había tomado también los contornos de la ciudad, y en ella podían distinguirse, fuera del español, los otros dos elementos de la sociedad: los criollos y los mestizos. Sobre esas dos sabanas se iba a estructurar la nacionalidad futura y ella sería el cimiento de la colonia. Como de

un crisol surgió la sociedad en este siglo. Tiene un sello propio. La fisonomía la dan grandes catástrofes, las epidemias, los temblores y terremotos, los aguaceros y las sequías. Es a la vez el siglo de los grandes escándalos públicos y privados. Reina la corrupción administrativa. Impera la relajación eclesiástica. Domina una brutal religiosidad que hace eclosión en una sexualidad lujuriosa. Las supersticiones se agudizan. La riqueza pública es miserable. La privada no tiene comparación con aquella. Constitúyense feudos en las familias y se engendran rivalidades. El poderío lo da la posesión de la tierra y el comercio agrícola. Desarróllase la pasión del juego y del lujo. Pero juego y lujo contribuyen a fomentar las manifestaciones de la sociabilidad. Se llevan a cabo fiestas públicas y privadas.

Al comenzar el siglo, desde antes, a fines del XVI, en 1598, en seis años, hasta 1604, siete de las ciudades fundadas por los españoles al sur del Bío-Bío, fueron destruidas por los araucanos. La civilización española pareció hundirse definitivamente después de la catástrofe. Pero otra también amenazó consumarla. Los corsarios holandeses aparecieron en el Pacífico y pusieron en peligro la estabilidad de las colonias hispanoamericanas. Para contener al indígena en su guerrear incesante por la libertad, el misticismo jesuítico impuso la guerra defensiva. Más pérdidas de vidas, más calamidades significó ella, todavía. En la literatura chilena colonial ha quedado impresa el alma del siglo XVII. El carácter principalmente dominante es su asombrosa masculinidad. La adversidad hace al hombre más fuerte y parece complacerse en recordar sus apremios, los sinsabores, las vicisitudes, los derrotas, en fin, que el siglo le ha deparado. Pero toda la literatura tiene un fondo común, siempre uniforme y cuyo telón de fondo sólo varía en los accidentes. Los escritores son numerosos y el único asunto que abordan tiene como principal objeto las guerras de Arauco. He aquí el motivo del tema inagotable, explotado con delectación. Los cronistas, ya sea en verso o en prosa, no pueden ni quieren sustraerse del relato de un asunto que era el motivo principal de la vida colonial. Son muchos estos escritores. El soldado Melchor Jufre del Aguila, lo hace en versos heroicos, muy malos. El jesuita Alonso de Ovalle en una lengua pura, clásica y con una candorosa e ingenua acep-

tación de la crónica milagrera. El misionero jesuita Diego de Rosales, con formal sentido de la historia. Jerónimo de Quiroga, militar, narra rasgos generales simplemente. Otro soldado, José Basilio de Rojas y Fuentes, lo hace en la forma de un manual, serio y bien informado. Los biógrafos se extasiaron, por su parte, contando las hazañas de los guerreros contra los araucanos. Los cronistas de los sucesos particulares volvieron siempre los ojos a la frontera que trazaba el río Bío-Bío. Santiago de Tesillo disertó con elegancia y profundidad como conocedor de la cuestión de las "guerras de Chile, causas de su duración, advertencias para su fin, ejemplarizadas en el gobierno de don Francisco Laso de la Vega". O sea, con el pretexto de esas guerras, trazó la historia de ese gobernador. Igual procedimiento empleó el mismo autor para exaltar las campañas de Meneses en el opúsculo *Restauración del estado de Arauco*. Con ánimo distinto, esto es, sin la abundancia del elogio y del adulo rastrero, con un propósito de condenación apasionada, el autor que escribió las *Memorias de Chile y de don Francisco de Meneses*, bajo el pseudónimo de Fray Juan de Jesús María, trazó el cuadro palpitante de una sociedad agitada por la corrupción administrativa y social. Este escritor anónimo ¿no pudo ser Bascuñán?

En el número de esos escritores hay uno que no se encuadra en ninguno de los géneros literarios que se han señalado: crónicas generales, poemas históricos, biografías, relatos de sucesos particulares, autobiografías, etc. Es éste el mismo Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. El libro que escribió contiene en gran medida todos los géneros antedichos. Es crónica, porque hace historia. Es autobiográfico, porque narra lo que le ocurrió en su vida. Es el relato de sucesos particulares, porque con ocasión de su cautiverio entre los araucanos, cuenta menudamente las más diversas formas de civilización de ese pueblo bárbaro. Participa el libro de otros rasgos propios. En él hay poesías y un buen poeta. Hay también un avezado traductor. Un teólogo y un exégeta revelan las disertaciones morales. Surge también muy nítidamente el panfletista. Este es el hombre de protesta, el inconformista, el individuo que anota los agravios contra el régimen político y social y los denuncia en una acusación grave, solemne y fundada. No es un precursor de la Independencia, porque sus

sentimientos sinceramente monárquicos jamás se lo hubieran permitido, pero sin querer acumula los hechos para justificar el proceso de la liberación. Podemos así considerarlo. Sin embargo, es mejor no arrancarlo de su medio, porque su vida explica su siglo, lo representa con fidelidad en cuanto a lo que un hombre de su estirpe y condición, un soldado, un individuo culto, un buen y leal vasallo, un hidalgo, era en Chile en el siglo XVII. Señalemos que Bascañán era chileno. Junto con el jesuita Alonso Ovalle es el segundo escritor de ese siglo, y como aquél también debió su formación intelectual y literaria a la escuela de la Compañía de Jesús. Ovalle había nacido en Santiago en 1601 y falleció en Lima en 1651. Vivió justamente la mitad de su siglo. Bascañán vió la luz en San Bartolomé de Chillán en 1607 y murió en Locumba, en el Perú, en 1680. Su existencia alcanzó, pues, a los setenta y tres años. Adviértase que los dos escritores chilenos son clásicos de la lengua y literatura españolas. Con tal rango figuran en nuestras letras coloniales. Ovalle dió a la estampa en Roma la *Histórica Relación del Reino de Chile* en el año de 1646. Bascañán concluyó de componer el manuscrito de *El Cautiverio Feliz y Razón de las guerras dilatadas de Chile* en 1673. Para ver las letras de molde debió su obra esperar ciento noventa años. Sólo en 1863, era publicada por el mismo Barros Arana. El libro, sin embargo, había circulado en abundantes copias manuscritas en Chile y en el Perú, como el relato novelesco del cautiverio de un soldado entre los araucanos. También había despertado interés por las disertaciones morales, teológicas y exegéticas que acompañaban las relaciones de los actos ejecutados durante la cautividad. Estas digresiones, que para el gusto de hoy tanto hacen desmerecer el libro de Bascañán, eran entonces leídas con especial devoción y acreditaban la sapiencia de un autor. Un tal Florián de la Sal, fraile de la Orden de la Merced, Provincial de Santiago de Chile, en alabanza del libro del escritor que había leído en una de esas copias, le decía:

*Ninguno como vos, Marte elocuente,
Unir supo tan bien las facultades,
Con la pluma mostrando suavidades,
Con la esbada mezclando lo prudente.*

*En vos de Chille, capitán valiente,
Estas sólo se han visto calidades:
Con la pluma escribir divinidades,
Con la lanza matar tan bárbara gente.*

*Con estas armas de Minerva y Palas,
Sólo vos, Bascañán, habéis podido
Defender vuestra patria con alientos:
Y mas, si lo ligero de sus alas
Llegaren por su dicha al regio nido:
Que entonces lucirán los documentos
En vos, de Chille, capitán valiente.*

Otro fraile que también leyó una de estas copias manuscritas. El Padre Fray Buenaventura Aránguiz, dijo en elogio del libro:

*Cuando tu libro miré
Manuscrito destrozado,
Lo tomé con desagrado,
Tu exterior consideré;
Lo abrí y en traslado hallé
A Orfeo en Lira tocando,
Risueño Apolo cantando,
Minerva en una alta silla,
Marte puesto en la rodilla,
Y a un lado Venus llorando.*

En el *Cautiverio Feliz*, no es lo novelesco, no son las consideraciones morales, los únicos motivos que llenan la obra. Es bien discutible si todo lo que narra del cautiverio es una novela. Pudo parecer tal la relación de las costumbres, hábitos e intimidaciones de los araucanos, generalmente desconocidas de los españoles y para quienes era ciertamente una novedad la narración que proporcionaba el escritor. La visión que abarcó su pupila fué adornada por el poeta, sin duda. Enalteció al bárbaro explotado sin misericordia por el castellano. También esa visión fué deformada por el discípulo y admirador de la Compañía de Jesús. Puso de manifiesto la docilidad de los araucanos, la benevolencia y equidad que los distinguía. En cambio, la rapiña, la avaricia, el maltrato, la violación de las mujeres, la captura de los niños, los robos, la mala fe, las crueldades, las violencias cometidas impunemente por los castellanos, obraron en los araucanos como fuerzas impulsoras en defensa de la libertad de la familia, del hogar y de la persona. Estas fueron las razones que los determinó a tomar las armas. El escritor recordaba cómo la propagación del cristianismo había obrado milagros en el corazón de los bárbaros. En el fondo, lo que Bascañán desarrolló en el libro eran las ideas que abonaron la justificación de la guerra defensiva. Considerado el escritor desde es-

te punto de vista, es un propagandista más de los jesuitas Luis de Valdivia y Alonso de Ovalle. Son los mismos principios caritativos los que defiende y expone con vigor y pasión. Evidentemente, no fueron éstos los únicos propósitos que tuvo en vista Bascuñán para escribir el libro. "Sólo se podrá decir y dar a entender lo que me ha movido a coger la pluma en la mano y escribir algunos sucesos de este Reino con verdaderas experiencias (aunque con humilde y llano estilo): el haber reconocido algunos escritos y obras de historia que han salido a luz y están para salir, de algunos acontecimientos de esta guerra de Chile, tan agenos de la verdad como llevados de lo adulación los más..." "Más conveniente y justo fuera —dice en otra parte— que semejantes escritos y escritores fuesen sepultados y faltasen del mundo, pues de ellos no se puede originar otra cosa que un gran descrédito de la guerra de Chile y de los que han derramado su sangre en servicio de su Rey y señor, y padecido varios trabajos y desvelos por acreditar en sus historias a los que con potestad y dineros han adquirido el aplauso de tales cronistas lisonjeros, que con relaciones siniestras y contemplativas dependencias intentan deslucir calificados méritos y engrandecer fantásticas opiniones." Decía después: "... el principal blanco a que se encaminan mis discursos, no es otro que hacer las verdades patentes. Con que daremos principio a mi *Cautiverio Feliz*, de donde sacaremos el fundamento de la dilación de esta guerra de Chile, pues lo uno y lo otro viene a ser directo blanco de este libro."

El Cautiverio Feliz ¿participa de esa masculinidad que advertimos en la literatura del siglo XVII? Precisamente, no es el arquetipo de esa literatura. Pero, Barros Arana, ¿percibió el carácter de la obra en este aspecto? En realidad, aquí debemos detenernos para conocer la opinión, el juicio del primer crítico de Bascuñán, no sólo como escritor y cronista, sino como hombre representativo de ese siglo, preñado para Chile de tantas vicisitudes, y del cual es Bascuñán un buen modelo como expresión de la reciedumbre del alma española en el torbellino, en el crisol, en que fundiase la sociedad chilena. El estudio de Barros Arana vió la luz en octubre de 1850, en el tomo V de la *Revista de Santiago*, que dirigían y publicaban José Victorino Lastarria y Francisco de Paula Matta. El título: *Bascuñán y El Cautiverio*

Feliz. En su ensayo, el autor pretendió desarrollar dos propósitos, sin conseguir ninguno. Mediante una breve semblanza biográfica dar a conocer el carácter del autor del *Cautiverio*, y, después, analizar el contenido de la obra. El fracaso se produjo ineludiblemente por no haber comprendido al hombre, a Bascuñán. Ya en el padre del escritor, un noble andaluz, a quien Menéndez y Pelayo llamó "un viejo heroico y digno de epopeya", había rasgos suficientes para evidenciar la contextura moral del hogar en que se formó el hijo. Era cuestión de escogerlos. He aquí uno bien decidor del carácter de Alvaro Núñez de Pineda y Bascuñán, narrado por el autor del *Cautiverio* que habría servido a Barros Arana para destacar la fisonomía del soldado. Tratábase de un servicio que el Gobernador había querido hacer al Maestre de Campo, en favor de su hijo. "El Gobernador era caballero de todas prendas, gran soldado, cortés y atento a los méritos y servicios de los que le servían a S. M., —cuenta Bascuñán— y considerando los calificados de mi padre, le había enviado a ofrecer una bandera o compañía de infantería para que yo fuese a servir al Rey, nuestro señor, con más comodidad y lucimiento a uno de los tercios, dejándolo a su disposición y gusto, de lo cual le hice recordación diciéndole que parecía más bien que como hijo suyo me diferenciase de otros, aceptando la merced y ofrecimiento del Capitán General y Presidente: razones que en sus oídos hicieron tal disonancia que lo obligaron a sentarse en la cama (que de ordinario a más no poder la asistía), a decirme con palabras desabridas y ásperas que no sabía lo que hablaba, que como pretendía entrar sirviendo al Rey, nuestro señor, con oficio de capitán, si no sabía ser soldado, que cómo me había de atrever a ordenar ni mandar a los experimentados y antiguos en la guerra sin saber lo que mandaba: que sólo serviría darles que notar y que decir, porque no había aprendido a obedecer era imposible que supiese bien mandar."

Así era el hombre. El hijodalgo andaluz, había comenzado la carrera de las armas a los catorce años. Cuarenta habría de servir en las guerras de Arauco. A Chile había llegado como gentilhombre del ejército del Gobernador Alonso de Sotomayor, en 1553. Larga, difícil y áspera había sido la jornada de esas tropas. Desde España, habían tomado la ruta del Atlántico y desem-

barcado en el Río de la Plata. De aquí, internáronse en las pampas argentinas. Empezaron la travesía de la cordillera andina, a fin de llegar a Santiago de Chile y partir a Concepción, en la línea de la frontera araucana. En 1585, Alvaro Núñez de Pineda y Bascuñán ya había acreditado, como soldado raso, fama de guerrero. En el correr deslumbrante de una carrera heroica, fué Maestre de Campo de cuatro Capitanes Generales. Lo respetaban y en él tenían fe. Un Obispo de Concepción decía del viejo militar: —“Fué asombro y espanto de los indios, pues sólo con oír su voz se retiraban.” Temían al militar, al implacable conductor de las huestes españolas al triunfo, porque siempre los había derrotado. La verdad es que sentían su imperio cuando dirigía los combates, y admiraban —¡cosa curiosa!— al hombre de sentimientos generosos, al espíritu justiciero, que otorgaba buen trato a los prisioneros y que preocupábase de su suerte. *Maltincampo*, como los araucanos llamaban al Maestre de Campo General, lo sabían enemigo de las violencias y crueldades, dispuesto siempre a hacer llevadera la desgracia del vencido. En la rigidez de una férrea disciplina como la que se había impuesto para sí mismo en el cumplimiento de sus deberes y que en igual forma exigía de sus subalternos, Núñez de Pineda y Bascuñán representó en las luchas de Arauco al guerrero gentil de los tiempos caballerescos. El mismo sentimiento de consideración y de respeto que guardó para con el enemigo, lo tuvo en mayor grado para con su Rey, a quien prácticamente sacrificó, en su lealtad, la vida en el servicio militar. Lo abandonó cuando las fuerzas totalmente lo imposibilitaron. Había perdido el uso de las piernas, y en uno de los innumerables combates a que había concurrido, perdió uno de los ojos. La devoción por las armas, por otra parte, había sido tan celosa en el curso de su carrera, que sus reducidos intereses, al no haber estado administrados por un hermano, se hubieran concluído en el abandono. Al licenciarse del servicio, lindaba en la pobreza. Cuenta el hijo que su despreocupación por el manejo y control de su hacienda fué tal, que no distinguía el valor de las monedas. Estos datos dan a la silueta del padre de Bascuñán, un relieve de medallón y nos muestran su carácter. El hogar suyo era el de un antiguo hidalgo español en que las virtudes del honor, la sobriedad de las costumbres, el

espíritu de sacrificio, el rígido concepto de la honradez, la pureza de las costumbres, conformaban una naturaleza recia, firme, austera, independiente y estoica. La masculinidad, hasta parecer salvaje en su feroz individualismo, es uno de los rasgos de estas almas.

El hogar del Maestre de Campo sufrió un serio quebranto con el fallecimiento de la esposa, doña Magdalena Jufre de Loaiza, señora descendiente de los primeros conquistadores. El desgraciado suceso ocurrió en 1614. La atención de la guerra en la plaza de Arauco impidió al soldado mantener su hogar en San Bartolomé de Chillán y vióse obligado a concluir con la casa. Las dos hijas fueron enviadas a Santiago para ingresar en el convento de las agustinas, donde una profesó. El varón, Francisco, fué llevado por el progenitor a la plaza de Arauco. Tenían los jesuítas aquí una casa de residencia y un colegio, al que ingresó Bascuñán cuando contaba con seis o siete años de edad. A los dieciséis abandonó la clausura y el colegio, a causa —como él mismo lo dice— de “ciertos juveniles desaciertos que suelen servir de escollos que obligan a amainar las velas al ingenio que con más pompa y lucimiento surca el inmenso mar de la sabiduría.” Buenos maestros como los padres Rodrigo Vásquez, Agustín de Villaza y Juan del Cubillos, mártir de los indígenas del Paraguay, influyeron en la formación intelectual de Bascuñán, cuya inteligencia fértil, imaginativa, vivísima, clara, recibió una esmerada educación. Adquirió excelentes conocimientos de latín y fué un buen conocedor de ese idioma. Las traducciones de los textos de los escritores del Lacio con que ha llenado su libro, acreditan la versación de Bascuñán. Los Padres de la Iglesia no tuvieron secretos para él. Las sagradas escrituras las profundizó en el curso de teología, y las nociones de filosofía que se impartían en las escuelas de los jesuítas, las adquirió con verdadero lucimiento. Entre los jóvenes que en ese tiempo ingresaron al ejército, Bascuñán, por su cultura intelectual y literaria, era una excepción. En el medio común de las gentes de la colonia, su superioridad era considerable. A los dieciséis años, en 1623, sentó Bascuñán plaza de soldado en el ejército español de la Frontera. “Fuí a cumplir —escribe en *El Cautiverio*— el mandato de mi padre al Estado de Arauco con toda presteza, porque el fiel obediente, como

dijo San Bernardo, no conoce tardanza. Procuré hacerme capaz en breve tiempo de lo que a un milite de obligaciones le es forzoso y conveniente, y que procura no quedarse atrás en el ejercicio que profesa. En algunos años que asistí en aquel Estado, ocupé el puesto de Alférez de la Compañía del Maestre de Campo del tercio, Cabo y Gobernador de ella cerca de dos años, y después el de Capitán de infantería española, hasta que por disposición y achaque que me sobrevino, habiendo vuelto a cobrar salud a casa de mi padre, quedé reformado. Y habiéndolo solicitado con todo desvelo, porque volviese a continuar el real servicio, me hizo volver a él, como lo hice, asistiendo siempre cerca de la persona del Presidente, Gobernador y Capitán General de este Reino. Y habiendo sucedido algunos desastres y no bien afortunados acaecimientos en encuentros con el enemigo, me mandaron volver a servir otra compañía da infantería española en el tercio de San Felipe de Austria, que era entonces el blanco donde el enemigo solicitaba hacer sus tiros. Y por ser parte más peligrosa y mayor riesgo, estimé el favor que se me hizo, y le admití con todo gusto por el amor y voluntad con que deseaba acertar a servir a S. M., y perder la vida en su servicio se me ofrecieron ocasión."

Tales fueron los primeros seis años de Bascuñán en la carrera de las armas. En 1629, a los veintidós años, era Capitán. Pertenecía al tercio de San Felipe de Austria, con residencia en San Bartolomé de Chillán. El cacique Lientur, que había servido a los castellanos, se encontraba al frente de los araucanos dirigiéndolos con buen éxito, en vigorosas campañas guerreras. Desde 1627 había comenzado el ataque. En abril de 1629, llegaba, después de pasar el Bío-Bío, a los alrededores de la ciudad chillaneja. A su paso, todo lo que encontró fué destruído: Los campos y sembrados, talados; los graneros, vaciados; los ganados conducidos al interior de las cordilleras. El 10 de mayo, en un intento de repeler al invasor cortándole la retirada, el Corregidor de Chillán sufría una derrota. Quedó en el campo con sus dos hijos y más de ochenta soldados, de los ciento cincuenta que le acompañaban. Era el comienzo del fin de una desgracia mayor para el ejército español. El regimiento de San Felipe de Austria, el tercio de Bascuñán, salió a detener las huestes de Lientur, excitadas por la derrota infligida al Corregidor, y

situábase frente al fuerte del ejército, a la distancia de una legua, en el paso del estero llamado "Las Cangrejeras". En esta acción de guerra, el soldado-escritor cayó prisionero. El cautiverio que más tarde habría de referir en la ancianidad data de entonces. "Pocos rasgos —dice Barros Arana—, ofrece la obra de Bascuñán mejor trazados que la historia en que perdió la libertad. Lo reproducimos íntegro para que sirva de muestra de la elegancia y lucidez con que están escritas las páginas de aquel libro admirable". Al efecto, reproduce de Bascuñán el siguiente trozo: "Sucesivamente, a los 15 de mayo del citado año, se nos vinieron a manos más de ochocientos enemigos después de haber saqueado y destruído muchas estancias. Las lágrimas nos vienen a los ojos al recordar esta desgracia y la pérdida de tantos compañeros, considerando, sobre todo, que sucedió por falta de gobierno y buen consejo. En aquel tiempo, lo sé por experiencia, los consejos de los ancianos, hombres de ciencia y experiencia, eran poco oídos y menos apreciados: "que eran muy a lo viejo lo que hablaban", decían los que eran aconsejados sin lisonja. Así sucedió a mi padre el Maestre de Campo, General Alvaro Núñez de Pineda, con el Gobernador don Luis Fernández de Córdoba, el cual con la noticia de la muerte del Corregidor de Chillán y de sus dos hijos, había venido con prisa de la Concepción y se había alojado en casa de mi padre, que se hallaba retirado en el país, al cabo de servicios largos de algunas dichas y de muchos trabajos, con una pierna y un ojo menos, sobre todo, muy pobre. "Sé por experiencia, dijo mi padre, al Capitán General, previendo el ataque de los araucanos del 15 de mayo; sé por experiencia que los enemigos volverán a la carga con fuerzas respetables contra el tercio de San Felipe de Austria; porque saben también, como nosotros, las pocas fuerzas que tenemos; y sería bueno marchasen apercebidos." "Piensa Ud. muy a lo viejo, señor Pineda," respondió el Gobernador. Es verdad que este refrán de aduladores palaciegos se le escapó por distracción, pues reparando en la persona del anciano Maestre de Campo, en las trazas visibles de sus buenos servicios, añadió: "No descuidaré el aviso. Ya las medidas están tomadas para resguardo de las fronteras." Esto dijo; pero no por eso dejó de volverse muy ajeno de pensar lo que iba a suceder.

“En efecto, los ochocientos araucanos, matando, talando y saqueando, nos aguardaron en el desfiladero llamado de “Las Cangrejas”. El Sargento Mayor, al ver el atentado de los enemigos, destacó caballería para reconocer por dónde se retiraban. La gente que salió del tercio serían unos sesenta. Dirigiéndose, pues, al citado desfiladero, en el cual nos aguardaban los araucanos, sabiendo perfectamente que toda nuestra fuerza se reducía a doscientos hombres mal avenidos y peor disciplinados. Al emboscar, un accidente fortuito fué como un presagio lo que nos iba a suceder; un arcabuz se disparó casualmente y mató un soldado que estaba delante. No sé por qué no me mató a mí, pues me hallaba a su lado codo con codo. Los indios se habían formado en columnas separadas a alguna distancia. Nuestra caballería cargó la primera, que era de unos doscientos hombres; pero perdimos diez muertos y cinco prisioneros, y los demás tuvieron que retirarse a una loma rasa para aguardar por la infantería que iba bajo mi mando. Me llegó el parte de lo sucedido, puse la caballería que pude a caballo y llegué con cuanta celeridad me fué posible. En las tres compañías de infantería no había ochenta soldados, los cuales con las dos de caballería componían un total de poco más de ciento sesenta; al paso que los enemigos eran ya entonces más de mil, habiéndose concentrado. Me situé en la loma, a donde se había retirado nuestra caballería, y ví desde luego que algunos trozos de los enemigos echaban pie a tierra para venir a atacarnos. Bajé de mi caballo, me puse a la cabeza de la vanguardia como capitán más antiguo, e interpolando las picas en los arcabuces, marché en este orden contra el enemigo, según el buen consejo del Maestre de Campo Pineda, que me había dicho muchas veces cuán bien le había resultado el atacar a los indios resueltamente, sin darles tiempo a contar o calcular nuestras fuerzas. Y a fe habríamos salido mejor librados, si en esta ocasión me hubiesen creído, y hubiésemos cargado infantería y caballería, con lo cual nos hubiéramos hecho dueños de la posición. Iba, pues, ya a ejecutar esta carga, cuando de repente, llega un capitán de caballería ligera con orden de que me detenga y forme en redondo mi infantería. Le respondí que era una lástima el perder el tiempo y que nuestra evolución consistía en la rapi-

dez de nuestros movimientos; pero a ésto me respondió que la temeridad producía rara vez buenos efectos, y sobre todo no hacía más que cumplir con las órdenes que le habían dado. Obedecí y mientras yo ejecutaba la evolución mandada, sucedió lo que yo con razón temía, a saber, que el enemigo aguardó a que mi infantería concluyese el movimiento, y la atacó en media luna, con la infantería en el centro, y la caballería en las alas. Por mayor desgracia, el tiempo nos era contrario; la lluvia apagaba nuestro fuego, y muy luego fuimos envueltos por nuestros numerosos enemigos, habiendo sido abandonados por nuestra caballería. ¿Qué podíamos ochenta contra mil? Así es que nuestros capitanes y soldados, por más que se defendían valerosamente, caían muertos a lanzadas o eran exterminados por las terribles macanas de los araucanos. En cuanto a mí, herido en la muñeca de una lanzada, quedé en la imposibilidad de continuar defendiendo mi vida. De un golpe de macana me derribaron, me atravesaron el pecho con una lanzada, pero el arma que yo llevaba era buena, y no me mataron. En fin, perdí el sentido, y cuando volví en sí, me vi cautivo.”

El texto del relato que transcribe Barros Arana, como muy bien cuida de establecerlo, no es propiamente el de Bascañán. Es una adaptación del original del manuscrito del escritor, hecha por Claudio Gay para el capítulo LII, págs. 433-436, del tomo II de la *Historia Física y Política de Chile*, publicada en París en 1854, y al cual Barros Arana introdujo, todavía, algunas leves alteraciones. La inserción de este trozo fué el que sirvió al crítico de Bascañán para justificar el juicio literario sobre la obra, cuando su autor en 1850 contaba con 20 años de edad. Decía Barros Arana entonces: —“Desde aquel día comenzó el cautiverio de Bascañán, *Cautiverio Feliz*, si hemos de dar crédito a su relación y hasta al título de su obra; empieza la interesante narración de todo lo que vió entre los araucanos y muy en particular en casa de su amo Maulicán. Todo cuanto en ella vemos está lleno de animación y colorido. Las descripciones de costumbres, las conquistas que hacía el cautivo para la fe de Cristo, no hay rasgo, en fin, que no nos interese. Las digresiones históricas, sus recuerdos y citas que podían hacer pesada e indigesta su obra, no hacen más que au-

mentar su importancia. Difícilmente se pudo haber encargado a una mano más hábil la ejecución de un cuadro tan completo y de tan variado colorido. En la obra de Bascuñán hallamos bosquejada la civilización chilena a principios del siglo XVII. Al leerla se nos presenta a nuestra vista la vida colonial con todas sus imperfecciones y defectos, junto con la dulzura y tranquilidad que le son características." "No por eso es menos animada e importante por lo que respecta a los araucanos. Todos los hechos que conocemos nos los pintan en la vida pública, en esos momentos supremos en que el hombre no aparece tal como es, en que se esfuerza por presentarse grande. Bascuñán parece haber conocido este vacío y lo ha llenado admirablemente. Su obra, bajo este punto, es acreedora al título de *poema* que le da el padre Aranguiz (Fray Buenaventura), en el elogio de una de las copias existentes en la Biblioteca Nacional." "La obra de Bascuñán... es uno de esos raros monumentos de nuestra pobre literatura; uno de esos libros que reclaman con más instancia los honores de la impresión. No es sólo la importancia histórica la que lo hace interesante, sino también su mérito literario. En ella se hallan intercalados traducciones en versos octosílabos de poetas latinos o españoles que escribieron en latín, como también algunas poetas originales en que prueba mucha facilidad para versificar y no poco ingenio."

Barros Arana volvió a ocuparse de Bascuñán y *El Cautiverio Feliz*, en 1863, al reimprimir la obra en la *Colección de Historiadores de Chile* (tomo III). Trazó en esta ocasión una biografía más completa del escritor y emitió un juicio en que atendió de preferencia al mérito histórico del libro. La crítica suya es esta vez más ponderada. Bascuñán —según Barros Arana— ocupó los últimos años de su vida en escribir la obra que habría de perpetuar su nombre. El manuscrito tiene como fecha de término 1673, o sea, cuando el autor alcanzaba los sesenta y seis años. Poseedor de los conocimientos más vastos que era posible adquirir en la colonia, como ya lo hemos dicho, habíase aficionado a esa literatura empalagosa que se cultivaba en España en el siglo XVII, llena de referencias, consideraciones morales y citaciones teológicas y bíblicas, que tanto daño hicieron al gusto literario, afeando el mérito

real de obras verdaderamente notables. De no haber seguido la moda literaria de su tiempo, y si Bascuñán, como viejo soldado de las guerras de Arauco, se hubiera propuesto solamente contar sus campañas en sencillo recuerdos, habría escrito un libro tan valioso como el de otro conquistador de Chile, el del soldado Alonso de Góngora y Marmolejo; o bien como ese otro monumento de sinceridad y candor de la lengua española debido al conquistador de México y Guatemala, Bernal Díaz del Castillo. Estos dos escritores —como se sabe—, carentes de toda formación literaria, legaron dos libros admirables a las letras por la sencillez singular y espontánea del relato, la fidelidad extrema con que contaron los hechos, y la apreciable cantidad de preciosos datos históricos que vaciaron en sus páginas de un valor inestimable para la crónica. "Pero Bascuñán —dice Barros Arana al mejorar su juicio de 1850 en 1863— era demasiado literato para que siguiera ese ejemplo: quiso ostentar sus conocimientos, y nos dejó un libro informe en que lo útil está perdido en medio de páginas cuya lectura fatiga nuestra atención." En seguida, rectifica su opinión de juventud de 1850, cuando dice en 1863: —"El propósito de Bascuñán fué sólo referir su cautiverio entre los indios araucanos después de la batalla de "Las Cangrejeras"; pero no quiso contar simplemente sus aventuras, sino moralizar sobre cuanto veía y buscar en los autores que conocía un fundamento para sus moralejas. Este sistema lo arrastró demasiado lejos, y se vió precisado a alargarse en digresiones inútiles que interrumpen el discurso y aburren al lector. Después de estudiar su obra se siente uno tentado a creer que esas digresiones constituyen su verdadero fondo, y que la narración de su cautiverio es solo la parte accesoria. Siguiendo este sistema, Bascuñán despojó a su libro de la mayor parte de su mérito." La opinión de Barros Arana sobre el mérito histórico de *El Cautiverio* es muy superior a la de 1850. Encuentra que el lector cuidadoso del libro puede descubrir casi siempre en cada página curiosas noticias para la historia nacional. Las más importantes son las que se refieren a los araucanos. Durante el cautiverio entre los bárbaros, que duró seis o siete meses, aprendió Bascuñán la lengua de los naturales, y con ese instrumento de conocimiento llegar a penetrar profunda-

mente en las costumbres, en los hábitos, en la religión, en las preocupaciones y en la organización social de los araucanos. Todos esos aspectos, según Barros Arana, Bascuñán "los da a conocer —como dice— con bastante exactitud, porque por más que haya puesto en ejercicio todos los recursos de su imaginación para engalanar sus cuadros, el lector distingue en ellos la verdad y la descarga de los adornos retóricos. Las fiestas de los indios, sus juegos y borracheras, su vida doméstica, su sistema de guerra, su industria, su organización política, y hasta su carácter, están bosquejados con gran recargo de pormenores y con cierto arte que hacen interesantes sus descripciones."

Veintiún años más tarde, en 1884, en la *Historia General de Chile* (tomo I, pág. 112), Barros Arana daba mayor solidez a una nueva crítica acerca del libro de Bascuñán como preciosa fuente de información histórica sobre los araucanos. "Bascuñán —escribió entonces— había leído algunos poetas de la antigüedad, y creía como cosa verdadera los cuentos de la edad de oro de las sociedades primitivas, donde sólo habrían reinado las sencillas virtudes, la lealtad, la pureza y la honradez. Habiendo conocido personalmente a los indios, observándolos groseros, feroces, falsos, embusteros y ladrones, se persuade y aun trata de probarlo de que estos vicios eran nuevos en ellos, y que los habían adquirido después de la conquista. Bascuñán, que es un escritor de cierto talento, es uno de los muchos autores de que ofrece tantos ejemplos la historia de las letras, que por poseer una ilustración defectuosa e incompleta, se han dejado extraviar por sus propios conocimientos literarios. Con menos lecturas —concluye— Bascuñán habría descrito sencillamente lo que vió y nos habría legado un libro más verdadero y menos pesado por sus pedantescas digresiones, recargadas de citas de antiguos escritores o padres de la Iglesia, que no tienen nada que ver con la cuestión de que se trata."

Volvamos, por fin, al juicio de 1863 del historiador, que completa y mejora el suyo de 1850. Habla del hombre de letras y dice: —"Como escritor, el autor del *Cautiverio Feliz*, debe ocupar un puesto importante en la modesta historia de nuestra literatura colonial. Bascuñán es difuso, vulgar, pesado cuando entra en sus eternas digresiones morales y filosóficas; pero su estilo toma un aire de sencilla animación

cuando recuerda ciertos pormenores de la vida doméstica, o cuando describe algunas localidades. En las traducciones que hace de algunos poetas, se encuentran a veces ciertos versos cuyo candor nos hace agradable su lectura. Para apreciar mejor el mérito literario de su libro, es menester transportarse por la imaginación a la época en que él escribió, en medio de la obscuridad colonial, y cuando en la misma España habían llegado las letras a un estado de asombrosa postración y decadencia."

En las tres ocasiones en que Barros Arana escribió sobre Bascuñán —1850, 1863 y 1884—, los puntos de vista del crítico, en general, fueron los mismos. Literariamente, variaron en la apreciación de la obra, e históricamente fueron mantenidos. Sin embargo, en ninguno de ellos captó la fisonomía de Bascuñán. Se desconcertó ante un soldado que no era rudo ni grosero; no comprendió que en ese soldado, además del literato, había un espíritu fino, delicado, sensible al arte y la belleza. En el ensayo de 1863, nos dice: —"Don Francisco de Bascuñán es uno de esos soldados llenos de honradez y de buen sentido que escaseaban en el ejército de Chile del siglo XVII, y que se distinguen por la modestia y la probidad." La personalidad de Bascuñán era más que eso. El espíritu que le animaba fué el que Barros Arana no comprendió. No adivinó la sensibilidad que había en el soldado, en el escritor, en el hombre que vivió en el siglo de la más tremenda masculinidad. *El Cautiverio* es la obra menos masculina de la literatura de ese siglo.

EL CUARTO ESTUDIO: LAS NOTICIAS BIOGRÁFICAS DEL GENERAL JOSÉ DE SAN MARTÍN. (1850).—La noticia del fallecimiento del General San Martín, ocurrida en Francia, en Boulogne sur Mer, a los setenta y dos años, el 17 de agosto de 1850, se conoció en Santiago el 22 de noviembre de ese mismo año. Por lo menos, fué entonces cuando *La Tribuna*, el rotativo en que escribía Barros Arana sus estudios históricos, informó al público del suceso. En el editorial decía el diario: "El nombre del General San Martín no resuena por fortuna en los oídos chilenos como un reproche. Chile había cumplido para con el grande hombre sus deberes. Hace diez años que sin reclamo, sin sollicitación alguna, el Gobierno de Chile, obedeciendo a un sentimiento de justicia y de dignidad, reparando la injusticia, la nece-

sidad o el error de las pasiones del momento, rehabilitó el nombre del ilustre guerrero, y puso su espada al frente del Ejército de la República." El juicio histórico acerca de la personalidad del guerrero estaba condensado en estas palabras: "...después de haber recorrido victorioso la mitad de la América, parece que le hubiera sobrado un pedazo de vida que ha pasado voluntariamente en la expatriación. Su nombre fué borrado literalmente de la historia contemporánea de la América, y a la injusticia de su época respondió con un obstinado silencio y una obscuridad de vida de cerca treinta años. Si la generación que le sucedía podía hacerle aún cargos sobre los medios de que usó para libertar la América de la dominación española, en la plenitud del poder de las armas, en la impulsión que la necesidad imponía a la voluntad de los hechos, este acto de abnegación, de anonadación, bastaría para hacernos cautos. Lo que él ha hecho nadie o poquitos lo han hecho antes que él. San Martín es una de las más grandes fisonomías de la América del Sur, y su nombre ocupaba ya en la opinión de todos los pueblos del mundo un lugar no inferior al de Bolívar, a quien cedió su título de Libertador". Además del editorial, *La Tribuna* reproducía, en homenaje al Libertador de Chile, un artículo de *El Comercio*, de Lima, en el que se daba cuenta del fallecimiento. Insertábase también la carta que Mariano Balcarce, hijo político de San Martín, había dirigido al Presidente del Perú, Gran Mariscal Ramón Castilla, informándole del deceso. A continuación, publicaba el decreto del Gobierno de Lima que ordenaba honores fúnebres al emancipador del virreinato y al primer jefe del nuevo Estado, el Protector. En los días 23 y 25 de noviembre, el diario santiaguino entregaba al conocimiento de sus lectores, la traducción del francés de un artículo intitulado *Necrología. El General San Martín*, debido a la pluma de un amigo del Libertador, el periodista A. Gerard, director y redactor de *L'Impartial de Boulogne sur Mer*, aparecido el 22 de agosto. Todavía, en su deseo de exaltar la memoria del hombre ilustre, *La Tribuna* daba a conocer en la edición del 26 de noviembre, el decreto supremo del Ministerio de Guerra de Chile, firmado por el Presidente Manuel Bulnes y el Ministro Pedro Nolasco Vidal, por el cual establecíase un luto de quin-

ce días para el ejército. Reproducía, a la vez, el oficio del Encargado de Negocios de Chile en Francia, Francisco Xavier Rosales, dirigido al Ministro de Relaciones Exteriores desde París, con fecha 12 de septiembre, en que participaba al Gobierno la defunción del General. Rosales había sido el único americano de los países liberados por San Martín, que, con carácter oficial, se encontró a su lado en el momento de rendir el ánima. Al saberle gravemente enfermo, habíase ido a reunir con la familia del General, su hija, las nietas y el yerno. El último suspiro lo dió el Libertador de Chile en presencia de un chileno. Las declaraciones acerca de la muerte, fueron hechas oficialmente ante el Ayuntamiento y la Parroquia, en representación del Gobierno de Chile por el agente diplomático Rosales. En el traslado de los restos, desde la casa mortuoria del General hasta la bóveda de la Iglesia de Nuestra Señora, en la que reposaron por largos años, el duelo fué despedido por el yerno de San Martín, el Encargado de Negocios de Chile y su buen amigo el periodista francés Gerard.

El artículo de Gérard era bastante comprensivo para dar una idea general del hombre que tan decisivamente había contribuido a la libertad de la América meridional. Más que un artículo informativo, el de Gerard asumía los caracteres de un ensayo por la amplitud de alguna de las consideraciones, el propósito de penetrar en el pensamiento político y la intención de descubrir los móviles de las acciones de San Martín. Naturalmente, el autor era un admirador del soldado. Pocos días después, *La Tribuna* complementaba ese artículo con otro que insertaba en la edición del 27 de noviembre, tomado de una correspondencia del diario *El Mercurio* de Valparaíso. Escrito en París, el 29 de agosto, su autor era el joven argentino Félix Frías. El título del trabajo: *Muerte del General San Martín*. Contaba el curso que había seguido la enfermedad del General, las alternativas de ella, y lo súbito e inesperado del deceso, cuando nada parecía anunciarlo.

En la misma edición del 27 de noviembre, *La Tribuna* publicaba un suelto de crónica que decía: —"Nuevos apuntes biográficos sobre el General San Martín acaban de comunicarnos y los publicamos con placer, porque rigurosamente exactos, trazan el derrotero glorioso del ilustre gue-

rrero de la Independencia de estas regiones. La biografía que también publicamos, escrita en Francia por el huésped y amigo del General, es un trabajo rápido, hecho en presencia de los libros; la que ahora reproducimos, es la crónica recogida de los que aún viven."

Tales eran las líneas que precedían la serie de artículos intitulados *Noticias biográficas del General José de San Martín*. Publicáronse en los números correspondientes a los días 27 al 30 de noviembre de 1850. Su autor era Barros Arana. Por las noticias y recuerdos que tradicionalmente se conservaban en el hogar de su familia, y principalmente en la memoria de su padre, amigo de San Martín y colaborador suyo en las empresas del Ejército de Los Andes y de la Expedición Libertadora, el historiador mantenía en la memoria en forma muy fresca, los rasgos morales y físicos del guerrero. La simpatía que San Martín despertó en su familia, cuyo carácter tan bien encajaba con el del patriado chileno, le fué traspasada con mucha fuerza a Barros Arana. En la misma forma inconsciente habría de ocurrirle con la figura de O'Higgins. Por desgracia, Barros Arana en la biografía eludió los datos internos y se contentó con trazar un simple cuadro de esa vida. ¿Qué recuerdos existían de San Martín en Chile en 1850? ¿Cómo el guerrero había visto los hombres y las cosas donde se asentó su fama? El vencedor de Maipo, después de haber abdicado la dirección del Estado del Perú, llegó a Valparaíso el 12 de octubre de 1822 en el bergantín "Belgrano". El Vicealmirante Cochrane, su enemigo mortal, izaba la insignia de Jefe de la Escuadra en la fragata "O'Higgins". Se creyó que el Lord detendría a San Martín, poniéndolo en arresto. Los cargos que le formulaba eran tremendos. Usurpación por la fuerza de la suprema autoridad del Perú; esfuerzos para seducir las tripulaciones de la Escuadra de Chile; injustificable apropiación de algunas fragatas para ponerlas bajo las banderas del Perú y actos manifiestos y probados de hostilidad contra la República de Chile. Cochrane no cometió, sin embargo, ninguno de los actos que temerariamente se le supusieron. El mismo día de la llegada de San Martín, dirigió Cochrane al Director Supremo O'Higgins un oficio proponiéndole una investigación acerca de la conducta del General, la que naturalmente no prosperó ni había interés por el Go-

bierno en llevar a cabo, a fin de no dañar el prestigio de la Revolución americana en Europa. Pero las cosas habían variado considerablemente desde aquel 20 de agosto de 1820, en que San Martín, radiante de gloria, como Capitán General del Ejército de la República de Chile, Jefe del Ejército y Comandante de la Escuadra Libertadora, había abandonado el puerto de Valparaíso para llevar la Independencia al Perú. Los sentimientos de gratitud que su nombre hasta entonces habían despertado, se encontraban en el momento de su regreso, adormecidos. Sentíanse traicionados. La popularidad del héroe de Maipo había rodado muy bajo. Los acontecimientos del Perú lo presentaban ante la conciencia pública popular como empeñado en destruir el prestigio de Chile. Había pospuesto a los jefes y oficiales del ejército chileno. Había intentado la desertión de las tripulaciones de la Escuadra para formar la peruana. Pretendió sobornar a los jefes y aniquilar la Armada de Chile bajo el mando de Lord Cochrane.

Muchos de los buenos amigos de San Martín se habían hecho eco de estos abusos del Protector, y calificado su conducta de pérfida y desleal. Los miembros del Senado Conservador de 1820, que habían querido que el Ejército y la Escuadra Libertadores fueran conducidos por el propio O'Higgins y no se dejara a San Martín como jefe de fuerzas colecticias con demasiada independencia del Estado, al cual efectivamente debía el mando, sostenían la prudencia de la doctrina que entonces aconsejaron, la que habría evitado a Chile tan ingratas humillaciones. Era un Capitán General del Ejército de Chile el que en el Perú se había levantado contra la República, decían.

El Gobierno no se hizo eco de estas murmuraciones. Lord Cochrane, que con sus reclamos contra San Martín había contribuido a poner en su contra la opinión, no logró variar la conducta de O'Higgins y de algunos de los Ministros que lo estimaban, y creían digno de merecer la gratitud de la Patria por sus eminentes servicios. La opinión pública adversa a San Martín, presentaba a Cochrane como el defensor del prestigio de Chile y como el sostenedor de la autoridad del Gobierno ante el del Perú.

El Gobernador de Valparaíso, al desembarcar San Martín, era el General José Ignacio Zenteno, su antiguo secretario del ejército de Mendoza, su amigo y confidente. Lo recibió con las consideraciones debidas a su rango y con aquellas demostraciones que sinceramente nacían de una vieja amistad, alojándolo en el palacio de la gobernación. Los rumores más infundados comenzaron a difundirse apenas San Martín tocó tierra. Quienes hablaban de su fuga del Perú; quienes, de los inmensos tesoros que traía ocultos. Otros difundieron el rumor de que el propio Zenteno lo había puesto preso y sometido a juicio. Lo cierto era la atmósfera hostil que le rodeaba y que no logró despejar el recibimiento del Gobierno, en todo ajeno a esos rumores y a esas cábalas. Desde Santiago, O'Higgins le envió el coche del Gobierno para que lo empleara en su traslado a la capital. El General Prieto, oficiales de alta graduación y un piquete de tropa, fueron encargados de pasar a saludar y cumplimentar a San Martín en nombre del Gobierno. Una escolta de honor le acompañó en el viaje. Ya en la capital, O'Higgins lo hospedó en el Palacio Directorial. Pero "un dolor reumático en un brazo", luego lo llevó a los Baños de Cauquenes. El 31 de octubre de 1822, O'Higgins le escribía en medio de un caldeado ambiente político, en el que todavía hacía frente a las durísimas preocupaciones que le atormentaban por la situación de encontrarse impagas las tripulaciones de la Escuadra: —"Celebro infinito —le decía— la mejoría de salud que me indica en su apreciable del 26 del que expira, ciertamente el sosiego y esas aguas maravillosas le darán una nueva existencia... Aquí tiene Ud. esta casa —(la del Palacio Directorial)— para que venga a descansar. Y en ello dará un placer a mi familia; también le dejo a Ud. la chacra del Conventillo que, aunque no está adornada como Ud. lo merece, tiene comodidades de campo y se disfruta de las de la ciudad, por estar en ella misma. También he encargado a mi Edecán don Domingo Arteaga se componga una casa que he conseguido a media cuadra de la plaza y enfrente de las monjas que fueron de este nombre, para que tenga ese desahogo más si le agradase." A la delicada insinuación de O'Higgins, San

Martín prefirió aceptar la casa de la chacra del Conventillo, a su regreso de los Baños de Cauquenes. Encontrábase allí, cuando fué atacado por un violentísimo *chavalongo* —fiebre tifoidea— que puso en peligro su vida. O'Higgins y su familia le atendieron con abnegación. En el pueblo, hubo respeto para con el enfermo. Lo reconoció el mismo San Martín cuando veinte años después, el 22 de julio de 1842, le escribía a Zenteno estas palabras: "...jamás olvidaré las demostraciones de interés que me manifestó la población de esa capital en la grave enfermedad que tuve a mi regreso del Perú..." Dos meses había durado la enfermedad. El 26 de diciembre de 1822 partía para la ciudad de Mendoza, desengañado de los hombres, abatido por las dolencias físicas, triste por el espectáculo de anarquía y turbulencia que presentaban los pueblos que había contribuído a emancipar, y contrariado, en el fondo de su conciencia, por los actos de injusticia que había cometido contra Chile, cuyos hombres no quisieron vengar en su persona los agravios, respetándolo como a uno de sus libertadores. La prensa, desbordada a la caída de O'Higgins, también lo respetó.

¿Cuándo comenzó para San Martín la rehabilitación histórica? Dice Mitre que "Chile lo llamó *extranjero*, borrando el nombre de su libertador de su historia por treinta largos años" (Mitre, *Comprobaciones Históricas. Segunda Parte*. Buenos Aires, 1882, pág. 206). Violentamente atacado en 1834 por Manuel José Gandarillas en los *Apuntes históricos sobre la Revolución de Chile*, publicados en el periódico oficial *El Araucano*, el reconocimiento histórico se inició catorce años después que San Martín abandonó el país. En 1836, en efecto, se escribió en Chile la primera biografía del General. El fraile franciscano José Javier de Guzmán la publicó en el cronicón auspiciado por el Gobierno, *El Chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*, editado en Santiago de Chile. (Tomo II, lección 73, págs. 554-631). Es, en verdad, un modesto ensayo. El modelo que lo inspiró fué la elegantísima *Biografía del General San Martín*, publicada en Londres en 1823, por el granadino Juan García del Río, quien ocultó su nombre bajo el anagrama de Ricardo Gual y Jaen. Guzmán era chileno. Miembro destacado de la sociedad santiaguina

y del clero, había conocido a San Martín y nos ha dejado su retrato físico, que en gran manera coincide con el de la escritora y viajera inglesa María Graham en su *Diario de residencia en Chile*, 1822. Guzmán lo describió así: —“El señor don José de San Martín es alto de cuerpo, bien formado y compartido en todas sus partes, de un aire majestuoso al presentarse y bastantemente airoso al andar; el color de su rostro es un blanco pálido que tira a moreno; su modo de mirar, agradable, pero imponente: sus ojos negros rasgados, vivos y penetrantes; su nariz larga y seguida; su boca agradable al hablar y sus palabras enérgicas y expresivas; pero su guturación algo áspera. Su conversación es animada, fina e insinuante, correspondiente a un hombre de buen trato que ha andado mundo. Las amistades que contrae son sinceras y constantes; pero con todos se manifiesta franco y obsequioso. Sus costumbres sencillas, poco dispendiosas y sin ostentación, son nobles y generosas. Una de las cualidades que más distinguen a este héroe, es a mi ver aquella instantánea penetración con que con una sola mirada penetra el corazón del hombre con quien trata. El, en fin, no se paga de la adulación ni de la lisonja; sabe distinguir el mérito personal de los sujetos, apreciar los talentos y de cada uno lo que le corresponde de justicia, la que yo le hago en la descripción de su carácter.”

En el correr del tiempo, desde el alejamiento de San Martín de Chile en 1822, como dijimos, el sentimiento nacional fué decantándose en su favor y su nombre se incorporó al acervo de las glorias de la patria. San Martín advirtió ese cambio favorable. Los chilenos que llegaban a París, los hijos de los hombres que habían hecho la Revolución, consideraban un deber poco menos que sagrado enviarle sus hijos a visitarlo y presentarle sus respetos. En los años de 1825, 1830, 1845 y hasta el de su muerte en 1850, visitaron a San Martín los hijos de las siguientes familias patricias: Carlos Pérez Rosales, Juan Enrique Rosales, Santiago Rosales, Vicente Pérez Rosales; Lorenzo y Ramón Jaraquemada y Carrera; Antonio y José de la Lastra; José Manuel Ramírez, Ruperto del Solar; Calixto, Lorenzo y Víctor Guerrero; Rafael, Santiago y José Larraín Moxó; Bernardo, Domingo, Alonso y Nicasio Toro; José Manuel Izquierdo; Manuel Talavera y Garfias; José Luis Borgoño y Luis Borgo-

ño Vergara; Ramón Undurraga; Manuel Ramírez; Pedro Palazuelos Astaburuaga; Manuel Antonio Tocornal; Miguel y Juan de la Barra y Aníbal Pinto. Vicente Pérez Rosales, alumno del Colegio de Silvela en París, conoció a San Martín en 1829 (Feliú Cruz, *Vicente Pérez Rosales, Ensayo Crítico*, Santiago, 1946, págs. 16 y 17). “El General San Martín, el héroe de los Andes en 1817 —escribe—, el soldado que desechó en Chile una presidencia y en el Perú una corona, aquel abnegado patriota que, según emponzoñadas lenguas, había acumulado en el Banco de Inglaterra caudales debidos a su puesto y a sus no muy honrados manejos durante la brillante epopeya de nuestra Independencia, prolongaba aún en Europa, solo, ignorado y pobre, el voluntario destierro que con tanta fuerza de voluntad se había impuesto, cuando ya no tuvo en América enemigos que vencer. San Martín acababa de volver de un colegio de Bruselas donde había conseguido una beca de gracia para su única e interesante hija Mercedes, que llevó consigo cuando salió de Buenos Aires para Europa; y en cuanto supo que existía en París un colegio español-americano en el cual se educaban muchos argentinos, chilenos y peruanos, se dirigió presuroso a visitar en él a los hijos de sus antiguos compañeros de glorias y trabajos. La presencia de San Martín en el Colegio causó a los chilenos y argentinos la más viva alegría, a los peruanos taciturnidad, y a los españoles descontento. El General llegó a pie al Colegio, a pesar de la distancia que le separaba de su modesta casa habitación; vestía levitón gris rigurosamente abotonado, llevaba guantes de ante del mismo color y se apoyaba sobre un grueso bastón . . .” “Al principio no me conoció; mas, como viese que yo me lanzaba a abrasarle, llamándole con gritos de contento: “¡Mi General!”, después de abrazarme con efusión, de separarme un poco, de mirarme con atención y de preguntarme de dónde era y a qué familia pertenecía, con mi contestación me pareció ver brillar en aquellos ojos tan serenos y altaneros con que con tantas veces supo despreciar la muerte en los campos de batalla, una lágrima de ternura. Fué aquella escena de demostraciones de cariño, en la cual uno a uno iba estrechando en sus brazos a los colegiales que acudieron a saludarle, la más perfecta imagen de lo que acontece en una familia cuando inesperadamente vuelve a la casa un padre querido.

Maravilloso era el alcance de la memoria de este hombre singular; pues casi no quedó miembro de nuestras familias por el cual no preguntara con solícito interés."

En otra parte del relato, aporta Pérez Rosales detalles íntimos acerca de las preocupaciones de San Martín por el juicio que su conducta merecía en Chile, a los propios hombres de su época y a la generación que le había sucedido. "Nunca dejé de acompañar hasta su alojamiento al General querido que siempre iba a visitarnos —continúa el memorialista—, y un día tuvimos, entre otras, la siguiente conversación, paseando con él a la sombra de los hermosos árboles de las Tullerías... ¿Qué se decía en Chile de los argentinos, cuando Ud. salió para acá? ¿Se acordaban del Ejército de los Andes? Señor, le contesté, acontecimientos hay que no pueden ser olvidados, y el paso de Los Andes es uno de ellos. —Bien está, repuso; pero eso no era precisamente lo que quería averiguar. ¿Me quedan aún en Chile —(1826)— los pocos amigos sinceros que dejé al salir?... —Con la entrada de Freire al poder, contesté conmovido por el aspecto que asumió el semblante del General al terminar su frase, muchos de los amigos íntimos de Ud., por serlo también de O'Higgins, han enmudecido, y otros como (Felipe Santiago del) Solar, (casado con la madre de Pérez Rosales, en segundas nupcias), cuya casa frecuentaba Ud. tanto, han sido arrancados entre gallos y media noche del seno de sus familias, para hacerlos pagar en el destierro el crimen de la amistad que profesaban al héroe de Rancagua. —¿De manera, repuso San Martín, con viveza, que mi pobre reputación, por igual motivo, no andará de lo mejor parada por allá? —Así es la verdad, contesté, porque... no me atrevo... Atrévase Ud., querido, dijo entonces animándome, haga Ud. cuenta que está hablando con un condiscípulo suyo. ¿Por qué... decía Ud.? —Porque así como O'Higgins, proseguí diciendo con timidez, tiene sus enemigos por allá, a Ud. tampoco le faltan, pues son contados los hijos de la Patria Vieja que no atribuyen a Ud. y a don Bernardo la desastroza muerte de los Carreras, cuya ejecución califican de inútil y de atroz asesinato; ni faltan tampoco malas lenguas que atribuyen a Ud. poca pureza en la administración de los dineros que Chile ponía en sus manos para que atendiese con ellos a la libertad del Perú." (Pérez Rosales, *Recuerdos del Pa-*

sado, Edic. de 1910. *Biblioteca de Escritores de Chile*, cap. V, págs. 94 y 95). Estos juicios eran la expresión de la pasión de partido y del desconocimiento de hechos que la historia habría de discriminar y dejar en claro, en un y otro caso. Pero el nombre de San Martín no sufrió, no fué denigrado con las atroces injurias que el pueblo argentino le prodigó. En 1827, desde Bruselas, San Martín recordaba que se le había tratado en Buenos Aires como a un "Ecce Homo y saludado con los honorables dictados de ambicioso, tirano y ladrón." "¿Ignora Ud. por ventura —decía desde Montevideo el 27 de abril de 1829— que en el año 1823, cuando por ceder a las instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós, resolví en mayo venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como a un fascineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dió por un individuo de la misma administración —¡y en qué época!— en la que ningún gobierno de la revolución ha tenido más regularidad y firmeza?" (Carranza, *San Martín, su correspondencia. 1823-1850*. Edic. de 1914, págs. 169 y 173).

Nada de esto le había ocurrido en Chile: habíasele guardado la consideración a que era acreedor por sus eminentes servicios. Su conducta militar la había sancionado el Senado el 20 de enero de 1820, al ordenarle ponerse al frente de la expedición al Perú. Ese mismo Senado le había acordado la designación de Capitán General del Ejército de Chile, vinculándolo al Gobierno.

Los sueldos de su empleo siguiéronle corriendo, y para cobrarlos, San Martín dió poder al General Zenteno y al comerciante inglés Ricardo Price. Pero después de su conducta con Chile en el Perú, el mismo Senado, a quien debió el ascenso a Capitán General, el mando del Ejército y de la Expedición Libertadora, la desaprobó. Lo propio hicieron las legislaturas posteriores. Entonces le fueron suspendidos los sueldos correspondientes a su rango. Mitre exagera cuando escribe: "En 1841 la memoria de San Martín estaba obscurecida en Chile, y si acaso se recordaba, era con odio y con desprecio, como por muchos años lo fué en la tierra de su nacimiento, que lo calificó de desertor y cobarde, en los periódicos después de llamarle ebrio y ladrón en los panfletos" (Mitre, *Comprobaciones históricas*, citadas, pág. 212). En el año a

que Mitre se refiere, Miguel de la Barra escribía a San Martín desde Santiago, el 14 de diciembre de 1841: "... hoy disfruta Chile de la más profunda calma —le dice— sin que se descuiden las mejoras digeribles, pues nadie las quiere prematuras o expuestas, hay bastante moderación y cordura generalmente hablando, y nuestro gobierno con todo lo que le rodea forma un buen *juste-milieu*. Tal es en globo —continúa diciéndole— el estado del país, que todo parece asegurar que será sólido y duradero. En estas circunstancias escribe a Ud. el Presidente (Bulnes) convidándole con un retiro honorable en el seno de sus amigos de aquí, que no dejan de ser bastantes, fuera de los muchos de la nueva generación que veneran y aprecian debidamente el recuerdo de los bienes y gloria que proporcionó Ud. al país. Una consecuencia de su venida sería el goce de sus honores y sueldos de General; y aún sin que Ud. se decidiese a ella, ya se habría promovido en las Cámaras por el Ministerio una pensión en favor de Ud., a no ser por el temor de luchar contra la más que severa economía de nuestros actuales Senadores: se espera una ocasión más propicia. Entre tanto, el señor O'Higgins, restituído a su rango y honores hace tiempo, debe venir en el curso de este mes, habiendo retardado su viaje. Supongo que escribirá a Ud. desde Chile, y le hablará extensamente del estado del país" (*San Martín. Su correspondencia*).

Desde París —Grand Bourg— San Martín contestaba a de la Barra, el 22 de julio de 1842: "... he recibido la carta que Ud. me anunciaba de ese señor Presidente; puedo asegurarle que al leer su contenido, mi corazón rebosaba de satisfacción; en ella no sólo aprueba mi conducta militar en Chile, sino que noblemente me ofrece una nueva patria, que sólo las más funestas circunstancias no me permiten aceptar en el día. Ya habrá Ud. sabido la muerte repentina, en Asturias, de mi mejor amigo el señor Aguado, el 12 de abril. Por su testamento, me nombra no sólo su primer albacea, sino también tutor y curador de sus dos hijos menores en consorcio de la madre. Ud. que sabe cuáles eran los infinitos títulos de reconocimiento que yo tenía para con este buen amigo, debe suponer lo imposible que me era, sin la más espantosa nota de ingratitud, declinar su última voluntad y hacer todo lo que depende de mí, para llenar su confianza; hay más:

hasta después de su muerte ha querido demostrarme la amistad que me profesaba dejándome heredero de todas sus joyas y condecoraciones de su uso personal. Concluida esta sagrada misión que me ha encargado, quedaré en libertad para ir a esa y tener la satisfacción de presenciar la prosperidad y orden de ese sensato pueblo, contraste bien remarcable con el resto de los nuevos Estados Americanos" (*San Martín, ibidem*, pág. 214).

La carta del Presidente de Chile, el General Bulnes, a que tanto de la Barra como San Martín se referían, habíasela hecho llegar a este último su invariable amigo el general José Ignacio Zenteno. El 22 de julio del mismo año 1842, y con igual fecha en que había escrito a de la Barra, San Martín le decía a su antiguo secretario: "La carta que Ud. me remite del General Bulnes, me ha llenado de la más completa satisfacción. En ella no sólo me ofrece una nueva Patria, sino también aprueba del modo más lisonjero mi conducta militar en Chile. Yo le manifiesto mi sincero reconocimiento en la que le incluyo, y ruego a Ud. que si se le presenta una oportunidad, se lo haga presente igualmente en mi nombre. El vivo interés que toma Ud. en que fije mi residencia en Chile, es una nueva prueba que recibo de su amistad. Yo no correspondería a ella, si sobre este particular no le hablase con la franqueza de un amigo. He aquí los motivos que me lo impiden hacerlo en el día. El 12 de abril del presente año ha muerto repentinamente en España, a donde había ido a ver una grande explotación de minas de carbón que había establecido en Asturias, mi antiguo amigo y compañero de regimiento en España, don Alejandro Aguado, Marqués de las Marismas. Por su testamento no sólo me nombró su general albacea, sino también tutor y curador de sus hijos menores. Sin la más horrible nota de ingratitud yo no podía declinar este cargo que la más profunda amistad me ha legado; y satisfecho de haber desempeñado este sagrado deber, quedaré libre para disponer de mí y de mi futura suerte. Sí, mi amigo; las ventajas que me proporciona mi establecimiento en Chile no las desconozco: 1º, porque en ningún otro punto de América he tenido ni tengo el número de buenos amigos como allí: O'Higgins, Ud., los Generales [Joaquín] Prieto, [José María de la] Cruz, [Francisco Antonio] Pinto, [José Manuel] Borgoño y [Manuel] Blanco [Encala-

da]; los señores [Manuel de] Salas, [Pedro] Palazuelos [Astaburuaga], [Miguel de la] Barra, [José Joaquín] Pérez, [José Bernardo] Cáceres, [el Conde de] Quinta Alegre, [Juan Agustín Alcalde], [Francisco Ruiz] Tagle, [Joaquín] Larraín [Echeverría], [Miguel de] Zañartu, [el Coronel José Santiago] Sánchez, [el General José Santiago] Aldunate, etc. Hay más: en ningún otro país he recibido de los particulares más demostraciones de sincero afecto, como lo comprueba la elección, que Ud. me anuncia (y que a esta fecha aún no he recibido el aviso), de miembro del Consejo de [la Sociedad Nacional de] Agricultura; y lo que jamás olvidaré, las demostraciones de interés que me manifestó la población de esa capital en la grave enfermedad que tuve a mi regreso del Perú; y aún ahora mismo me lo dice Ud. y lo confirma la carta de ese señor Presidente, el interés de esos habitantes en que fije mi residencia en ésa. Interés tanto más desinteresado cuanto que esta invitación se hace a un viejo enfermo, y cuyos servicios son de una absoluto nulidad al país. Por otra parte, el carácter formal y consiguiente a los chilenos, simpatiza completamente con el mío. A esto se agrega la belleza del suelo, salubridad y dulzura del clima, afectos que contribuyen muy eficazmente a la felicidad de la vida; pero sobre todo, la inapreciable ventaja para mí es la garantía de orden y estabilidad que presenta ese país, y la pura satisfacción que gozaría siendo testigo ocular de su bienestar y prosperidad. Y a esto se añaden las consideraciones (que Ud. me dice y yo no dudo) que tendrían con un viejo veterano de nuestra Independencia, consideraciones que por filósofo que uno sea, no se puede prescindir de apreciar con satisfacción y reconocimiento. Otra ventaja de no menos interés para mí, será la de poder seguir una vida independiente y retirada, ceñida a la sociedad de unos pocos y viejos amigos, con los que los recuerdos de nuestros pasados trabajos contribuirán a hacer más llevaderos los males de la vejez. A lo expuesto se agrega lo que Ud. me dice de que en el momento de pisar las playas de Chile, sería considerado con el empleo y sueldo de mi grado, como también la probabilidad de ganar el pleito de la chacara, y yo agrego que con mi proximidad al Perú tendría casi seguridad, si no de que me pagase el todo de la pensión de 9.000 pesos que me señaló el primer congreso, a lo menos una gran parte

de ella. Pero no son las ventajas pecuniaras las que me decidirán a fijar mi residencia en Chile, y sí las que dejo expuestas. Hace pocos años que mi situación fué sumamente crítica en Europa. Ella fué tal que sólo la generosidad del amigo que vengo de perder me libertó tal vez de morir en un hospital. Esta generosidad se ha extendido hasta después de su muerte, dejándome heredero de todas sus joyas y sus diamantes, cuyo producto me puso a cubierto de la indigencia en el porvenir. Si a lo que dejo expuesto se añade lo violento que siempre me ha sido vivir en Europa, sobre todo después de la pérdida de mi buen amigo y de que el porvenir de las Repúblicas Argentina y Peruana no presenta por muchos años la menor esperanza de tranquilidad, todo, en fin, demuestra que yo no puedo encontrar ningún otro país como Chile para concluir tranquilamente mis días" (San Martín, *ibidem*, págs. 223-226).

Sentimientos iguales, si no más decidores, expresábale San Martín al antiguo Capellán de la hacienda "Lo Beltrán", situada al oriente de Santiago, en Ñuñoa, que el Gobierno le había regalado en 1817. Desde el Grand Bourg también, el 9 de junio de 1843, le decía al canónigo Juan Antonio Bauzá, su viejo amigo: —¡Looado sea Dios que ha prolongado sus días, y yo espero nos los continuará a ambos para que tenga el placer de abrazarlo en su feliz patria! . . . de aquí a cuatro años, me dirigiré a Chile con toda mi familia, con la firme resolución de dejar en él mis huesos. Un año antes de mi partida, me precederá mi hijo político (Mariano Balcarce), con el fin de hacer la adquisición de una pequeña quinta y tenerme todo preparado para mi llegada. Ud. no puede figurarse cuál es mi satisfacción al ver la marcha de prosperidad y orden que sigue Chile. ¿Qué contraste no presenta esta brillante situación con la anarquía y desorden que devora a los otros estados limítrofes? Ellos podían tomar por modelo su felicidad, debida a su orden, moderación y al patriotismo de los buenos hombres que como el General Prieto han trabajado con tesón en favor de su patria. . . Mi salud ha sufrido mucho desde el año 1837, pero en el día me he restablecido; sin embargo, las piernas comienzan a flaquear, pero no dudo que con el benigno temperamento de Chile y la sociedad de mis viejos amigos, mis días se prolongarán en tranquilidad y contento"

(*Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago de Chile, 1942, III Trimestre, N° 23, págs. 81-82).

Al General Joaquín Prieto le escribía el 30 de agosto de 1842: —“Veó no solo con el mayor placer, sino también con orgullo, la marcha próspera que sigue Chile. He dicho *con orgullo*, porque al fin los trabajos empleados y la sangre que se ha vertido por la Independencia de América han sido, si no perdidos, por lo menos malogrados en la mayor parte de los nuevos Estados, excepto su patria de Ud., mi buen amigo, que con su *gros bon sens*, como dicen los franceses, ha sabido no alimentarse con ilusorias teorías y sí derechos positivos. . . Por fortuna de Chile, sus habitantes han tenido el buen juicio de mantener las barreras que separaban las diferentes clases de la sociedad, conservando la preponderancia de la clase instruída y que tiene que perder: y esto unido a su situación geográfica, lo ha salvado” (San Martín, *ibidem*, págs. 198-199).

Contestábale Prieto desde Santiago el 14 de agosto de 1843: —“Hace poco tiempo tuve el grato placer de recibir su apreciable de 18 de noviembre hasta 24 del mismo que debió haber sido conducida por nuestro antiguo compañero el General Borgoño. Ella me hace ver, con el mayor gusto, su resolución de venirse a nuestro feliz Chile. . . Quiera el cielo, mi amado General, mantener a Ud. en su resolución y con la salud y fuerzas necesarias para llevarla a efecto y a sus amigos de por acá, en cuyo número me cuento uno de los primeros, el indecible gusto de abrazar a Ud. feliz en esta patria adoptiva y que le debe su existencia política y muchos otros bienes que recuerdan con entusiasmo todos los buenos y honrados chilenos.” Le recomendaba, en seguida, a su hijo: —“Espero que a la fecha —le decía— mi amado hijo Joaquín haya tenido el gusto y la honra de haber presentado y conocido al virtuoso y honrado General San Martín, restaurador de su patria, de quien le había hablado con entusiasmo tantas veces, y Ud., mi apreciado General, de haber visto hombre a su pequeño hijito, que celebró tanto y sentó en sus rodillas muchas veces en ésta su casa, cuando nos honra con sus estimables visitas. El habrá manifestado a Ud. nuestros agradables y respetuosos recuerdos por un amigo tan caro a esta reconocida familia, que no ha olvidado a su amable protector nunca” (San Martín, *ibidem*, págs. 199-200).

En febrero de 1843, hasta San Martín habían llegado las informaciones de un acto del Gobierno de Chile que debió llenarle de la más íntima satisfacción por su doble significado moral y pecuniario. Una ley lo había declarado en el ejercicio activo de su grado de Capitán General; mandábale pagar los sueldos insolutos, pudiendo recibir los nuevos en cualquier punto donde se encontrara fuera de la República. Al General Guillermo Miller le manifestaba desde París el 25 de febrero de ese año: —“Aunque no he recibido el aviso oficial a esta fecha, un amigo me remite el decreto que copio, impreso en el diario de Valparaíso, el 11 de octubre del año pasado —(1842)—: —“Por cuanto el Congreso Nacional ha discutido y aprobado el siguiente Proyecto de Ley: —Artículo único: Al General don José de San Martín se le considerará por toda su vida, como en servicio activo en el Ejército, y se le abonará el sueldo íntegro correspondiente a su clase, aun cuando resida fuera del territorio de la República. Por tanto, de acuerdo con el Consejo de Estado, mando se promulgue como ley y se cumpla en todas sus partes.— Santiago, octubre 6 de 1842.—*Bulnes.—José Santiago Aldunate.*”

A Miller —quien en carta escrita desde Londres el 15 de junio de 1841, le había dicho que “Chile en su concepto era el país más feliz y mejor gobernado”—, San Martín le manifestaba el fondo de su pensamiento frente a lo que consideraba la rehabilitación de su vida pública en este país. “Confieso a Ud. que este decreto me ha llenado de satisfacción —le decía—, por las razones que voy a exponer: Ud. sabe que diez días después de mi salida de Lima para Chile, el primer Congreso del Perú no solo me concedió una pensión vitalicia, sino también me colmó de honores, que yo no creía merecer, sino por los buenos deseos con que he servido la causa de la Independencia de Sud América. Dos legislaturas de la República Argentina después de las acciones de *Chacabuco* y *Maipú*, me honraron igualmente con su aprobación y otras distinciones, y aun las de Colombia y México me declararon ciudadano de estos Estados; sólo las legislaturas de Chile no habían hecho *jamás* la menor mención del General San Martín; olvido que, confieso a Ud., me era tanto más sensible cuanto no habiendo tenido la menor intervención en su gobierno interior, yo sólo deseaba la aprobación de mi conducta militar en esa

República. El decreto que dejo citado, me ha sido tanto más satisfactorio cuanto él no solo ha sido nunca solicitado por mí, sino que jamás he manifestado a persona alguna mis sentimientos sobre el particular" (San Martín, *ibidem*, págs. 97-98).

¿No recordaba San Martín que su conducta había sido aprobada por el Senado Conservador y el Director Supremo de Chile? En la sesión de este cuerpo del día 20 de enero de 1820, el acta dice: —"dió cuenta el señor vocal don Francisco Antonio Pérez del resultado de la diputación para que fué elegido cerca del Supremo Gobierno, sobre el modo y forma con que debía acordarse la expedición al Perú; y manifestando las sesiones que intervinieron en el desempeño de su misión, con la iniciativa que hizo al Supremo Jefe para inclinarle a que se dirigiese bajo sus órdenes, como una expedición propia de Chile, haciéndole ver que los pueblos descansarían en la ejecución de esta providencia, contando con la satisfacción de que al frente del Ejército Expedicionario fuesen sujetos de entera confianza, sería un honor para el país ese temperamento, el más análogo a nuestro estado y circunstancias; pero que negándose absolutamente a admitir el cargo del Ejército, ni con la investidura de generalísimo, ni con la de segundo general, había quedado enteramente concluída la discusión. Con este conocimiento acordó S. E. (el Senado) que la expedición marchase al cargo del señor Brigadier don José de San Martín, inclinando al Supremo Director, a quien le titula nuevamente General de los Ejércitos Unidos, a fin de que, organizándolos como antes, los ponga en estado de expediciones..." (Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile*, Santiago de Chile, 1887, tomo III, pág. 511, y tomo IV, Santiago de Chile, 1888, pág. 227).

Con esta decisión del Senado, la conducta militar de San Martín quedó ampliamente aprobada. También fueron testimonio de la confianza y aprecio del gobierno y del pueblo, los ascensos que le fueron conferidos en el escalafón militar. El 20 de marzo de 1819, se le designó con el rango de Brigadier General, y el 15 de agosto de 1820, se le nombró Capitán General de los Ejércitos de la República, la distinción máxima en la graduación militar. O'Higgins, San Martín y Freire fueron los únicos Capitanes Generales del Ejército Chileno. Había algo, sin embargo, que San Martín

omitía contarle al Coronel Guillermo Miller. Era la desaprobación que en Chile había merecido su conducta política en el Perú como Protector, y que las legislaturas nacionales, el propio Senado de la administración de O'Higgins y las que siguieron, condenaron. Pero todo esto había pasado, y veinte años después, esos hechos amargos eran un recuerdo lejano y borroso. Los buenos amigos de San Martín parecían haber olvidado esos momentos ingratos. Por lo menos, la correspondencia no indica que la herida sangrara. Al contrario, para con el desterrado había gratitud, agradecimiento y respeto. Un día 27 de septiembre de 1843, le escribe desde Santiago de Chile el General Prieto y le habla de la ley que lo repone en su grado y en el goce de su sueldo. Le dice: —"Con su apreciable de Ud. de 1º de abril, he recibido el placer de saber de su importante salud y del aprecio con que ha recibido la transcripción de la ley de nuestro Congreso en favor de Ud., y aunque ella no es un compensativo suficiente al mérito de Ud. y a lo mucho que le debemos los chilenos, me lisonjeo siquiera el que haya sido del agrado de Ud., y lo felicito, mi amado General, por todo, deseándole a Ud. toda clase de satisfacciones y felicidad, y sobre todo el gusto de ver realizado su propósito de ver a Ud. por acá con la honra y distinción a que lo hacen tan acreedor sus virtudes y amor a Chile y a toda la América." "La carta que Ud. me incluyó para don Ricardo Price fué entregada inmediatamente, y hablé al Gobierno sobre el poder de Ud., que lo vería para el cobro de sus sueldos caídos, a fin de que no hubiera trabacuentas por haberse presentado ya el General Zenteno con un poder general que decían tener de Ud. Mr. Price habrá contestado a Ud., dándole cuenta de lo que haya ocurrido a este respecto, que todo ello debe haberle sido muy fácil y sencillo, pues nuestros pagos continúan aquí tan exactos y corrientes como no se puede desear más" (San Martín, *ibidem*, págs. 201-203).

Los amigos de San Martín consideraron como una obligación moral el que sus hijos que viajaban a Europa le visitaran en París. El General Francisco Antonio Pinto es acaso el mejor ejemplo de este noble sentimiento de la gratitud nacional. El 8 de diciembre de 1845 desde Santiago de Chile le escribe a San Martín: —"Marcha a Europa —le dice— mi hijo Aníbal, en la Legación que va a Roma, y al pasar por

París tiene que cumplir con la obligación que incumbe a todo chileno de besar la mano de quien nos dió patria. Sírvase Ud., mi General, echarle su bendición, que es la única que ambiciono para él y que le servirá de un poderoso estímulo para no desviarse jamás de la senda del honor." "Nuestro país sigue su marcha pacífica, tranquila y progresiva, y me parece que resolveremos el problema, que se puede ser república hablando la lengua castellana. Pero Ud. que conoce la fisonomía de nuestro país, habrá advertido, que nunca lo haremos a la manera de la democracia de los Estados Unidos, sino republicanos a la española" (San Martín, *ibidem*, pág. 191).

Con un considerable atraso respondió San Martín a Pinto. El 26 de septiembre de 1846, le contestaba: —"Puedo asegurar a Ud. que al abrazar por primera vez a su apreciadísimo hijo Aníbal, no pude menos que recordar con placer que el primer chileno que conocí en América fué Ud.; treinta y tres años van transcurridos desde aquella época, y ¡qué mutación en las cosas y en las ideas! Tiene Ud. razón: su afortunada patria ha resuelto el problema (confieso mi error, yo no lo creí) de que se puede ser republicano hablando la lengua española; sin duda, todo hombre encontrará en nuestras repúblicas anomalías inconcebibles: ¿pero qué importa el que uno se llame el ciudadano San Martín, o don J. San Martín, o Marqués o Conde de tal? Como la esencia de las cosas llenen el objeto, lo demás es sin importancia. A propósito: Ud. debe recordar (creo que se hallaba en Lima en esa época) el desafío de dos americanos. El caso es que debía celebrarse con una comida el aniversario de la Independencia de Estados Unidos; todos los individuos de esta nación se dividieron en diferentes secciones: una de ellas, la más aristocrática, no convidó a entrar en el escote a uno de los americanos, que por su posición se creía con derecho a la clase elevada. De aquí el conflicto, en que el Gobierno tuvo que intervenir seriamente para evitar una desgracia. Que las notabilidades de un Estado sean las del dinero, del talento o del nacimiento, ello es que han existido, existen y existirán siempre, y estas barreras son tan marcadas en Estados Unidos como en Inglaterra, lo que comprueba que el hombre en todo género de gobierno es el mismo, es decir, sujeto a las mismas pasiones y debilidades. En resumen: el mejor gobierno no es el

más liberal en sus principios, sino aquel que hace la felicidad de los que obedecen" (San Martín, *ibidem*, págs. 191-192).

¿Qué prueban todas estas cartas, tanto las de San Martín como las de los patricios chilenos? Que mucho antes de la muerte del vencedor de Maipú se le había hecho cumplida justicia, y que su rehabilitación ante la Historia había comenzado antes de su fallecimiento. Esta rehabilitación coincidió cuando los jóvenes de la generación que siguió a la de los amigos y compañeros de San Martín, propusieron escribir los anales de la historia de Chile, especialmente los de la Independencia nacional. "Antes que los mismos escritores argentinos hicieran la debida justicia a los olvidados héroes de su emancipación —ha escrito Mitre— y antes que ninguno de ellos hubiese consignado sus gloriosos hechos en las páginas de la historia, la nueva escuela histórica de Chile nos enseñó a admirarlos y empezó a hacer debida justicia..." (Mitre, *Comprobaciones*, tomo II, pág. 213). La nueva escuela histórica de que habla Mitre era la formada por la Universidad de Chile con Lastarria, Benavente, Tocornal, García Reyes y Sanfuentes, como precursores, pero cuyos más altos exponentes serían los tres historiadores clásicos del siglo XIX: Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna.

Ya en el mismo año del fallecimiento de San Martín —1850—, e inmediatamente después de ella, los historiadores de la nueva escuela habíanse dedicado con predilección a estudiar la historia de la Independencia, en la cual, en algunos de los sucesos principales, la influencia del soldado argentino fué decisiva. Hemos recordado que la primera biografía de San Martín fué escrita en Chile en 1836 por un cronista perteneciente a la orden franciscana, José Javier de Guzmán. La segunda se debió a un distinguido jefe español. Llamábase José Rodríguez Ballesteros, y era Coronel. En enero de 1850, firmaba el primer volumen de un extenso manuscrito intitulado *Historia de la revolución y guerra de la Independencia del Perú desde 1818 hasta 1826*, que nosotros publicamos en 1946 en la *Colección de Historiadores de la Independencia de Chile* (tomos 32-34), en la cual ese cronista consagraba a San Martín una suscita biografía. Como en la de Guzmán, la fuente principal de información era la de Juan García del Río. El tercer estudio biográfico de San Martín lo escribió Barros Arana. Hoy día no tiene ninguna importancia,

ni puede asignársele el menor valor. Pero estos estudios, cuando ellos han sido superados por otros en el largo proceso del desenvolvimiento histórico, asumen la significación de medida para apreciar los progresos de los conocimientos historiográficos. ¿Con qué elementos contó Barros Arana para trazar la biografía de San Martín? ¿De qué materiales documentales se valió? Los unos y los otros fueron escasísimos. La investigación no había revelado los secretos de una existencia que aún no entraba en el dominio amplio de la historia, y que por muchos años, hasta en los nuestros, preséntase con interrogaciones y enigmas no resueltos. Apoyado en las mejores informaciones, en los testimonios del General Miller en sus *Memoorias*, de García Camba en las suyas, en las de los Generales Arenales y Paz, el biógrafo pudo trazar la vida de San Martín. Los mismos asertos errados en que había incurrido García del Río, que se consideraba fuente preciosa por haber sido el granadino amigo, consejero y confidente de San Martín, los repite Barros Arana respecto de la juventud del guerrero. Para la fecha del nacimiento da la señalada por su primer biógrafo: 1778. Entonces se ignoraba que el mismo San Martín, con sus propias afirmaciones había contribuido al confusiónismo. José Miguel Irarrázabal ha señalado que el General situó su nacimiento entre los años de 1776 y 1781. Al celebrar matrimonio, declaró bajo la responsabilidad de su firma, el 29 de agosto de 1812, tener treinta y un años. Según esta afirmación, habría nacido en 1781. Este año es el que aparece en su foja de servicios de 1808 y en el pasaporte otorgado en Lille en 1828. Son estos datos del propio San Martín. Lo son igualmente estos otros que contradicen a aquellos. La foja de servicios de 1803, indica el año de 1780. Las de 1804 y 1806, el de 1779. El pasaporte de Buenos Aires, de enero de 1824, indica ese año también. En la carta que escribió en 1848 al Presidente del Perú, el Mariscal Ramón Castilla, precisó el año 1777, y es curioso que de otro párrafo de la carta sea perfectamente posible determinar el nacimiento en 1776. La familia de San Martín situó con precisión el año en que vino al mundo: 25 de febrero de 1778. Hizo estampar este dato en el acta de defunción y es el mismo que antes habían proporcionado Juan García del Río y el General Miller, a quienes evidentemente San Martín informó.

Cuando Barros Arana escribía la biografía

del soldado, ni siquiera se sospechaban estas contradicciones en que había caído el propio héroe, a la verdad inexplicables.

El padre, el español Juan de San Martín, administraba en 1767 una estancia en la Calera de las Vacas. Había sido propiedad de los jesuitas, y en 1775, o sea, ocho años más tarde, era designado teniente de gobernador de Yapeyú, departamento del territorio de Misiones, lugar en que los jesuitas desarrollaron un bien organizado plan de colonización. Laborioso, honrado, sensato y circunspecto, el capitán Juan de San Martín, casado con la señora española doña Gregoria Matorras, permaneció en Yapeyú hasta 1784. Volvióse a España en ese año, con sus cinco hijos y su esposa. El obispo de Buenos Aires, Manuel Antonio de la Torre, recordaba a Juan de San Martín como de una "especial económica aplicación" "y campesino de cuatro suelas, de quien se dice —apunta el mismo obispo—, y es cuanto se puede decir, haber excedido a los padres jesuitas en la economía." Sin duda, algunos de estos rasgos afloraron en el hijo: frugal, económico, metódico, severo en las costumbres, sobrio en los hábitos, enemigo de la ostentación. Al fallecer el padre, en 1796, los cuatro hijos varones encontrábase colocados en los ejércitos peninsulares. En 1789, el futuro Libertador, cuando tenía algo así como once años, en el caso de haber nacido en 1778, ingresaba al Regimiento de Murcia como cadete. Pero antes de haber dado este paso, los biógrafos de San Martín habían sostenido como algo cierto e indiscutido que el hijo del "campesino de cuatro suelas" recibió educación en el Seminario de Nobles de Madrid. Esta afirmación no se puede ya sostener ante lo que prueban los libros del colegio. En 1934, el Director del Archivo Histórico Nacional de Madrid, certificaba que San Martín nunca había sido seminarista del colegio durante los años de 1770 a 1779. Recordamos el hecho, porque Barros Arana lo dió por indubitable, y aun con Mitre discutió el carácter de la enseñanza que dábese en aquel seminario, si era militar o literaria. Habíase dicho también por los biógrafos del General, que su carrera de las armas en el ejército español había sido rápida. La empezó en 1789, como se ha visto y la concluyó en 1808 con el rango de Teniente Coronel graduado de caballería, dispensado por Fernando VII. Definitivamente se retiró del ejército español después de veintidós años de haber per-

manecido en sus filas. En la metrópoli, San Martín vivió más de un cuarto de siglo, exactamente veintisiete años. Ellos extendieron desde 1784 a 1811.

Los que se han apuntado son sólo algunos de los muchos datos que la investigación histórica contemporánea de nuestro tiempo ha podido establecer en la biografía de San Martín al rehacerla con sentido crítico. En 1850, cuando escribía Barros Arana la suya, los sillares en que ella se sostenía eran endeble, y aún no había estallado desenfrenado, incontenible, el nacionalismo argentino, que mucho más y más habría de embrollar esa vida. El nombre de San Martín hacia esa fecha de 1850 no despertaba grandes simpatías en el pueblo argentino, pero no se le consideraba tampoco, como en sus propios días, "desertor y cobarde", "ebrio y ladrón", con que lo denostaron los periódicos y panfletos de su patria de que habla Mitre (*Comprobaciones*, II, pág. 214). Con todas las limitaciones y deficiencias que se nos ocurra concederle a las noticias biográficas sanmartinianas, escritas por Barros Arana, sería una injusticia apreciable no reconocerlas como de las mejores de su tiempo: más completas, en cuanto a su permanencia en Chile, que las proporcionadas por García del Río; muy deficientes acerca de sus días en el veirreinato bonaerense; y ordenadas, relativamente, en cuanto a su desempeño en el Perú. Lo que escribió Barros Arana fué un esbozo, un bosquejo, una noticia, en fin, del General. El orden en el plan del trabajo, la seriedad en los datos obtenidos en las mejores fuentes de información que pudo disponer, y el buen sentido para escogerlas, seleccionarlas y, finalmente, aprovecharlas, son los hechos que dan relieve al estudio. En sus noticias biográficas reducidas a un bosquejo, a un esbozo, llegó hasta donde en 1850 era humanamente posible alcanzar. La loza de la sepultura del personaje histórico apenas se había cerrado y la posteridad había comenzado en ese mismo instante a juzgarle con criterio histórico. Sin embargo, en el estudio falta algo para quien sabe que su autor se encontraba en posesión de datos y antecedentes preciosos sobre el carácter de San Martín, debido a que el padre del escritor como hemos dicho, lo había conocido en la intimidad, y esos rasgos debió el historiador consignarlos. Ni pensar haya que hizo tal. El retrato que escribió no lo individualiza. Se inspira literariamente en al-

gún modelo latino y hace del personaje uno convencional. Véase la representación de la estampa moral caracterizada en estas palabras que forman un juicio de ropa hecha: "Pronto en concebir, audaz en ejecutar, infatigable en los trabajos y padecimientos, constante y tenaz para llevar a efecto lo que una vez meditaba, he ahí, en pocas palabras, su retrato militar. San Martín tenía el raro talento de predisponer en su favor a toda persona con quien trataba. Franco, sencillo, modesto, cortés, no llevó estas cualidades hasta perder su dignidad que miraba en mucho para empañarla. No se creyó lisonjeado por la popularidad de que gozara, sino por el contrario, supo hacer de ella el uso conveniente y nunca más. Su amistad era sincera, su conversación animada, sus costumbres sencillas, sus maneras dignas, su ingenio pronto en producir y su valor rayaba hasta en la temeridad. San Martín era, no solo un buen militar, sino también un profundo pensador en política; sus pronósticos sobre la suerte de América se han cumplido antes de su muerte. En su concepto, el Perú necesitaba una testa coronada, a quien una Constitución contuviera en sus legítimos límites. San Martín era aficionado a las letras y los partes oficiales y su correspondencia, escrita de su puño y letra, prueban que escribía con facilidad y elegancia el español." Antes había dicho: —"Así ha concluido sus días el General San Martín a la edad de setenta y dos años, retirado de la carrera pública de mucho tiempo atrás, en medio de la modestia que formó su vida. Cuando en 1817 quisieron los chilenos pagarle la libertad que acababa de asegurarles, dándole el cargo de Supremo Director, se negó a admitirlo, porque aún no había cumplido todo cuanto se prometiera al abrazar la carrera de las armas, esto es, liberrar a la América de sus opresores. Cuando esta obra estuvo al concluirse, cuando había dado libertad e instituciones al Perú, no quiso admitir el gobierno que pudo haber tomado, porque estaba *aburrido de oír decir que quería hacerse soberano*. El General San Martín al retirarse a la vida privada dió uno de esos ejemplos raros en la historia y que ha tenido pocos imitadores..."; "Lo hemos visto luchando por la Independencia de la península española, organizando tropas y combatiendo en su propia patria, cruzando los Andes para dar libertad a Chile, derrotado en Cancha Rayada, victorioso en Maipo, y, sobre to-

do, dando libertad y una existencia política al Imperio de los Incas. Cuando San Martín hubo satisfecho sus deseos, cuando se halló cargado de lauros y trofeos, cuando vió a la América libre de la dominación española, dice que el estandarte de Pizarro que existía en su poder *había recompensado con usura diez años de revolución y de guerra*. Estas palabras, dignas de un Cincinnato o de un Washington, forman su mayor elogio y no necesita de comentario alguno."

En la historiografía de la Independencia americana, la noticia biográfica acerca de San Martín escrita por Barros Arana, asume otra importancia. El autor pertenecía a la generación casi inmediata que efectuó la liberación. Con empeño admirable y una pasión científica ardiente por los estudios históricos, varios escritores de esa generación, y aun de la anterior que nació en el fragor de la guerra misma, habíase propuesto conocer la historia de la independencia chilena y sus relaciones con la del otro lado de los Andes. De este modo, "antes que los mismos escritores argentinos hiciesen la debida justicia a los olvidados héroes de su emancipación, y antes que ninguno de ellos hubiese consignado sus gloriosos hechos en las páginas de la historia —como escribe Mitre—, la nueva escuela histórica de Chile nos enseñó a admirarlos y empezó a hacer justicia a los trabajos de nuestra patria para dar libertad a la suya." En Chile, después de Guzmán, Barros Arana fué el segundo biógrafo de San Martín. Rodríguez Ballesteros, aunque escribió en el país sus apuntes sobre la vida del vencedor de San Lorenzo, era español. Gracias a Gay, a Bello y a la Universidad de Chile, había nacido una escuela histórica, la escuela historiográfica de que habla Mitre, en la cual se formaron los historiadores nacidos en los treinta primeros años del siglo XIX, con excepción de uno de ellos: Diego José Benavente (1789-1867). Los historiadores que estudiaron los enlaces de la Revolución Chilena con la Argentina, fueron en el orden cronológico de los sucesos históricos, Manuel Antonio Tocornal (1817-1867), autor de la memoria sobre *El primer Gobierno Nacional*, publicada en 1847. La influencia de la Revolución de Mayo en los sucesos que determinaron la de Septiembre de 1810, unió hombres de ambos países en una misma acción solidaria: Alvarez Jonte, Dorrego, Vera y Pintado, por

el lado argentino, trabajaron en Santiago con el designio inquebrantable de lesionar el sistema español, junto con los chilenos Juan Martínez de Rozas, Manuel de Salas, José Miguel Infante, Agustín de Eyzaguirre y Juan Antonio Ovalle. En lo militar, Andrés de Alcázar, soldado de Concepción, contribuyó a sostener el Triunvirato argentino, como Balcarce y Las Heras, la revolución chilena en sus momentos críticos. El segundo lugar lo ocupa Antonio García Reyes (1817-1855), que en 1846 dió a la estampa el libro *la Primera Escuadra Nacional*, donde debió referirse al Protector del Perú. El tercer lugar, lo llena Barros Arana con la biografía de San Martín, escrita a raíz de su fallecimiento en 1850. Aunque este ensayo constituya un accidente en la historiografía de la Independencia de Chile, señala la preocupación nacional por uno de los libertadores del país, preocupación que absorbe en su juventud, a los veinte años, a uno de los futuros más grandes historiadores chilenos de su siglo, el cual habría de agotar más tarde el tema de la acción de San Martín en Chile y sus vastas proyecciones exteriores. Es de ese mismo año de 1850, pocos días después de haber escrito Barros Arana la biografía de San Martín, en los últimos días del mes de noviembre, cuando aparece la obra del escritor y poeta Salvador Sanfuentes (1817-1860), presentada en diciembre a la Universidad de Chile, con el título *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*. Un año, un mes y cinco días comprende la memoria de Sanfuentes —(12 de febrero de 1817-5 de abril de 1818)—, corto período, sin duda, pero en el cual ocurrieron sucesos determinantes para la marcha de la Revolución Chilena en su unidad con la de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Bajo la inspiración de San Martín, O'Higgins y Puyrrredón, se concierta la expansión del movimiento libertador hacia el Perú, concluyendo en el virreinato el poder español.

Los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui dieron a conocer al año siguiente de la aparición de la memoria de Sanfuentes, esto es en 1851, otra de un interés y mérito notables. Intituláronla *La reconquista española*. El tema que desarrollaron en este acabado estudio los dos jóvenes autores, fué el comprendido entre el 1º y 2 de octubre de 1814, año de la caída de la Revolución chilena en la batalla de Rancagua, hasta la liberación del país por San Martín y O'Higgins en la

batalla de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817. El organizador del Ejército de los Andes ocupa en estas páginas un lugar tan principal como destacado. El mérito de San Martín como creador de una audaz concepción militar y política, resalta en la pluma de los Amunátegui con fuerza muy viva, y más todavía la ejecución de la arriesgada empresa. Miguel Luis Amunátegui fué autor más tarde de un curioso y documentado estudio publicado en 1866 en los *Anales de la Universidad de Chile*, con el título *El General San Martín considerado protector de las letras en Chile* (Tomo XXVIII, págs. 197-204).

En 1853, Barros Arana había consagrado su nombre de un modo definitivo como historiador al publicar la *Historia General de la Independencia de Chile*, que Mitre llamó "admirable, sobre todo, por su exactitud". La crónica más completa que hasta entonces se había escrito sobre la historia de la Revolución chilena, era cuidadosamente recogida en este libro. En él superaba a sus antecesores en el relato de los accidentes, en la complementación de los hechos, en la precisión de todo suceso y en la verificación obstinada de la documentación. Cinco años después de haber visto la luz pública el tomo primero de la *Historia*, el escritor entregaba en 1857 el tercero, y en 1858, el cuarto. En el capítulo III del tomo III, abría Barros Arana lo que podríamos llamar la Era de San Martín en Chile. Comenzada en Mendoza con la organización del Ejército de los Andes, conforme a su plan emancipador americano, hacía llegar Barros Arana hasta que O'Higgins lleva a efecto la organización de la Escuadra Nacional que da a Chile la superioridad en el Pacífico, asunto del tomo cuarto de la *Historia*, y con el cual cerró el ciclo de la Independencia. En ese capítulo, Barros Arana volvió a escribir la biografía de San Martín. No es posible establecer una comparación entre este ensayo biográfico y el publicado en *La Tribuna* en 1850. El sentido crítico del historiador, la perspicacia del erudito y la frialdad de su espíritu investigador, lo colocan ahora cautelosamente frente a los hechos con que debe reconstruir la vida de San Martín. "Vagas noticias se tienen hasta ahora —dice— acerca de la primera mitad de la vida de San Martín. Las memorias históricas se ocupan solo de sus últimas proezas, y nada nos dicen de los primeros hechos que le abrieron el camino

para acometer mayores y más importantes empresas. Por este motivo —continúa—, asumimos en este capítulo el rol de biógrafos." Los elementos de que se valió para trazar la vida del caudillo cuidó de indicarlos: —"Muy poco —dice— habría aclarado acerca de los primeros años del General San Martín, si me hubiese limitado a apuntar las noticias que contienen las obras citadas (el artículo de Gerard, la biografía de Juan García del Río de 1823, después adicionada por Juan Bautista Alberdi y las *Memorias* del General Miller). Para escribir mi relación he consultado a un sinnúmero de personas que lo trataron con intimidad (Freire, Pinto, Prieto, Bulnes, Las Heras, Campino, Aldunate, Cruz, Blanco Encalada, Maruri, Beauchef, entre los militares; su padre, Alcalde, Ruiz Tagle, J. Tocornal, Rozas, J. S. del Solar, Benavente, Palazuelos, Vial Santelices, Errázuriz (Fernando y Ramón), entre los civiles, y al señor don Gregorio Gómez, que lo conoció desde la escuela en Buenos Aires; y he tenido a la vista infinitos documentos acerca de los servicios prestados a la Revolución argentina antes de 1815. Con la ayuda de éstos, he podido ampliar debidamente esta parte de mi trabajo. Lo que queda sentado sobre la revolución de Cádiz está en todo conforme con la aplaudida historia de Toreno y otras obras, aunque en ellas faltan los detalles puramente personales sobre San Martín que dejo escritos." Estos detalles, como lo asevera el mismo Barros Arana, le fueron proporcionados en las conversaciones que mantuvo con uno de los testigos presenciales de los sucesos ocurridos en Cádiz, el escritor y literato, Ministro de Estado y Secretario del Senado, Ventura Blanco Encalada. En su ayuda también vinieron para esclarecer la participación de San Martín en la reorganización de las logias consagradas a luchar por la Independencia, las *Memorias póstumas* del General José María Paz y las *Observaciones* a esas memorias del General Gregorio Araoz de Lamadrid. El biógrafo, por otra parte, sentíase complacido por haber ilustrado con nuevos antecedentes la permanencia de San Martín en el Ejército del Alto Perú durante el tiempo que lo tuvo bajo su mando para reorganizarlo después de las derrotas en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma. Al llegar a esta parte de su *Historia*, escribe: —"He querido contar con alguna detención los sucesos del mando de San Martín

en el Ejército del Alto Perú, porque hasta ahora no se ha escrito nada sobre el particular. Creo así revelar algunos detalles enteramente desconocidos de este personaje, aprovechando en parte una multitud de memorias y documentos que he reunido sobre esa época obscura de su vida y de la historia argentina." Incuestionablemente, hasta la publicación del libro de Mitre, la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, cuya primera edición vio la luz en el año 1887, en Buenos Aires, la biografía del prócer debida a la pluma de Barros Arana, fué la más completa y la más digna de crédito. El autor, como ya se ha visto, suspendía en la *Historia de la Independencia* la relación biográfica en el momento en que O'Higgins organizaba la Escuadra Nacional en 1818 y preparaba la ocupación del Perú en estrecha colaboración con San Martín. Pero la tenacidad del historiador no habría de dejar de mano un solo momento la investigación histórica de la enigmática personalidad del Protector. Entre 1853 y 1857, había mantenido correspondencias en Mendoza para que del Archivo de la ciudad cuyana, casi destruido por las revoluciones, disgregado por la incuria de los gobiernos y arrumbado en cualquier sitio, se le enviaran copias de documentos. Le sirvieron en esta tarea Vicente Gil y el memorialista Hudson. En Buenos Aires, había conseguido que su tío carnal, Felipe Arana, dirigiera en el Archivo Nacional ciertas pesquisas e investigaciones, relacionadas igualmente con San Martín y el Ejército de los Andes. En 1858, personalmente registró esos dos archivos, como luego habremos de verlo, y encontrándose en París en 1860, el hijo de San Martín, Mariano Balcarce, le franqueó el archivo de su padre político. Le permitió leer la documentación y tomar copia de cuanto papel le interesara. Fué el primer americano que tuvo acceso a ese archivo, siéndolo después Vicuña Mackenna. Con ese arsenal de documentos inéditos y con otras valiosas informaciones, pudo publicar un artículo sensacional en la *Revista Chilena* en 1875 (tomo III), de la cual era director en compañía de Miguel Luis Amunátegui. Ese artículo, que contenía revelaciones históricas de la mayor importancia, llevaba por título *La desobediencia del General San Martín*. Narra la conducta del Libertador cuando el Gobierno argentino le exigió el repaso de los Andes en 1820 con el ejército, para ser-

vir a la defensa de Buenos Aires, amenazado por la revolución, momento que aprovechó para renunciar la investidura de su cargo y ponerse a disposición de sus soldados en Rancagua, pasando él y su ejército a formar parte del de Chile, a fin de llevar a cabo la invasión del Perú. Informaciones más secundarias, pero llenas de interés para complementar el cuadro de la vida de San Martín en miles de accidentes, dió a luz Barros Arana en innumerables artículos históricos y biográficos. Entre los primeros, deben recordarse los intitulados *Asalto de Talcahuano en 1817* (1853); las *Notas biográficas acerca de algunos generales españoles que combatieron contra la Independencia de América* (1873); el *Desastre de Cancha Rayada* (1887) y *La Batalla de Maipo narrada por un cacalón*, también de ese año. Pero sin duda en los estudios biográficos consagrados por el historiador a las figuras de la guerra de la Independencia que estuvieron a las órdenes de San Martín, es donde encuéntrase rasgos de la personalidad del Libertador que pueden ser aprovechados en la interpretación de su carácter. En el ensayo sobre *Benavides* (1850), los hay bien particulares y abundantes, como también en el de *Freire*, de que luego nos ocuparemos. En los estudios consagrados en 1856 a los coroneles Pedro Nolasco Vidal y Santiago Ballarna; en las biografías de los Generales Francisco Antonio Pinto, José Manuel Borgoño y Joaquín Prieto, de 1858; y en la del general polaco Bellina Skupieski, de 1875, se hallan esparcidos esos datos que tanto contribuyen a la revelación del carácter de una personalidad. Aunque ellos no los reunió Barros Arana en una obra especial, encontraron amplia y magnífica acogida en la *Historia General de Chile*. El nombre de San Martín aparece referido en varias incidencias a partir de los volúmenes VIII y IX publicados en los años de 1887 y 1888. En el X, editado en 1889, Barros Arana volvió a trazar por tercera vez la biografía de San Martín con un soberbio material de información. El capítulo III de ese volumen contiene un relato pormenorizado de la vida de San Martín hasta el momento en que interviene en 1814, en los sucesos de Chile, a raíz de la derrota de Rancagua, al atravesar la cordillera hacia Mendoza, la emigración patriota. Sobre las fuentes de que dispuso para escribir esas páginas, ha escrito en una nota: "Habiendo examinado prolijamente el copioso archivo del General San Martín,

a que nos dió entrada en los últimos meses de 1860, su hijo político don Mariano Balcarce, que lo conservaba cuidadosamente en su casa de campo de Brunoy (en los alrededores de París), tomamos copias o extractos de casi todos los documentos que creímos interesantes para nuestra *Historia*; y de muchos de un carácter esencialmente biográfico, que podríamos utilizar ahora para ampliar estas noticias. Este trabajo sería en cierto modo extraño a un libro como el nuestro; y es por otra parte innecesario desde que en el momento presente el distinguido historiador argentino don Bartolomé Mitre tiene preparada una extensa y completa *Historia del General San Martín* —(la segunda edición de 1890)—, que nos ha permitido conocer en pruebas de imprenta, y que, por lo tanto, hemos podido utilizar con provecho al escribir estas páginas. Teniendo nosotros que reducir y estrechar este bosquejo biográfico, hemos debido, sin embargo, agrupar ciertas noticias de interés e ilustrarlas con la reproducción o el extracto de algunos documentos inéditos hasta ahora." En los otros volúmenes de la *Historia*, desde el XI hasta el XVI, que publicáronse en 1890, en 1892, en 1894, en 1897 y 1902, Barros Arana contó, con la erudición más pasmosa, la acción de San Martín en Chile, sus relaciones con las Provincias Unidas del Río de la Plata y la expansión de su obra libertadora en el Perú. Nada desconoció de la bibliografía y de la documentación publicada en esos años en América y en Europa. Se puede decir que las informaciones contenidas en los 9 volúmenes de la *Historia*, vaciaron el conocimiento historiográfico sanmartiniano en el siglo XIX de un modo excelente, brillante por el método de la exposición sistemática de los hechos, admirable por la erudición y espíritu crítico con que ellos fueron, con severo rigor, estudiados y analizados. La posición en que el autor se colocó para juzgar los sucesos, fué de una extrema independencia, ausente de todo sentimiento nacionalista. Verdaderamente superior. Lo que en esas nutridas páginas arrojaba Barros Arana era el resultado de una incesante investigación sobre la Independencia de Chile y de América, sostenida durante más de medio siglo (1856-1902), sin un día de descanso ni fatiga. No cabe duda que superó a Mitre en muchos casos; que su criterio no formuló te-

sis, ni para nada hizo sentir lo convencional del patriotismo en la historia de la Revolución Americana.

Cuando hemos dicho que Barros Arana vació en su *Historia* todo lo que hasta entonces en el siglo XIX se conocía sobre San Martín, hacemos una afirmación perfectamente cierta y aún ella habría que ampliarla a Bolívar y al conjunto de la Independencia de América. En 1865 había publicado la *Historia de América* en dos volúmenes. En el segundo, de un modo original, sistemático, con un criterio tan propio como seguro, había estudiado en las mejores fuentes el movimiento emancipador de cada una de las secciones de las colonias españolas. Desde ese año, siguió el desarrollo de la investigación histórica sobre la Independencia en cada país, con apasionante interés. En lo que a Chile se refiere, incorporó en la *Historia General* cuanto de valor había producido la historiografía nacional. Las aportaciones de Gonzalo Bulnes en dos de sus obras de valor incuestionable, intitulada una de ellas, *Historia de la Expedición Libertadora del Perú (1817-1822)*, aparecida en Santiago de Chile en dos volúmenes en los años de 1887 y 1888, y la otra, *Ultimas campañas de la Independencia del Perú*, Santiago de Chile, 1897, fueron absorbidas por Barros Arana en los tomos X (1889), XI (1890), XII (1892), XIII (1894), XIV (1897) y XV, de ese mismo año, de la *Historia General* y, aun todavía, el historiador pudo añadir de su propia cosecha nuevas y valiosas atestiguaciones documentales. Está demás decir que entre éstas contó de una manera muy especial con el archivo del General O'Higgins, que le puso a su disposición el hijo del Director Supremo, Demetrio O'Higgins, que sólo pudo conocer en parte en 1854 y en 1861, y después muy ampliamente cuando aquella riquísima cantera de información histórica vino a parar a las manos de Benjamín Vicuña Mackenna. El nombre de este ilustre historiador no puede dejar de mencionarse como al que más debió Barros Arana la complementación de sus informes sobre San Martín, y es justo señalar que él fué en América el primero que inició la campaña popular de la rehabilitación histórica del Capitán de los Andes en los países que libertó, colocándolo en el mismo plano que Bolívar, sino con superiores virtudes. La obra histórica de Vicuña Mac-

kenna en esta empresa constituye una verdadera biblioteca. Como casi todos los hombres de su generación, Vicuña Mackenna, así por la influencia de su hogar, de sus abuelos y de sus padres, que cercanamente conocieron a San Martín, sintióse atraído hacia esa personalidad. El estudio convirtió la atracción en simpatía, y más tarde, cuando penetró la individualidad del hombre en sus papeles íntimos, surgió espontánea la admiración. Vicuña Mackenna fué de los primeros historiadores americanos, seguramente el primero, que investigó en los archivos de Buenos Aires y de Mendoza las huellas de San Martín. Datan estos trajines de 1855. Al año siguiente, ya en Santiago de Chile, publicó la hoja volandera intitulada: *Estatua sud americana del General don José de San Martín erigida en la vecindad del campo de la batalla de Maipo*. Un simple proyecto, pero que tuvo eco algunos años más tarde. En ese mismo año 1856 dió a luz *El Ostracismo de los Carreras*, en el cual contó con datos curiosos y muy interesantes, generalmente desconocidos, las relaciones de los tres hermanos con el General San Martín. En 1859, en París, obtuvo que el hijo político del héroe le proporcionara copia de valiosos papeles de su archivo, los que recibió en Lima en 1860. Encontrábase todavía ese año en la ciudad de los virreyes cuando publicó el libro *La Revolución de la Independencia del Perú desde 1809 a 1819. Introducción histórica... Lord Cochrane y San Martín*. Sólo la primera parte de este libro interesa directamente al tema sanmartiniano, en la parte de la discusión planteada por Vicuña Mackenna en cuanto al juicio de Lord Cochrane en sus memorias acerca del Protector. Desgraciadamente, por querer probar mucho, probó poco en la refutación al Lord. Vicuña Mackenna no era un polemista ni tenía paciencia para la discusión de un orden de asuntos como el que debatía. Sin duda, la historia no puede menospreciar una serie de antecedentes que proporciona el historiador para refutar a Cochrane en beneficio de San Martín, pero esto es poco y no es lo fundamental. En cambio, el material que se encuentra en otro libro del escritor publicado ese mismo año de 1860 en Valparaíso con el título de *El Ostracismo del General don Bernardo O'Higgins*, resulta de primer orden para seguir la trayectoria de San Martín en

Chile en la labor libertadora solidaria que emprende con el vencedor de "El Roble". Libro bien investigado, con extraños sensibles en los juicios, lo anima, sin embargo, una profunda buena fe y un serio afán en favor de la verdad. San Martín encontró en estas páginas los primeros cimientos de su pedestal. Con el propósito de obtener, como un deber de la gratitud nacional, la realización del monumento al Libertador, reprodujo nuevamente la hoja suelta de 1856, para hacer ambiente al proyecto del monumento al soldado. Le dió el título: *Estatua sudamericana del General don José de San Martín*, 1816. Dos años debía esperar Vicuña Mackenna ver hecha una realidad su aspiración. En 1863, mediante su esfuerzo, su labor incansable y su voluntad sin desfallecimiento, el héroe era esculpido en el bronce. Pero no se contentó con esta empresa magna, obra casi exclusivamente suya, sino que añadió otra de carácter tan duradera como aquélla, pero de índole histórica y literaria. Ese año de 1863 publicó en un folleto en 8º, de 98 páginas, el primer estudio orgánico y completo hecho en América sobre el soldado argentino, basado en la preciosa documentación de su archivo, folleto al cual dió el título siguiente: —*El General San Martín considerado según documentos enteramente inéditos, con motivo de la inauguración de su estatua en Santiago de Chile el 5 de abril de 1863*. En la *Advertencia*, decía Vicuña Mackenna: —"La presente reseña biográfica, o más bien colección de documentos inéditos sobre la carrera militar y política del General San Martín, ha sido acopiada en diversas épocas, sea en el archivo del Gobierno de Mendoza en 1855, sea en los papeles de familia del General San Martín existentes en París, de los que debimos a su digno hijo político, el señor don Mariano Balcarce, interesantes copias en 1860, sea, en fin, en los archivos públicos de Lima, o en los papeles privados del General O'Higgins que consultamos en el valle de Cañete durante aquel último año. No ofrecemos, pues, una biografía del gran soldado americano, sino notas inconexas, si se quiere, pero ilustrativas en gran manera y especialmente características de la vida íntima de aquel ilustre caudillo. Por eso, aparecerá más bien de relieve el hombre que el capitán en estas anotaciones, y por consiguiente, el interés que ellas despierten será tanto más vivo

cuanto más ignorada es aquella faz de su existencia. El General San Martín es en verdad el hombre menos conocido del Nuevo Mundo. Sus biógrafos, hasta aquí, han querido contar sus grandes hechos y sólo han referido las anécdotas vulgares de su carrera de soldado o las genialidades características de su espíritu."

El plan esbozado por el historiador fué cumplido rigurosamente y realizado con la publicación de piezas tan nuevas y originales que presentaban un San Martín que la historia por primera vez conoció, ya que una tradición interesada en mantener encendidas las pasiones, principalmente en su patria, había deformado los perfiles de su carácter. A partir, pues, de la publicación del estudio de Vicuña Mackenna puede decirse que la vida del Libertador entró en un terreno verdaderamente firme, y que ésta fué el punto de partida de futuras investigaciones. Todavía, circunscrito a completar detalles de la permanencia de San Martín en Chile, en lo relativo a las campañas del sur, sin que él fuese el personaje central, ni mucho menos, de las páginas del libro presentado como memoria histórica a la Universidad con el título *La Guerra a Muerte*, publicado en 1868, pueden extraerse rasgos que contribuyen a completar el retrato. De un carácter semejante al libro anterior, aunque menos directamente relacionado con el personaje, es *La Corona del Héroe. Recopilación de datos y documentos para perpetuar la memoria del General don Bernardo O'Higgins*, obra que dejó de ser de circunstancia puramente apoteósica, en atención a la gran cantidad de estudios y documentos de primer orden que en ella incluyó Vicuña Mackenna en 1872, al serle encargada por el Ministro de la Guerra Francisco Echaurren Huidobro, con motivo de la repatriación de las cenizas de O'Higgins desde Lima en ese año. Hay todavía otros libros que deben mencionarse. En 1876 dió a luz la serie de artículos, mucho más tarde recogidos en un tomo (1917), con el título *El Almirante Manuel Blanco Encalada*, en el que refirió la amistad del captor de la "María Isabel" con el Protector del Perú, en momentos en que las relaciones de éste con Lord Cochrane eran difícilísimas. La segunda edición de *El Ostracismo del General O'Higgins* fué dada a luz y completada en 1882, en un volumen, al que dió Vicuña Mackenna el nombre de *Vida del*

Capitán General Don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina y Gran Mariscal del Perú. Aquí ocupa, naturalmente, San Martín lugar destacado en las campañas de la Independencia. Cuando hacía trece años que Vicuña Mackenna había fallecido en 1886, cuando todavía los escritos del incansable historiador aparecían como póstumos, en 1883 se editaba *El Washington del Sur. Cuadros de la vida del General Antonio José de Sucre*, libro incompleto, en el cual la figura de San Martín encuentra más de una referencia de valor. Pero aún más. Hacen parte de la literatura sanmartiniana del escritor, en la cual hay siempre algo nuevo, sus escritos periodísticos. A fin de completar esta reseña para llegar a establecer todas las fuentes de información que Barros Arana tuvo sobre San Martín al redactar los tomos ya citados de la *Historia General de Chile*, estamos obligados a recordar cuáles fueron estos escritos. La serie se inicia en 1871. En *El Mercurio* de Valparaíso de los días 11 y 12 de noviembre de ese año, con el título general de *Cartas del Gironda*, publicó el ensayo *El General San Martín en Europa (Revelaciones)*, que después reprodujo en el tomo II de sus *Relaciones Históricas* y en el segundo también de su *Miscelánea*. En las *Relaciones* aparece otro estudio de junio de 1878: *San Martín en marcha al Perú. Con trece cartas autógrafas e inéditas*. En el I de éstas ya citadas *Relaciones Históricas*, el historiador insertó los siguientes artículos: de septiembre de 1876, *El General San Martín después de Chacabuco. (Lo que un genio puede hacer en sesenta días)*; de abril de 1877, *La Batalla de Maipo (Contada al pueblo según nuevos datos)* y de mayo de ese mismo año es el trabajo *El General San Martín antes de Maipo (Ocho cartas autógrafas del General San Martín al General O'Higgins en 1817)*. Son del año 1878 otras publicaciones sanmartinianas de Vicuña Mackenna lanzadas en el diario santiaguino *El Ferrocarril*: el 24 de febrero apareció *El Capitán General de Chile Don José de San Martín. Reseña popular de su carrera*; el 26 de ese mismo mes, *El centenario de San Martín. Simulacro de ataque*; el 23 de marzo. *El centenario de San Martín en Buenos Aires. Telegrama a la Comisión del centenario, Viña del Mar*, mensaje que fué enviado por el telégrafo transandino; el 24 del mismo, *Alcance a las cuentas del*

Gran Capitán (Tres cartas inéditas del General San Martín sobre su vida y pobreza en Europa), y, por último, el 20 de agosto, *La partida del Ejército Libertador al Perú*. En otro diario de Santiago, *El Nuevo Ferrocarril*, daba a luz el 18 de septiembre de 1881 el artículo *Los grandes caracteres de la gran edad*. Martínez de Rozas, Carrera, O'Higgins, Mackenna, Infante, San Martín, completándose la serie de estos trabajos sobre el capitán de los Andes con tres artículos editados en *El Mercurio* de Valparaíso, en el año de 1882. El 20 de mayo vió la luz el intitulado *La memoria y la rehabilitación de San Martín en Chile*; el 22 de ese mismo mes, *San Martín Libertador: Las estatuas del General San Martín como tributo de gratitud y admiración de los chilenos*; y en junio, *San Martín y el repaso de los Andes. Un gran misterio histórico puesto en plena luz*. Advertiremos que todos estos estudios históricos fueron reunidos en 1938 en el volumen VIII de las *Obras Completas de Vicuña Mackenna*, que lleva por subtítulo: *San Martín y la Revolución de la Independencia del Perú*.

Cuando se considera la labor de los historiadores chilenos del siglo XIX para destacar a la luz de la verdad, la época de la Independencia nacional, en sí misma primeramente, después en sus enlaces con la Revolución Argentina y en seguida en su expansión para obtener la libertad del Perú, parecen justicieras las expresiones de Bartolomé Mitre, al referirse a la escuela histórica chilena. Dice con ponderación: —“Son los nuevos historiadores de Chile, los que después de realzar la figura de nuestros héroes, en tierra extraña, han contribuido a levantar en ella la estatua del más grande de nuestros héroes, al cual tributaron este homenaje antes que lo hiciésemos nosotros.” En seguida escribe: —“Son ellos los que han suministrado a la América y al mundo los elementos del juicio consciente de la posteridad a su respecto; son ellos los que han generalizado el conocimiento de los documentos fehacientes en que se funda; y considerada del punto literario, su obra es lo más serio que hasta el presente se haya escrito sobre la historia de esa época memorable” (Mitre, *Comprobaciones*, II, 216).

Barros Arana fué parte principalísima en este proceso de la rehabilitación sanmartiniana: lo inició a los veinte años, con la biografía que hemos estudiado; lo con-

tinuó a los veintisiete en el tomo III de la *Historia General de la Independencia de Chile*; a los cuarenta y cinco arrojó luz vivísima en 1875 sobre un acto de la vida del Libertador, al desobedecer al Gobierno argentino; y entre los cincuenta y siete y los setenta y dos años (1887-1902) perfeccionó ese proceso. Es decir, toda su vida fué consagrada al estudio de San Martín, y el resultado de ese trabajo, sin un momento de fatiga, fué dado a conocer brillantemente en la *Historia General de Chile*, en los volúmenes que ya se han indicado, donde levantó al Libertador un monumento.

EL QUINTO ESTUDIO: LA CRÍTICA HISTÓRICA A LA OBRA DE JOSÉ IGNACIO VÍCTOR EYZAGUIRRE, HISTORIA ECLESIASTICA, POLÍTICA Y LITERARIA DE CHILE (1851).—Desde Valparaíso le escribía Juan María Gutiérrez a Barros Arana, el 25 de marzo de 1851: —“Me parece muy bien su determinación de criticar la *Historia* de Eyzaguirre; pero tengo a mal que lo haga Ud. con ánimo hostil y por venganza política. En su edad, es preciso cultivar la generosidad y la elevación en las miras. No vea Ud. en Eyzaguirre más que un literato y agote Ud. su raciocinio y su erudición para mostrar que se ha equivocado en algunos puntos, o que no ha trabajado todo lo que el asunto le exigía. Así, su triunfo será mayor y mayor el daño que sufra el historiador en su reputación.” ¿Por qué, en razón de qué motivos, este ánimo hostil y esta venganza política del escritor contra el autor de la *Historia*? Eyzaguirre era un sacerdote vinculado a la más rancia aristocracia santiaguina. Sus antepasados más inmediatos, a los que llamó “padres de la Independencia” —José Alejo, Arzobispo de Santiago, y los patricios Agustín, Miguel, Domingo y José Ignacio—, habían prestado servicios distinguidos al país durante el coloniaje y la guerra de la emancipación. Al organizarse la república, conforme a sus antecedentes aristocráticos y profundamente religiosos, agrupáronse en torno al partido pelucón, que representaba la tendencia conservadora opuesta a la pipirola o liberalizante. El presbítero Eyzaguirre, espíritu inquieto, ansioso de nombradía y popularidad, había abandonado el campo de los suyos, y políticamente buscó en las filas liberales un puesto de lucha y de combate. En

1848 era uno de los representantes más activos del partido liberal. Se le había elegido diputado y después tuvo el honor de dirigir la Cámara en calidad de Vicepresidente de la Corporación.

Adversario de la candidatura presidencial de Manuel Montt, su círculo político debió combatir con saña a uno de los más poderosos sostenedores de ella, por su influencia social y los recursos económicos de que disponía. Era éste Diego Antonio Barros, el padre del historiador. Atacado en su dignidad y en su honor, el viejo filántropo hubo de defenderse públicamente por la prensa, y cuando solicitó, en privado, la ayuda de Eyzaguirre para acallar los denuestos que lanzábanle los periódicos liberales *La Barra* y *El Progreso*, encontró un silencio que no correspondía a los antecedentes del amigo, primero, del caballero, y en seguida y del sacerdote, después. El hijo de Barros era hacia este mismo tiempo un pelucón fervoroso y un ortodoxo católico. La conducta de Eyzaguirre la censuró duramente al conocer cuál había sido la suya para con su padre. Como pelucón, llamó tráfuga político al caballero; y al sacerdote, descreído y filisteo, entregado al servicio de las logias masonónicas, para servir sus ambiciones personales de encumbramiento. En este juicio obraba la pasión y el despecho. Eran intemperancias de Barros Arana. El consejo de Gutiérrez se explica con estos antecedentes.

La Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile, de Eyzaguirre, editada en Valparaíso en tres volúmenes, había visto la luz en junio de 1850. La prologaba un argentino que se había puesto al servicio del partido liberal. Se llamaba Bartolomé Mitre. Para ilustrar al lector, se incluían los informes que acreditaban los antecedentes y méritos de la obra, suscritos por el Obispo electo de Ancud, Justo Donoso y Fray Domingo Aracena. Se insertaba, además, otro informe laudatorio firmado por el sacerdote Ramón Valentín García. El autor pertenecía justamente a la generación nacida en el curso de la Guerra de la Independencia, en 1817. Muy joven se dió a conocer como un sacerdote emprendedor, con marcada afición a las letras, la que hubo de volcarse hacia el campo de la historia nacional por un espíritu de orgullo y admiración hacia su ascendencia. Los papeles y documentos de familia, de una familia tan numerosa e

influyente en los destinos del país, como había sido la suya en la administración, en la política, en la enseñanza y en el clero, habían ido cayendo sucesivamente en su poder, y él mismo, por su vocación por los estudios históricos, se encargó de formar un valioso archivo. En 1842 comenzó a escribir la historia eclesiástica, después de haber realizado, entre 1837 y 1840, prolijas investigaciones en las fuentes de que pudo disponer. Naturalmente, éstas no eran muchas. El plan de escribir únicamente la historia eclesiástica chilena hubo luego de variarlo para incorporar la parte política. Al explicar esta alteración tan esencial en su plan primitivo, decía Eyzaguirre que había determinado su decisión lo dicho por un escritor contemporáneo: "la Historia de las Naciones —había escrito ese autor— está íntimamente unida con la Historia de la Iglesia, de tal manera, que separarlas en la narración, es presentar un cuadro imperfecto". Era lo que había sostenido el abate Ducreux. Pero, además de la parte política con que Eyzaguirre integraba la eclesiástica, añadía la historia literaria. "Nada había escrito sobre la historia de nuestra literatura —decía—; todos los historiadores han dejado en blanco esta página y yo, para escribirla con mano segura, he citado a la mayor parte de los escritores, he traído sus obras a la vista, he formado su análisis y fijo el lugar donde podrán verlas aquellos que deseen tomarse nuevamente este trabajo."

La obra de Eyzaguirre fué premiada por la Facultad de Teología de la Universidad de Chile, por haber correspondido a los presupuestos de los concursos que abrió sobre el tema para los años de 1847 y 1848. Por este triunfo, la obra fué señalada como "fuente riquísima de estudio en que los historiadores futuros encontrarán —como decía Mitre— la copia de todo caudal de obras y documentos con que cuenta Chile para dar principio a la formación de sus anales". Este juicio del historiador argentino no era exacto, y sólo puede explicarse como una debilidad del autor para con su correligionario político, o bien, debido a un desconocimiento completo del asunto de que Mitre se ocupaba. Dejando de mano las consideraciones generales que tanto abundan en el prólogo, no hay una observación de fondo para la obra de Eyzaguirre. Al plan del libro le concedió importancia única

mente. "Es defecto muy común en los historiadores —decía— olvidarse del hombre moral y prestar sólo su atención a los hechos materiales que son el resultado de la fuerza bruta, sin comprender que las ideas que surgen en la vida de los pueblos son también sucesos importantes que imprimen a la historia su carácter, y hacen que su estudio sea útil a la humanidad. El historiador de la *Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile* ha evitado con habilidad este escollo, concretando en un solo cuadro los tres grandes elementos de nuestra civilización y estudiando por consecuencia al hombre por su parte intelectual y moral. Así ha presentado al político organizando la administración de la naciente colonia bajo la inspiración del cristianismo, cuya irradiación hace brotar de las cabezas inteligentes y de los corazones generosos, ideas fecundas y sentimientos elevados; de tal modo que al recorrer sus páginas se siente el lector en presencia de las generaciones que han pensado y sentido, contempla cómo las ideas toman cuerpo, cómo los sentimientos se encarnan en los sucesos materiales, y cómo el ser moral se presenta a nuestra mirada investigadora exclamando *Homo sum* y cómo la voz de la humanidad le contesta: *Ecce Homo*. Desde este punto de vista, la idea primordial que ha presidido a la confección de este libro, es altamente filosófica y moral y llena todas las condiciones de la verdadera historia, cuyo objeto, como lo ha observado un gran pensador, es presentar a la posteridad, no las acciones del hombre, sino el espíritu de los hombres; o, como lo ha dicho un escritor de nuestros días, la intención y el objeto de esas acciones, que forma la lección más provechosa que nos suministra la historia. Una vez adoptada esta base, el plan de esta obra fluía naturalmente de la idea capital que le da su unidad. Ella no podía ni debía ser sino la narración simultánea de esas tres grandes entidades, que constituyen las fases de nuestra civilización, girando alternativamente como las ruedas engranadas de una máquina en órbitas concéntricas concurren a producir una sola fuerza en un punto único. Tal ha sido el plan de esta obra, en la que los sucesos religiosos, políticos y literarios se desenvuelven sucesivamente con admirable armonía, dando por resultado el trasunto fiel de la civilización chilena desde la conquista hasta nuestros días."

El futuro historiador argentino, entonces un periodista, formulaba con estas palabras el plan ideal para una obra. Pero no se encontraba en este caso la de Eyzaguirre. Mitre por ello cuidaba muy bien de pronunciarse acerca de la forma cómo el autor satisfacía el plan que habíase propuesto desarrollar, y para salvar el escollo de tener que referirse a él técnicamente, a fin de hacer notar los resultados del sistema histórico tomado por Eyzaguirre de Ducreux, eludía muy discretamente cualquier juicio. Barros Arana, en cambio, creyó poner las cosas en su lugar. Es más que probable que las observaciones de Gutiérrez hicieran algún efecto en el ánimo del escritor, y que la hostilidad política que le animaba contra Eyzaguirre, se hiciera menos violenta contra la *Historia*, y concluyera moderándose. Su crítica fué dura y áspera, pero no injusta. Se fundó en datos, en hechos, en cosas comprobables. No divagó y no se dejó llevar por un espíritu mezquino. Lo que aflora en la crítica son las aptitudes que para ella demostró el escritor. Desde el fondo de su naturaleza intelectual, lo que emergía de Barros Arana era un crítico, una actitud crítica, una posición crítica. Siempre, por lo demás, en toda la carrera del escritor, se mantuvo en ella, porque era crítica, por decirlo así, la substancia de su inteligencia. Su vigoroso sentido para la crítica lo alejaba de toda teorización, de toda construcción abstracta, de toda filosofía. Los hechos, la comprobación de ellos, la interpretación de éstos, era cuanto le interesaba. En la crítica literaria, en la que tanto sobresalió, en la histórica, para la cual escribió notables páginas de erudición; en la historia misma, en la que aprovechó diestramente esta facultad, Barros Arana dejó lo mejor de su contenido intelectual. Vale la pena anotar aquí que este espíritu crítico fué el que dió a Barros Arana el poder de narrador que distingue al historiador. Por ese espíritu crítico ordenó los hechos y los dispuso para el relato en una rigurosa sucesión, y mediante este mismo espíritu crítico, esos hechos los depuró, los presentó en sus proporciones, desbastándolos de las deformaciones con que a veces los presentó la tradición, o los enredó la crónica, o los enmarañó la documentación.

¿Cuáles características de esta crítica de Barros Arana a la *Historia* de Eyzaguirre se patentizaran más tarde en los estudios li-

terarios e históricos de que será autor? Una, que será invariable: la justeza del plan en el artículo, en el folleto y en el libro. Otra: la precisión en los datos. Algunas más: la ausencia de abstracciones o filosofías; buen gusto para relatar; sobriedad y sencillez en el estilo. Es esto lo que habría querido encontrar, precisamente, en la *Historia* de Eyzaguirre; lo que quiso para su propia obra, y lo que exigió para la de cualquier escritor. El desacuerdo con la obra de Eyzaguirre fué más serio y profundo. Creyó ver en su libro una *historia nacional*. Al comienzo de este capítulo hemos reproducido la opinión del historiador acerca del fracaso lamentable con que los pueblos americanos habían intentado tener una historia nacional. Esa opinión está referida precisamente, en vista a la *Historia* de Eyzaguirre, a la que "los documentos públicos de la Universidad —dice— nos daban no pocas esperanzas de poseer una *Historia* completa del país bajo el modesto título de *Historia de las Iglesias de Chile*". Ya hemos visto que las prensas porteñas arrojaron esa historia con otro nombre, y valiéndose de su publicación, Barros Arana la dió a conocer en un sesudo estudio crítico, en la revista santiaguina dirigida por Domingo Faustino Sarmiento con el título *Sud América. Política y Comercio* (tomo I, pág. 353), estudio que luego fué reproducido en el diario *La Tribuna* (19 y 22 de abril de 1851, números 583 y 585). Desde el primer momento, el crítico se encaró con el criterio del historiador. ¿Cuál había sido el de Eyzaguirre? A juicio de Barros Arana ese criterio había nacido de un principio primordial que el autor sentaba como indiscutible. El objeto de la conquista de América, había sido el espíritu de propaganda religiosa. Tal concepción llevaba al historiador a hacer aparecer como de dimensiones gigantescas a todos los "operarios evangélicos" que en ella aparecieron. "El obispo en su cátedra, la monja en su celda, el fraile en el claustro y el misionero en medio de los indígenas —dice el crítico—, todos son igualmente grandes y virtuosos, todos poseen las mismas dotes, las mismas virtudes. En balde nos empeñaríamos en buscar una figura sobresaliente en toda la obra del señor Eyzaguirre; nos encontraríamos con una columna de gigantes todos de un mismo tamaño, todos de una misma complejidad y robustez, y nos sería moralmente

imposible la elección." La misión del historiador ha sido desvirtuada con este método de Eyzaguirre, concluye diciendo el crítico, a menos que esa misión fuera la de presentar materiales muertos y desanimados. En tal caso, lo habría hecho a la perfección, pero el objeto grandioso y elevado de la historia, en este caso de acuerdo con la magnitud del asunto, se encuentra burlado en el libro.

Era defecto del plan de la obra. Mitre lo había visto en su concepción ideal, y no había querido señalar los resultados negativos en la *Historia*. Barros Arana los observó sin ninguna clase de reservas. Comenzó por advertir que la división de las materias no era la más apropiada y era ocasionada a confusiones. "El cuadro de cada siglo de nuestra historia —apunta— que en otras manos pudo aparecer grandioso, ha sido destrozado por éstas, separando una a una las formas que en él aparecen." Eyzaguirre hizo en cada siglo tantas historias como cuantas veces fueron los puntos de vista en los cuales colocábase el autor, así en lo religioso, en lo político y literario. El resultado: presentar una narración confusa de hechos, producir un laberinto sin salida por caer el lector del ovillo de Ariadna. "Los progresos de las misiones que continuamente se dan mano con los sucesos civiles, particularmente en el siglo XVIII —argumenta el crítico—, han sido separados de ellos y de la biografía de los obispos de Santiago, así como la de éstos los de La Imperial o Concepción, y ambos de los concilios que celebraron o a que asistieron y de los adelantos que hacían las órdenes religiosas o los monasterios de monjas. La primera de las tres partes de que consta la obra y en que las materias tienen un mejor arreglo, comprende la historia del siglo XVI desde el descubrimiento de los españoles (amén de un capítulo preliminar) hasta 1599, divisada por diez lados."

Al juzgar la parte política de la *Historia*, el juicio de Barros Arana es terrible. La llamaba "crónica compendiosa y descarnada de los sucesos de Chile, tal como se halla en los *Diccionarios enciclopédicos* o *de la conversación* franceses en la palabra *Chili*, con más o menos errores. No hallamos ni la sana crítica, ni la filosofía que se dice posee". Estas últimas palabras deben entenderse dirigidas a los miembros informantes del libro de Eyzaguirre,

Donoso y Aracena, y también a Mitre, que había hablado de la filosofía del autor. Una opinión menos dura que la anterior, le sugería el establecimiento de las órdenes religiosas en Chile y las biografías de los obispos. "En ambas hay curiosidades —decía— y se deja notar el estudio del autor, y en la segunda hay vacíos que llenar y no pocas frivolidades." Le reprochaba con justicia haber ignorado mitrados eminentes nacidos en Chile que alcanzaron nombradía en el extranjero, como Gómez de Silva, que fué Obispo de Cartagena; Pedro y Manuel Rojas Argandoña, el primero Arzobispo de Charcas, y el segundo de Santa Cruz de la Sierra, y Humérez Miranda, que fué Obispo de Panamá. Barros Arana estimaba más interesantes estas biografías que los "ridículos milagros" —son sus palabras— de Fray Gil González y otros, que de un modo muy especial cautivaron la atención del historiador. Eyzaguirre no supo caracterizar a los religiosos, cuyas biografías escribió; a todos les concedió las mismas virtudes, igual celo, costumbres ejemplares y los llamó favorecidos del cielo. Con gracia escribe Barros Arana: —"El autor pudo haber ahorrado una parte de su trabajo, bosquejándonos una primera biografía y poner a continuación la nómina de todas las que son idénticas. Entraba en seguida en otras consideraciones. La historia de las costumbres no contenía una idea nueva que hiciera soportable la lectura. Para que se vea que la pasión y la ojeriza no enturbiaban el criterio del escritor, nos parece útil referirnos a la opinión que sobre este punto de la historia de las costumbres le expresaba el arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso a Eyzaguirre, trece años después, en 1863. Le decía: "...encuentro que se hallan muy recargados los cuadros que Ud. presenta relativos a las costumbres de las épocas que recorre. En ellos parece que se tratara de hacer creer al lector que todos los magistrados eran tiranos y los particulares corrompidos, sin más excepción que los obispos y algunos eclesiásticos, o si se quiere, todas las personas de ambos cleros y las religiosas. Mas, cuando se fija la atención en los hechos que Ud. relata, se encuentra que ellos no suministran la prueba necesaria para generalizar, como Ud. lo ha hecho sobre los vicios y defectos que suponía característicos de la época. Es verdad que en algunas ocasiones

hace Ud. excepciones, pero generalmente son vagas y poco claras, a lo que se agrega que a veces su opinión difiere de la de otros historiadores, lo que exigía ya de suyo la exhibición de pruebas en que se fundara la discrepancia de juicios" (Carta de Valdivieso a Eyzaguirre, Santiago, 22 de junio de 1863. En *Obras científicas y literarias*, Santiago, 1902, tomo II, pág. 351, y en nuestra *Historiografía Colonial*, I, pág. 62).

Al contar la historia de las misiones religiosas, Eyzaguirre refería uno de los sucesos más esforzados y a la vez más infecundos de la evangelización de los bárbaros, según el crítico. El autor expuso "todos los trabajos y obstáculos que "impidieron", por decirlo así, la propagación del cristianismo en Arauco, lo que no constituyó un obstáculo para que el historiador analizara las "causas que influyeron en favor de la expansión del cristianismo en Chile" y ver en el primer capítulo de la segunda parte, "menospreciados y profanados los objetos que como santos adora nuestra fe por un pueblo bárbaro, que envolvía bajo un mismo anatema cuanto tuviese relación con el enemigo de su libertad: por doquier aparecen derribados los templos del Señor, pasados a cuchillo sus ministros, vilipendiado su culto y reducidos a escombros tantos asilos erigidos por la caridad para salvar la inocencia y aliviar la orfandad y la miseria. La devastación y muerte parecen en esta época haberse dado cita para pasear su estandarte de exterminio sobre esta sección desgraciada del Nuevo Mundo". Ante este cuadro horroroso, Barros Arana exclama: —¡Rara expansión del cristianismo! Si el señor Eyzaguirre hubiera entrado a discutir las causas que "impidieron" su propagación y entre ellas hubiese colocado la mala conducta de algunos misioneros, quizás habría salido con más lucimiento en sus investigaciones."

Sin alcanzar el lucimiento, ni mucho menos, que habría deseado encontrar el crítico para el estudio de las misiones evangelizadoras de Chile, los capítulos que Eyzaguirre consagraba a la historia literaria, no eran merecedores al desprecio con que los trataba. En nuestra historiografía era la primera vez que se ensayaba el estudio del asunto. En los cronistas coloniales se encontraban informaciones generales acerca del proceso del desarrollo intelectual a través de la enseñanza, y hasta habíanse destacado las aptitu-

des de los criollos para las ciencias, las letras y las artes, sin individualizar a sus cultivadores. Eyzaguirre, singularmente, los determinaba en la *Historia*, y daba a conocer la biografía de cada autor. "La historia de la literatura de un pueblo, por atrasado que esté —escribía Barros Arana para contradecir el sistema de Eyzaguirre—, no es ni puede ser la serie de biografías de sus escritores. La historia de la literatura, a nuestro juicio, debe contraerse a averiguar la influencia que ella ejerce sobre los otros elementos sociales, así como el carácter que éstos imprimen en ella." Apoyábase en seguida en Villemain para decir: "La historia de la literatura necesita de parte del escritor, erudición curiosa y juicio delicado, estudio detallado de los libros e inteligencia de los siglos, viva sensibilidad literaria y conocimiento profundo de la historia y de las costumbres, imaginación y filosofía. Nada de esto hallamos en las biografías del señor Eyzaguirre." A la verdad, era mucho pedirle. Por primera vez caminaba en un campo que nadie había hollado. No había querido ni hacer crítica literaria ni historia literaria. Su error había consistido en haber hablado de una "historia de nuestra literatura", cuyo alcance el historiador no precisó, porque, como lo expresa en el prólogo o introducción, "para escribirla con mano segura, he citado —dice— a la mayor parte de los escritores, he tenido sus obras a la vista, he formado su análisis y fijó el lugar donde podrán verlos aquellos que deseen tomarse nuevamente este trabajo." La biografía de cada uno de estos autores, le pareció el medio más conveniente para darlos a conocer. ¿Merecían todos ese conocimiento? ¿Todos ellos integraban la historia de la literatura colonial? Esta era ya una cuestión de apreciación, de criterio, de sensatez. Aun aplicando las ideas de Villemain para la historia literaria chilena, Barros Arana creía que podía escribirla bajo ese sistema "con nuestras crónicas y memorias, los discursos universitarios, los sermones que se predicaban en el púlpito y los textos de enseñanza". Afirmaba Barros Arana que había sobrados materiales para escribirla. Pero aun cuando éstos faltaren, establecía un orden de prelación y preguntábase, ¿no sería más importante y de más interés el análisis de los diversos sistemas de reducción de indígenas que la crítica de la fútil obra

de Sor Ursula Suárez?" Era para Barros Arana un descuido injustificable en el autor de la *Historia*, haber dejado en el olvido las polémicas de la guerra defensiva que dieron a las letras un movimiento de consideración. Le reprocha a Eyzaguirre haber destinado tantas y tantas páginas al análisis de obras sin ningún interés y no haber consagrado un solo recuerdo a los diversos sistemas de reducción de indígenas. "El militar que proyecta su conquista con ejércitos que deben obrar de tal o cual modo, el jesuita que propone la espiritual y el letrado que prefiere la pacífica —expresa— todos son dignos de llamar la atención que la generalidad de los libros ascéticos que analiza." ¡Lamentable omisión, dice Barros Arana!, a la cual suma otra. Concebida por Eyzaguirre la historia literaria, según el plan de las biografías de los escritores encontró el crítico que ellas eran incompletas y tenían vacíos apreciables. "Allí faltan noticias de algunos que son de más interés que la generalidad de los incluidos —escribe—; José Pérez García, autor de un precioso manuscrito sobre la *Historia de Chile*, el P. González Agüero, autor de una *Historia de Chiloé*; el P. Andrés Febrés, autor de una gramática y un diccionario araucano; el P. Joaquín Villarroel, autor de un informe presentado al Rey sobre poblar la frontera; D. Nicolás de la Cruz, Conde del Maule, traductor de la *Historia Civil*, de Molina y autor de una voluminosa obra de viajes; el P. José María López, autor de un buen mapa topográfico del sur de Chile; D. Pedro Cortés, autor de un precioso manuscrito en que refiere cuanto vió y muchos otros no lograron lugar en la obra del señor Eyzaguirre. Hemos notado que las biografías más reducidas y erradas son las de aquellos que, a nuestro juicio, merecen llamar con preferencia la atención. Alfonso Briceño, a quien Eguigara llama segundo Escoto y de quien trae mejores noticias Nicolás Antonio, le merece muy pocas líneas. El poeta Oña no obtiene otro recuerdo que como autor de *Arauco Domado* y su otro poema *Ignacio de Cantabria*, poema en doce libros y en octavas, publicado en Madrid en 1693, y en que hay algunos pasajes que no desdican de los mejores del autor, no aparece para nada." Las finales observaciones de Barros Arana sobre esta parte del libro de Eyzaguirre, dicen relación con los dos últimos

cronistas del siglo XVIII: Vicente Carvallo y Goyeneche y José Pérez García, a quienes considera mal estudiados por el historiador por los errores en que incurrió, y a los cuales el crítico consideraba como los autores mejor informados sobre el período colonial.

Barros Arana concluía su crítica con estas palabras: —“Con todo, la *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*, tiene un mérito particular: ella y la del franciscano Guzmán son nuestros primeros ensayos: *sic itur ad astra*, dice el poeta, de modo que aun cuando su mérito sea escaso, ellas despertarán la emulación y el amor al estudio.”

El crítico fué de los primeros en seguir el camino que aconsejaba.

EL SEXTO ESTUDIO: EL ENSAYO BIOGRÁFICO SOBRE EL GENERAL RAMÓN FREIRE (1851-1852).—El General Freire murió en Santiago el 9 de diciembre de 1851. En la larga lista de los militares fallecidos que habían contribuido a la Independencia de Chile, su nombre era uno más. Pero la calidad del individuo le concedía jerarquía muy especial. En el curso de la Presidencia de Bulnes—guerrero también de las campañas emancipadoras— habían desaparecido los generales fundadores de la Independencia, O'Higgins y San Martín, Zenteno y Borgoño. Freire moría a los sesenta y tres años. La existencia heroica de un soldado era la que se había extinguido; una vida política dramática, la que se había apagado, y un ánimo angustiada por crueles dolores físicos y morales, la que se había derrumbado. Once años de sufrimientos en el destierro—(1830-1841)— abatieron en el espíritu de Freire las ilusiones acerca de los ideales políticos. Víctima después de un cáncer a la lengua y a la mandíbula izquierda, que desde enero de 1850 habíale atacado con dolores de extremada violencia, los diez últimos años de su vida—(1841-1851)— fueron tristes por la pobreza, amargos por la mutación de las ideas que le cupo presenciar entre sus amigos y que él mismo había de seguir. En 1846, su nombre sonó en agitaciones populares como el del antiguo caudillo liberal. Fué sólo una fulguración sin eco. Freire entonces simpatizaba con los pelucones. El jefe del pipiolismo, desde 1823 hasta 1830, en 1851 había sido elegido elector de Presidente de la República y votado por Ma-

nuel Montt. El político se encontraba al lado de los hombres que poderosamente contribuyeron a hundirlo. El día anterior a su fallecimiento, en el sur, en Longomilla, se batían en una batalla sangrienta las fuerzas que representaban las ideas conservadoras y las liberales. Una congoja produjo en Freire este triste hecho. Pero todas las vicisitudes suyas como político, las cubría, sin embargo, la gloria del soldado. Un héroe. Un gigante de la guerra. Cadete en 1811. Alférez en 1813. Teniente en ese mismo año. Capitán en 1814. Teniente Coronel en 1818. Coronel efectivo, grado equivalente a Mariscal de Campo, en 1819. Brigadier en 1821. Teniente General en 1823. Capitán General en 1826. Rápida carrera la suya, llena de triunfos. Hubo en ella algunas derrotas, que sirvieron para exaltar más la caballescía valentía del héroe. ¿En qué acción de armas en las campañas de la Independencia, en la larga jornada de ellas, desde 1813 hasta 1826, el nombre de Freire, soldado de caballería, no estaba registrado? Los ecos de la guerra todavía adormecieron al final su vida. Cuando todos los espíritus miraban anhelantes hacia el sur para seguir el curso de la revolución que se jugaba en la batalla de Longomilla el 8 de diciembre de 1851, al día siguiente, en medio de las noticias más contradictorias, fallecía Freire. La noticia produjo emoción. Efectivamente, era un Padre de la Patria el que había rendido el ánimo. El hecho triste repercutió con fuerza en el hogar del progenitor de Barros Arana. En las sombras lejanas del recuerdo, se dibujaron en la memoria del filántropo los días en que ambos en el destierro en Buenos Aires, en 1814, lucharon por la Patria cautiva. Freire encontrábase en la miseria. Barros logró colocarlo, con su grado de Capitán, en la escuadrilla del Almirante Brown, encargada de hostilizar en las aguas del Pacífico los buques españoles. De aquí nació la amistad que los unió sinceramente. Debió evocar los desacuerdos suyos con el militar levantado en armas contra O'Higgins en 1823. La disparidad de opiniones no alteró el mutuo y recíproco aprecio. En seguida, ¿qué no había hecho Barros por contener a Freire, en 1829, para que no se pusiera al frente de la revolución? En 1830 había serenado las iras de Portales, a fin de que no fueran extremadas las medidas contra el vencido de Lircay, quien, por su mandato salió exila-

do al Perú. En su nuevo destierro, en 1837, había procurado ayudarlo. Nunca lo había dejado abandonado a su suerte. En una carta de Gregorio Beeche, Prefecto de Cobija, dirigida a Barros el 14 de abril de 1841, le dice el futuro bibliófilo: —“He hecho llegar al señor Freire el dinero que Ud. le manda para la atención de sus gastos, y en su última el General me suplica le agradezca a Ud. su delicada bondad, muestra que considera nacida de una alma tierna y caritativa, como la suya, y capaz de cualquier sacrificio por la amistad. Le remito la carta del General para que la lea y pueda apreciar cuanto sufre este buen hombre con las injustas medidas del Gobierno que Ud. podrá remediar como yo lo creo y como el General se lisonjea. No le escribe para no comprometer su nombre en el estado actual de las cosas, cuando son tan vehementes como destituidas de fundamento las sospechas de todo movimiento político conspirativo del General y de una correspondencia ídem con sus amigos de Santiago, lo que yo por mi honor puedo afianzar como falso. Verá Ud. en la referida del General, la imploración que me hace para Ud., en el entendido de que las remesas que Ud. le envía para su manutención, las haga llegar a las manos de su señora. Mucho costó al General resolverse a hacer este pedido, que tan cerca afecta a su situación personal, pero a que lo obligan los deberes que tiene con la familia en el presente. Yo cometí la sinceridad de una indiscreción, que me nació del corazón, al decirle que Ud. destinaba por vía muy indirecta, una cantidad igual para ella, con lo cual el General lloró de agradecimiento y turbación por lo que Ud. hace.”

Barros Arana, a su vez, había tenido ocasión de conocer al General. Unos apuntes suyos que contienen el resumen de unas conversaciones sobre las campañas de Freire en el sur de Chile, relacionadas con el guerrillero Benavides, están fechadas en marzo de 1849. ¿Entonces lo conoció? Pero estas entrevistas, que transformábanse en verdaderas conversaciones históricas, se repitieron muchas veces, como lo acreditan las fechas de los interrogatorios en que el General deponía su testimonio con un gran entusiasmo. La memoria suya era felicísima y gustaba recordar sus hazañas militares y las de sus compañeros en un mismo plano de igualdad, sin

alarde, como reminiscencias de tiempos gloriosos para la Patria. En estas condiciones charló largamente con Barros Arana. Pero siempre que se trató de su vida política, en cualesquiera forma que fuera, excusó sistemáticamente referirse a ella. En una carta de Marcial González a Domingo Santa María, hay constancia de la aversión de Freire para siquiera justificar algunos de los actos de su vida política. Cuenta que el General, con visible alteración del ánimo, tuvo la franqueza de señalarle sin rodeos de ninguna clase, que si no se tenía el propósito de desagradarlo, no le hablaran de su vida política. Ella, lo decía con emoción, había muerto con las traiciones de 1830. Que si había interés en conocer esta historia, todo lo había dicho en el *Manifiesto* de Lima de 1830, y que lo que después referirse a su existencia, no debía hablarse, porque era necesario dejar serenarse las pasiones.

El gobierno hizo rendir a los despojos de Freire los honores que correspondían a su alto grado militar, y ordenó al ejército de la guarnición de Santiago, vistiera luto por quince días. El 12 de diciembre de ese mismo año de 1851, Barros Arana comenzaba a publicar en el diario *La Civilización*, de Leopoldo Zuloaga, una serie de artículos intitulados simplemente: *El General Freire*. Vieron la luz hasta el 8 de enero de 1852, y luego después esos mismos artículos fueron recogidos en un librito, con un total de 124 páginas, en 32º, con una portada que decía: *El General Freire. Por Diego Barros Arana. Santiago. Imprenta de Julio Belin y Cia. 1852*. Era la contribución que pagaba el amigo, el joven amigo, al muerto ilustre; pero era también la obra en que el historiador destacaba la acción profunda de un hombre en la Independencia de un pueblo, en la organización del Estado y en la República ya consolidada. ¿Correspondía el ensayo biográfico al real propósito de hacer historia o biografía en su genuino y verdadero sentido? Los editores del libro decían en el prólogo: “*La Civilización* ha enriquecido sus columnas con los interesantes rasgos biográficos sobre la vida pública y militar del General Freire, que nuestros lectores conocen. Debemos este obsequio a la pluma de nuestro apreciable colaborador el señor don Diego Barros Arana, cuyos trabajos históricos le han valido desde muy temprano la consideración de los hombres serios y el aplauso del público ilustrado. El señor Ba-

Barros Arana, ha rendido un servicio importante a la historia nacional recopilando los hechos preciosos consignados en la biografía del General Freire, que si bien en su parte principal son conocidos por hallarse relacionados con la vida de todos los próceres de la grande época, numerosos agrega en su obra que habían escapado a la requisición de las crónicas contemporáneas, y que el autor felizmente ha recogido en el trato privado del ilustre guerrero. No creemos preciso descender al análisis de la obra para manifestar su importancia. La verdad de los hechos, la sencilla armonía de su distribución, y la limpia precisión del lenguaje, son las mejores recomendaciones de una biografía. Todos estos requisitos se han tenido presentes en la que nos ocupa. El autor ha creído más oportuno dividir el plan de la obra en épocas amoldadas a las distintas campañas de la Independencia y de la República: el tacto delicado y la severa cordura con que alternativamente campea sobre el terreno de las contiendas civiles, son dignos de todo elogio. Por lo que toca al estilo, hemos podido notar, sin sentimiento, que el señor Barros sacrifica la galanura y compás métrico, a la flexibilidad natural del concepto: la biografía del General Freire se compone de artículos trazados a ligera, con trozos de situación sobre un bufete de periodista. Hemos emitido nuestro juicio: el lector hablará."

Como apreciación del valor externo del estudio, el juicio era exacto. Con mucho más conocimiento de causa en un asunto en el cual era un especialista indiscutible, Vicuña Mackenna, algunos años más tarde, en 1866, formuló una opinión idéntica. Lo llamó trabajo "de suyo curioso" . . . "nutrido de datos y noticias históricas" . . . "que cada vez que se ha escrito sobre el General Freire, o los sucesos de esa época, ha sido indisputablemente consultado." El concepto del héroe vuelve a dominar al biógrafo. "En las grandes crisis de los pueblos es cuando con más frecuencia se ven aparecer los grandes hombres que en las circunstancias normales", escribe. Así está esbozado el principio general del culto al héroe. El desarrollo de la idea se advierte en estas palabras: "La emancipación de la América Española ha sido una de estas grandes crisis, y en ella hay que admirar no sólo el arrojo del soldado sino que también las heroicas virtudes de sus jefes. Los vastos talentos militares de Bolívar, el des-

prendimiento de San Martín, la intrepidez de O'Higgins y la generosidad de Sucre, no son las solas cualidades ni los solos hombres que ella presenta: muchos otros héroes han descollado para que puedan relegarse al olvido." Para Barros Arana, Freire, con toda justicia era uno de ellos. En cuanto a datos, a prolija enumeración de hechos, a investigación paciente y completísima, la biografía del militar nada deja que desear, y hasta que el mismo autor no la amplió en otros de sus libros, ningún estudio logró superarla. Dentro de ese plan de ordenación inflexible, sistemático y metódico que ya caracteriza todos sus trabajos, el biógrafo encontró que una buena manera de encarar la vida de Freire era presentándola en una rigurosa exposición cronológica. Era natural que así lo hiciera. Pero este método cronológico, ¿no se parece en mucho a la de una foja de servicio militar? He aquí como dividió el asunto: I. Desde el nacimiento de Freire en 1788, hasta su alistamiento como Cadete del Regimiento de Dragones de la Frontera, en 1811. II. Servicios prestados en el año de 1813. III. Vida militar en 1814. IV. El destierro: Mendoza y Buenos Aires. Campaña naval. V. La reconquista de Chile: servicios hasta mediados de 1817. VI. Servicios hasta la batalla de Maipo, en 1818. VII. Vida militar en el sur: Intendente de Concepción. VIII. Campañas contra Vicente Benavides. IX. Campañas hasta noviembre de 1820. X. La caída de O'Higgins; Freire, Director Supremo, 1823. XI. Primera expedición a Chiloé. XII. Ocurrencias políticas en los años de 1824 a 1825. XIII. Segunda expedición y conquista de Chiloé. XIV. Ocurrencias políticas hasta el destierro de Freire. XV. Destierro, regreso y muerte. XVI. Carácter de Freire.

No cabe objeción a este admirable plan cronológico. Siguiéndolo, el escritor ha hecho un inventario de hechos, unidos por el suceder. Estos hechos pasan y pasan, se enlazan los unos con los otros, y sólo a veces, muy rara vez, hay una expresión que cambia la monotonía de la crónica. ¿Tenía el biógrafo un modelo que imitar? Los clásicos latinos y españoles son los que lo inspiran, en cuanto a la factura y a la forma del estilo. Pero la elegante sobriedad de ellos, el majestuoso decir, grave y solemne, se desdibuja en la prosa del escritor. ¡Terrible lucha interna la del historiador para transformar sus aptitudes! El problema que se le presentaba era el de conciliar la

fuerza arrolladora de la erudición, la estructura científica de su espíritu, con sus reales dotes de escritor, cuyo estilo era mediocre, y, sobre todo destituido de imaginación. Con todo, llegaría a tener su estilo, hasta constituirlo en modelo para el relato histórico.

En las páginas de la biografía de Freire, la narrativa es fría, descarnada, objetiva, atenta a la puntualización de los sucesos. Algunos de estos sucesos son épicos por el desnudo, el valor, la audacia y la vigorosa resistencia del caudillo que los realiza y los hombres que lo acompañan. Barros Arana los anota, los describe y nada más. Ya algunos de los asuntos de que se ocupaba, los había estudiado, estaban escritos y publicados. Por ejemplo, las campañas de Freire contra Benavides. El biógrafo las había narrado en su ensayo sobre el guerrillero. Aquí, en estos capítulos, las acciones, los encuentros, las celadas, las sorpresas, los combates en el llano, en los contornos de las selvas sureñas, en las márgenes de ríos caudalosos, atravesados a veces cuando formaban brazos de mar, tienen más vigor y patentizan los episodios con más colorido. En algo conmueven al autor. En la biografía, no. Los prodigios de valor que llenan la vida del héroe, sus actos temerarios de arrojo, la magnanimidad de su alma, el supremo espíritu de sacrificio que el militar siempre se impuso, y los esfuerzos de táctica y estrategia que despegó en los momentos de encontrarse ante el abismo de una derrota, cuando nunca fué ni lo uno ni lo otro, sino sólo un bravo soldado de caballería y un insigne sableador, son rasgos que están dispensados de figurar en el estudio de Barros Arana. Aparecen ahogados en la sabia prolijidad de la información. Queda demasiado emparedado en los hechos y en los datos el guerrero. Obsérvese que el mismo caudal de erudición e igual deseo de exactitud como biógrafos, usaron Amunátegui y Vicuña Mackenna. El primero inició su vida como historiador en 1848 con una biografía del General José Manuel Borgoño. Su existencia no alcanzó a tener militarmente la considerable dilatación de la de Freire, y su rol político fué menos amplio y dramático que el que cupo en suerte al Director Supremo de 1823. Sin embargo, en la pluma de Amunátegui, la vida de Borgoño alcanza acción, movimiento y un relieve que Barros Arana no logra imprimir a la de Freire. El retrato suyo es exacto

externamente. Algo le falta: el alma. Vicuña Mackenna comenzó su carrera de historiador escribiendo biografías. Tomemos la de su abuelo, el General Mackenna. Las páginas dedicadas al irlandés se animan, se llenan de un soplo vital que hace que el personaje esté con nosotros. Es evidente que en ambos casos, en el de Amunátegui como en el Vicuña Mackenna, el talento literario, el arte del escritor, la aptitud para aprovechar las disposiciones naturales, fueron las que triunfaron en esos ensayos. En Barros Arana con menos talento literario, con menos capacidad de escritor, con aptitudes naturales más escasas, la erudición sin alas, lo detuvo. Es claro, correcto, ordenado, lógico, consecuente, pero sin animación. Y ciertamente que para escribir páginas llenas de animación, la vida de Freire las daba por cientos. Veamos algunas que son dramáticas. Sus viajes comerciales al Callao en la fragata *Bergoña*, de la casa empresaria de los Mendiburu, de la ciudad de Concepción. Los continuos choques que debió tener en Lima por el desprecio con que allí se aparentaba mirar a Chile y a todo lo chileno. Los sacrificios que le impuso salvar a su madre de la indigencia, cuando murió el padre en un viaje comercial a Guayaquil, en un naufragio. Y, luego, ya en la guerra de la Independencia, rescatar a la autora de sus días de las prisiones a que le redujeron los españoles. Algunos de estos hechos fueron incidentes verdaderamente novelescos. Freire fué quizás el primer chileno que se batió contra los españoles. Recordar a sus compañeros de armas, era evocar los primeros ejércitos de la Patria Vieja, con los Carrera, los Benavente, los Serrano, los Gamero, los Manzano, los O'Higgins, los Borgoño, los Spano, los Cárdenas, los Zentenos, los Millán, los Maruri, los Bulnes, los Prieto, los Molina, los Barrenechea, los Cruz, los Victoriano, Valenzuela, Valverde, Campino y tantos y tantos otros. Freire se encontró en el sitio de Rancagua, como segundo de O'Higgins. Al romper el cerco para dar el paso a O'Higgins, a quien facilitó su caballo, dió con los granaderos una carga épica, en la cual, con sus sablazos, todo lo arrolló. Ese instante fué heroico, y sus consecuencias, decisivas. Un capítulo de audacia inverosímil, un episodio naval que pareció más bien propio de la leyenda, lo protagonizó al mando del *Alcón*, en las aguas del Pacífico, al ejercer el corso contra las naves españolas. Las proezas que realizó en ese

buquecillo, con el que sometió las costas hasta las islas de las Hormigas, constituyen las más dramáticas aventuras de un audaz capitán. Siete meses después de la batalla de Maipo, el Gobierno de O'Higgins abrió la campaña de Concepción para someterla. Insurreccionada por haberse allí reorganizado las fuerzas vencidas en los llanos de Maipo, fué nombrado jefe de la expedición el General argentino Antonio Balcarce. Freire, conocedor de la región, fué postergado por la influencia del gobierno de Buenos Aires, que obtuvo para sus oficiales prerrogativas, sueldos y empleos mejores que los de los chilenos. Las plazas de capitán arriba fueron concedidas a los argentinos. Balcarce, Quintana, Zapola, Las Heras, Plaza, Caboto, eran superiores a Freire, Zenteno, Borgoño, Rodríguez, Prieto, Blanco, Campino, Lastra, etc.? Los resultados de esa campaña probaron que dirigida por Freire no habría hecho concebir las ilusiones que se prometió Balcarce, que después fueron amargas realidades y semillero de derrotas. Las rivalidades de Prieto y Freire, como estudio de caracteres, forman un trozo del más vivo valor humano. Esas rivalidades encuentran eco entre los hombres de gobierno. Al lado de Freire se inclina el Ministro de la Guerra, el General Zenteno. Apoya a Prieto el Ministro de Hacienda, Rodríguez Aldea. Un duelo a muerte se produjo entre el chillanejo Rodríguez y el Intendente de Concepción. Freire le acusaba de haberlo abandonado a su propia suerte en la campaña contra Benavides, negándole toda suerte de recursos para el ejército. La situación enredó a O'Higgins y el conflicto estalló con el pronunciamiento de Freire en contra del Director Supremo. La pintura de estos hechos, de estas situaciones administrativas y políticas, en las cuales las responsabilidades morales, las simpatías, los odios, los celos, las susceptibilidades hacen la parte viva y animada de la historia, las contó con una penetración psicológica maestra en la interpretación de los móviles del corazón humano, Miguel Luis Amunátegui en su libro *La Dictadura de O'Higgins*, donde produjo una página clásica también por el estilo. Recordamos esta obra, porque el relato de Barros Arana nos la trae a la memoria, ante el catálogo de los hechos y sucesos que anota sin exaltarlos. Las brasas que tiene en sus manos no le quemar. Pero la historia y la biografía han ganado en exactitud para el erudito. A su juicio, eso bastaba.

Con este plan cronológico, en que lo único que se persigue es engarzar un hecho o un suceso con otro de un modo natural, el biógrafo ha silenciado toda explicación que no sea la más estrictamente necesaria para evitar confusiones en la narración que siempre vierte en un orden primoroso. La vida del militar ha sido referida como en un catálogo. El inventario de los hechos de la vida militar del general Freire es la que poseemos hasta aquí. Después tenemos el de la vida pública. Está condicionada al mismo plan, al mismo sistema. Sin embargo, ¿por qué el relato es más apretado? ¿Qué lleva al autor a trazar demasiado en bosquejo, muy rápidamente, los sucesos en que intervino políticamente Freire desde 1823 hasta 1830? ¿Era para no promover recuerdos ingratos de acontecimientos sobre los cuales la lápida del tiempo hacía más de veinte años que los cubría? En 1851, la revolución en el sur, en el centro y en el norte, se había levantado en armas en defensa de la libertad. Simbólicamente, el nombre de Freire era, a despecho de sus versatilidades, todavía un estandarte. El día de su muerte, los viejos pipiolo lo recordaron como el caudillo. Los liberales no lo reconocían como jefe, porque eran otros los ideales. Nada, como no fuera la simpatía histórica y el respeto por el héroe militar, los unía. Los pelucones, en cambio, habían dispuesto de su nombre haciendo del ilustre jefe pipiolo de otro tiempo, un Elector de Presidente, en la persona de Manuel Montt, que representaba el autoritarismo de Portales, ante el cual el país no se inclinaba. Con este paso, Freire había dado un puntapié a su pasado. También otros compañeros de armas, enredados en el juego de la política, así lo habían hecho, y algunos políticos de su tiempo, sostenedores del espíritu de la reforma democrática, se encontraban ahora inscritos en las filas peluconas. Ninguno de ellos fué, como Freire, jefe, caudillo, estandarte. ¿El biógrafo comprendió estas y otras inconsecuencias del político? Barros Arana era por esos días de 1851, un pelucón decidido, un ardoroso partidario de Montt, a quien su padre apoyaba con todo el peso de su considerable influencia. Por el camino de los estudios históricos había llegado a conocer a Freire y a admirarle como hombre de verdadero valor moral. Pero esta consideración no se extendía al hombre que había sido el jefe de los pipiolo, grupo político que se le repre-

sentaba imbuido en doctrinas todavía entonces inaplicables a la realidad social chilena. Esa misma consideración hacia el individuo no alcanzaba al político que con su acción más contribuyó, sin quererlo, a la anarquía nacional. Todo esto determinó en Barros Arana a mantenerse en una prudencia que, sin huir la verdad, tampoco hacía necesario descubrirla en toda su desnudez ante los despojos del General. No cabía duda: en Freire nunca existió en la menor dosis, la más elemental condición de hombre de Estado. Sin ideas claras, sin mayor inteligencia, sin carácter, sin principios o normas de gobierno, toda gestión suya fué siempre lenta, zigzageante e indecisa. Le sostuvieron hombres que ilustraron sus gobiernos como Egaña, Benavente, Pinto, Gandarillas, Infante, Campino y Rodríguez, y aún así no tuvo audacia para imponerse con la fuerza y el coraje moral que le daban sus antecedentes de ser después de O'Higgins, el fundador de la patria. Sin embargo, nunca quiso el poder y nadie como él lo sintió como una carga tan pesada. El poder lo despreciaba como algo dañino. Sin embargo, su sino lo llevaba a él sin quererlo con una fuerza irresistible. El biógrafo de Freire comprendió muy bien estos rasgos de esa brillante personalidad del ejército y creyó oportuno no tocarlos en 1850. Tiempo habría de hacerlo más tarde en su larga tarea de historiador. En la *Historia general de la Independencia de Chile*, en *Las Campañas de Chiloé*, en la *Historia General de Chile* y en *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851)* daría el retrato completo del hombre, a fuerza de prodigar sus antecedentes.

EL SÉPTIMO ESTUDIO: LA SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE ANDRÉS ANTONIO DE GORBEA (1852).—A los tres días del fallecimiento del matemático español Gorbea —había fallecido en Santiago el 16 de abril de 1852— Barros Arana publicaba el 19, en Valparaíso, en *El Diario*, redactado por el periodista uruguayo Juan Carlos Gómez, una rápida semblanza biográfica del ilustre Profesor y servidor público. Las palabras finales de la semblanza, por el sentimiento que las inspira, dejan la impresión de que el historiador había sido amigo de Gorbea. "Si el recuerdo de las virtudes de los hombres existe más allá de la muerte —dice—, quiera Dios que estas líneas sirvan para recordar las de don Andrés Antonio de Gorbea." De todas maneras, el matemático merecía este

homenaje, y el hombre de bien, el respeto con que se evocaba su nombre. En el momento de producirse la muerte, Gorbea era el Decano de la Facultad de Matemáticas de la Universidad de Chile, desde su fundación en 1842, y Director del Cuerpo de Ingenieros Civiles. En los veintiséis años de residencia en Chile, la mayor parte de ellos los había consagrado a la enseñanza media y superior, al servicio público, a la preparación de los escritos científicos de que era autor, como también a traducir algunas obras para aliviar la docencia que carecía de textos adecuados. A estas valiosas prendas intelectuales, intrínsecamente superiores, casi desconocidas en Chile en el ramo de su especialidad, Gorbea unía los merecimientos de su personalidad fina y atrayente, suave y amistosa, leal y consecuente. Su trato reposado era imagen del de la sociedad española, digno y cortés. La franqueza del carácter, inspirado en nobles móviles, y el deseo de servir a cuantos necesitaran apoyo, dieron a su persona una estimación y aprecio en toda la sociedad. Al saberse su muerte, ella causó verdaderamente un profundo pesar. El hecho de ser español, cuando hacia ese tiempo despertábase aún los odios de la guerra de la Independencia, no impidió que Gorbea fuera estimado y sinceramente querido de todos.

Los antecedentes de la vida de Gorbea antes de su establecimiento en Chile, Barros Arana los recordaba en su semblanza biográfica de una manera general, muy compendiosa; pero lo suficientemente clara para destacar la valía eminente del hombre de ciencias. Lo había contratado en Londres el Ministro de Chile ante la Corte de Saint James, Mariano de Egaña, en 1825, como Profesor de Matemáticas para la Escuela de Artes y Oficios, que por aquel tiempo el padre del Ministro, Juan Egaña, proyectaba fundar. Con Gorbea fué también contratado para la enseñanza de las ciencias médicas, el Doctor José Passaman. En 1826, ya Gorbea se encontraba en Chile. No habiendo prosperado la idea de Juan Egaña de establecer la Escuela de Artes y Oficios, le correspondió a Gorbea impartir la enseñanza de su ramo en el Instituto Nacional, de cuyo establecimiento fué Vicerrector, y, dar lecciones de geometría práctica en la Academia Militar. Junto con estas tareas docentes, emprendió, a la vez, la traducción de textos didácticos de matemáticas, que consolidaron su prestigio. El mismo año de su llegada a

Santiago, apenas se curaban las heridas abiertas por la guerra de la Independencia, y los españoles eran mirados con ojeriza, la que no alcanzó a Gorbea. Cuenta Barros Arana que los jóvenes del Instituto Nacional se prepararon para recibir a Gorbea con manifestaciones hostiles por ser "godo". "Su asombro fué grande —dice— cuando en vez de encontrar al maestro altanero y despreciativo, vieron en Gorbea al profesor prudente, que con cariño de padre tierno les explicaba con la mayor dulzura los arcanos de la ciencia. Jamás —concluye el autor de la semblanza— hombre alguno fué mejor organizado para hacerse idolatrar de sus discípulos." Estas bellas condiciones de carácter, que sus discípulos más tarde fueron los primeros en proclamar, y la abnegada contracción al cultivo de un tipo de ciencia como la suya que en Chile no despertaba mayor interés, abrieron a Gorbea una modesta, pero expectable situación. Por algún tiempo fué Director del Museo de Historia Natural, y, como ya dijimos, Director del Cuerpo de Ingenieros Civiles desde el 7 de agosto de 1843. Gorbea fué el organizador de este importante servicio público en todo el país, el que funcionó con un cierto número de cátedras planeadas por el matemático, las que se daban en la misma oficina. La legislación de caminos con que contó el país por largos años, fué obra del Profesor español, y suya la idea de ampliar la preparación técnica de los ingenieros civiles en el cuerpo que dirigía. Para ello, añadió a sus traducciones otras nuevas a fin de ayudar a la enseñanza media, lo mismo que a la superior. Una de éstas fué la célebre obra de matemáticas de Franconer que se introdujo como texto de enseñanza; y la de geometría descriptiva de Leroy.

Gorbea era un espíritu liberal. Los principios que desde muy joven profesó, lo hicieron emigrar, desterrarse, mejor dicho, de su patria, cuando el despotismo de Fernando VII volvió a imperar sin valla alguna de contención. Los datos que proporciona Barros Arana sobre este particular, dan a la semblanza biográfica un valor duradero. Todo hace pensar que ellos fueron obtenidos directamente de Gorbea. No tenemos para qué repetirlos aquí. Son esas informaciones las que dan al estudio del escritor su verdadero mérito y éstas no se encuentran en otra parte, Sabiéndolo así, Barros Arana, en la semblanza les dió una

extensión que no guarda justo equilibrio con los antecedentes que proporciona de la labor docente y administrativa de Gorbea, en Chile, la que está presentada en forma rapidísima, y aún con algunos errores de detalle. Es bien sensible que olvidara consignar un rasgo que por sí solo da una idea clara de la abnegación de Gorbea en el cumplimiento de su deber. Encontrándose gravemente postrado de la enfermedad que lo condujo a la muerte, trece días antes del fallecimiento, casi moribundo, asistió como Decano de su Facultad a una sesión del Consejo Universitario. Las palabras que en su elogio pronunció en ese cuerpo el Vicerrector de la Universidad de Chile, Juan Francisco Meneses en la sesión del 17 de abril de 1852, eran justas y verdaderas. Gorbea —dijo—, "fué el primero que puso los estudios de las matemáticas a la altura en que se encuentran hoy en Chile." Al recordarlo Andrés Bello en 1854, decía: "... me llama un hombre que hizo tanto como el que más en favor de la Instrucción Superior. No recordaré, porque es sabido de todos, lo que deben a don Andrés Antonio de Gorbea las ciencias matemáticas, que poseía profundamente en sus más elevados ramos; de cuyo estudio puede casi llamarse el fundador en Chile, y cuya enseñanza dirigió por muchos años en el Instituto, contribuyendo a ella no sólo por sus asiduas lecciones orales, sino por recomendables escritos. Hacen el mejor elogio de don Andrés Antonio de Gorbea sus distinguidos discípulos y el estado floreciente en que ha dejado la ciencia que era toda su ocupación, todo su entretenimiento, todo su amor. Pero no sería justo pasar en silencio otras prendas que sólo estaban al alcance de los que le trataban y oían: su inalterable serenidad y templanza en la discusión; la sencillez de sus costumbres; la liberalidad con que franqueaba el auxilio de sus conocimientos a los que se hallaban en el caso de recurrir a ellos."

Aun cuando consideremos la semblanza de Gorbea escrita por Barros Arana como la información periodística volandera de un diario, las noticias con que la ilustra, y de las cuales hemos hecho caudal, le dan un valor permanente como una útil contribución a la historia del desarrollo intelectual de Chile. Sus datos acerca de los primeros años de Gorbea son preciosos, sin duda *.

* En el próximo número, la *Historia General de la Independencia de Chile (1853-1859)*.